

CLAUDIO BOMBARNAC

CLAUDIO

BOMBARDO



CLAUDIO BOMBARNAC

(NOTAS DE UN CORRESPONSAL)

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

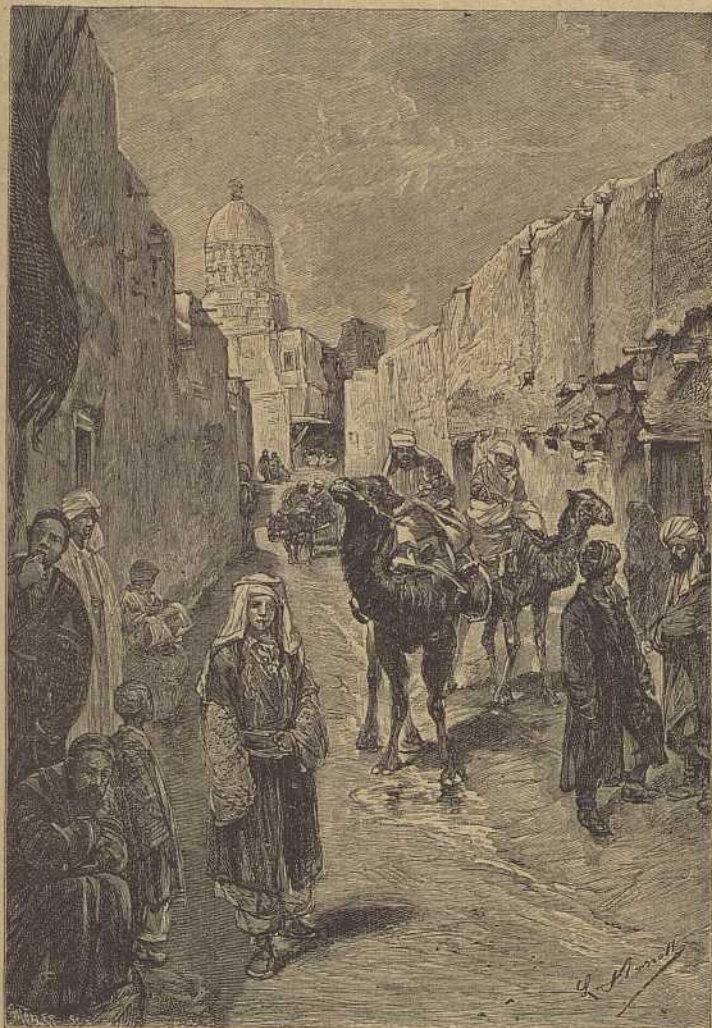


CUADERNO SEGUNDO

MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, calle de Campomanes, 10.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

CLAUDIO BOMBARNAC



Por las calles vense algunas mujeres...

I

La tentativa de los rusos en 1870 para abrir una feria en Tachkend, que pudiera rivalizar con la de Nijni-Novgorod, debía tener buen éxito veinte años después. Actualmente es cosa hecha, gracias al establecimiento del Transcaspiano, que une á Samarkanda con Tachkend. Allí no tan sólo acuden en gran número los mercaderes con sus productos, sino también los peregrinos. Cuando los musulmanes puedan ir á la Meca por caminos de hierro, esto será, no ya una procesión, sino un éxodo.

Estamos en Tachkend, y el indicador señala dos horas y media de parada.

Seguramente no tengo tiempo de visitar la ciudad, que bien merece la pena. Sin embargo, he de confesar que los pueblos del Turkestán tienen entre sí muchos puntos de semejanza, y el que ha visto uno puede decir que ha visto todos, á menos que sea preciso descender á los detalles.

Después de haber atravesado una fértil campiña, en que se balancean los elegantes olmos; después de haber cruzado extensos viñedos, adornados de jardines y frutales, el tren se ha detenido en la

parte nueva de la ciudad, cosa inevitable después de la conquista rusa. Siempre existen dos villas, en Bukhara como en Merv, en Samarkanda como en Tachkend. Aquí la parte vieja tiene calles tortuosas; casas de barro y arcilla; bazares de mediana apariencia; posadas construídas con adobes sin cocer; algunas mezquitas y escuelas, tan numerosas como si el Zar las hubiera decretado por un *ukase*, á manera de lo sucedido en Francia. Escuelas no faltan, pero sí escolares.

En cuanto á los habitantes de Tachkend, no difieren gran cosa de los que ya hemos encontrado en las otras regiones del Turkeistán. La población se compone de sartos, usbekes, tadjiks, kirghizes, nogais, israelitas, algunos afghanes, y lo que no asombrará á nadie, rusos que están como en su casa. Acaso el núcleo de población de Tachkend está formado por los judíos, cuya situación ha mejorado notablemente, debido á la influencia de la acción moscovita; de esta época data la plena libertad civil y política de que gozan.

No puedo consagrar más de dos horas á visitar la ciudad, y es lo que he hecho como *reporter* celoso. Me he paseado por el Gran Bazar, de sencilla construcción de madera, donde se ven amontonadas telas de Oriente, tejidos de seda, vajillas de metal y las más variadas muestras de la producción china, entre otras, porcelanas de rica fabricación. Por las calles vense algunas mujeres; no hay que decir que aquí no hay esclavas, con gran descontento de los musulmanes. A la sazón la mujer es libre dentro y fuera del hogar. A este propósito, me cuenta el Mayor Noltitz lo que decía un viejo turcomano: «Desde el momento en que va usted á pegar á su mujer y ésta le amenaza con el Zar, concluye el poder marital; es la destrucción del matrimonio.»

No sé si aún el bello sexo es vapuleado, pero uno de los esposos sabe á lo que se expone cuando pega al otro; y mentira parece que estos singulares orientales no quieran ver un progreso en esta prohibición de pegar á sus mujeres. ¿Acaso Eva, nuestra primera madre, hubiera evitado su primera falta en el Paraíso porque Adán la hubiese vapuleado

un poco? En fin, no insistamos sobre este punto...

No he oído, como la señora Ujfalvy-Burdon, la música del pueblo tocando *Los bomberos de Nanterre*, en el jardín de la casa del gobernador general; no: aquel día tocaban *El Tío Victoria*, y aunque estos aires no son del todo nacionales, no dejan por eso los franceses de oírlos con cierto agrado.

A las once en punto de la mañana hemos salido de Tachkend; ya el terreno presenta más accidentes; la llanura comienza á ondular bajo las primeras ramificaciones del sistema orográfico del Este. Nos acercamos hacia la meseta de Pamir, y no obstante mántiense la velocidad normal durante el trayecto de ciento cincuenta kilómetros que nos separa de Khodjend.

Ya en camino, otra vez mi pensamiento vuelve hacia el valiente Kinko; sus amores, un tanto novelescos, me han llegado al fondo del corazón. Ese novio facturado, esa novia que pagará el porte... Estoy seguro de que el Mayor Noltitz se ha de interesar por esos dos pichones, de los que uno va en la jaula. Es seguro que no le considerará como defraudador de la Compañía, y que será incapaz de entregarle. Así, pues, siento vivos deseos de contarle minuciosamente mi expedición al furgón de equipajes; pero este secreto no me pertenece, y yo no debo dar paso alguno que pueda comprometer á Kinko.

Me callo, pues, y la noche próxima trataré de llevar algunas provisiones á mi... caracol. ¿Acaso el joven no está en su caja como el caracol en su concha, con la diferencia de que puede salir?

Llegamos á Khodjend hacia las tres de la tarde. El campo, muy fértil y verdozo, aparece cuidadosamente cultivado. Vese una sucesión de jardines y huertos bien conservados, inmensas praderas sembradas de trébol, del que se hacen cuatro ó cinco cortas anualmente. Los caminos que conducen á la ciudad corren entre largas hileras de viejas moreras, que divierten la mirada con su caprichoso ramaje.

También aquí hay parte vieja y parte nueva; ambas, que no contaban más que treinta mil habitantes en 1868, poseen, en

la actualidad, de cuarenta y cinco á cincuenta mil. Este aumento de población, ¿es acaso producido por la influencia que ejerce el prolífico Celeste Imperio que abraza la provincia? No. Es el progreso comercial; es la afluencia de los mercaderes de todos orígenes sobre los nuevos mercados.

La parada en Khodjend ha durado tres horas; he hecho, pues, mi visita de corresponsal, paseándome por las orillas del Syr-Daria. Este río, que baña la base de las altas montañas del Mogol-Taou, está atravesado por un puente, cuyo ojo central puede dar paso á embarcaciones de cierto porte.

Hace mucho calor. Como la ciudad está protegida de las frescas brisas de las estepas por su pantalla de montañas, es una de las más calurosas del Turkestan.

Me he encontrado á los señores Caterna muy complacidos de su excursión. El actor me dice con tono jovial:

—Nunca olvidaré á Khodjend, don Claudio.

—¿Y por qué?

—¿Ve usted estos melocotones? Y me enseña unas frutas.

—Son magníficos.

—Y no caros. Un kilogramo, cuatro *kopeks*, es decir, doce céntimos.

—Eso prueba, respondo, que el melocotón es muy comun. Es la manzana del Asia, una de aquellas manzanas que Eva...

—¡Ah!... Pues yo excuso su falta, exclama la señora Caterna mordiendo un melocotón.

Desde Tachkend el ferrocarril ha vuelto á bajar hacia el S., con dirección á Khodjend; pero desde este punto sube hacia el E., en dirección de Kokhan. En Tachkend ha estado lo más próximo del Transiberiano, y un ramal en construcción debe bien pronto unirle á la estación de Semipalatinsk, lo que completará los caminos de hierro del Asia Central y Septentrional.

En pasando de Kokhan, vamos á tomar el E. directamente, y á correr por Marghelan y Och, al través de los desfiladeros de Pamir, á fin de franquear la frontera entre el Turkestan y China.

Apenas el tren se pone en marcha, ocu-

pan los viajeros el vagón restaurant. No observo entre ellos ninguno nuevo. Has- que lleguemos á Kachgar, no tendremos más compañeros. Allí reemplazará á la cocina rusa la cocina celeste, y por más que este nombre recuerde el néctar y la ambrosía del Olimpo, es muy probable que perdamos en el cambio.

Fulk Ephrinell ocupa su sitio habitual. Es de notar que entre miss Horacia y el yankee existe una estrecha intimidad que, sin llegar á la familiaridad, está fundada en la semejanza de sus gustos y profesiones. Ninguno de nosotros duda que á la llegada aquello acabará en boda. Pero á esta novela prefiero la de Kinko y Zinka Klork, aunque la linda rumana no está allí.

Estamos en familia. Oigo hablar á mis números más simpáticos, el Mayor, los esposos Caterna y el joven Pan-Chao, que responde con bromas muy parisien- ses á las cuchufletas del actor.

La comida es buena, y reina la alegría. Entonces sabemos cuál es la cuarta regla que el noble veneciano Cornaro formula con el fin de determinar la justa medida del comer y beber.

Pan-Chao se lo ha preguntado al doctor, el que ha respondido con seriedad verdaderamente budhista:

—Esta regla se funda en que no se puede determinar la cantidad de alimentos proporcionada á cada temperamento, á causa de la diferencia de edades, fuerzas y alimentos de diversas especies.

—Y para el temperamento de usted, doctor, pregunta Caterna: ¿qué es preciso?

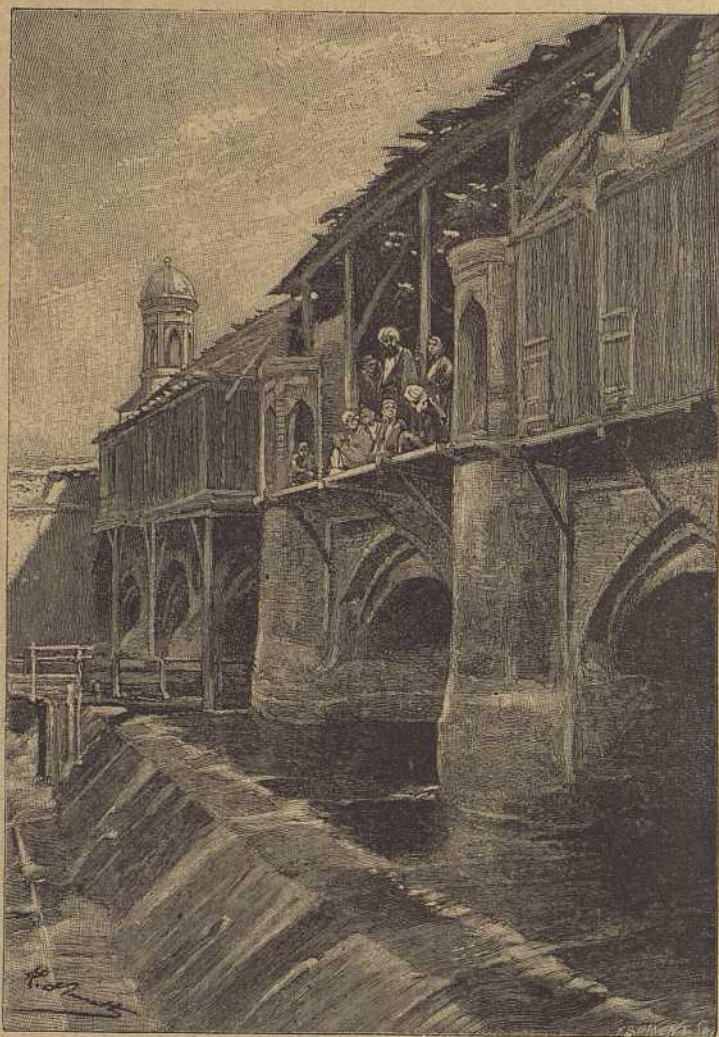
—Catorce onzas de líquido ó de sólido...

—¿Por hora?

—No, señor, al día. Fué la cantidad con que se alimentó el ilustre Cornaro desde la edad de treinta y seis años, y gracias á este régimen, pudo conservar fuerza de cuerpo y de espíritu para escribir á los noventa y cinco años su cuarto tratado, y para vivir hasta la edad de ciento dos años.

—Pues entonces, que hagan el favor de darme la quinta chuleta, exclama Pan-Chao, estallando de risa.

No hay nada tan agradable como conversar ante una mesa bien servida; mas

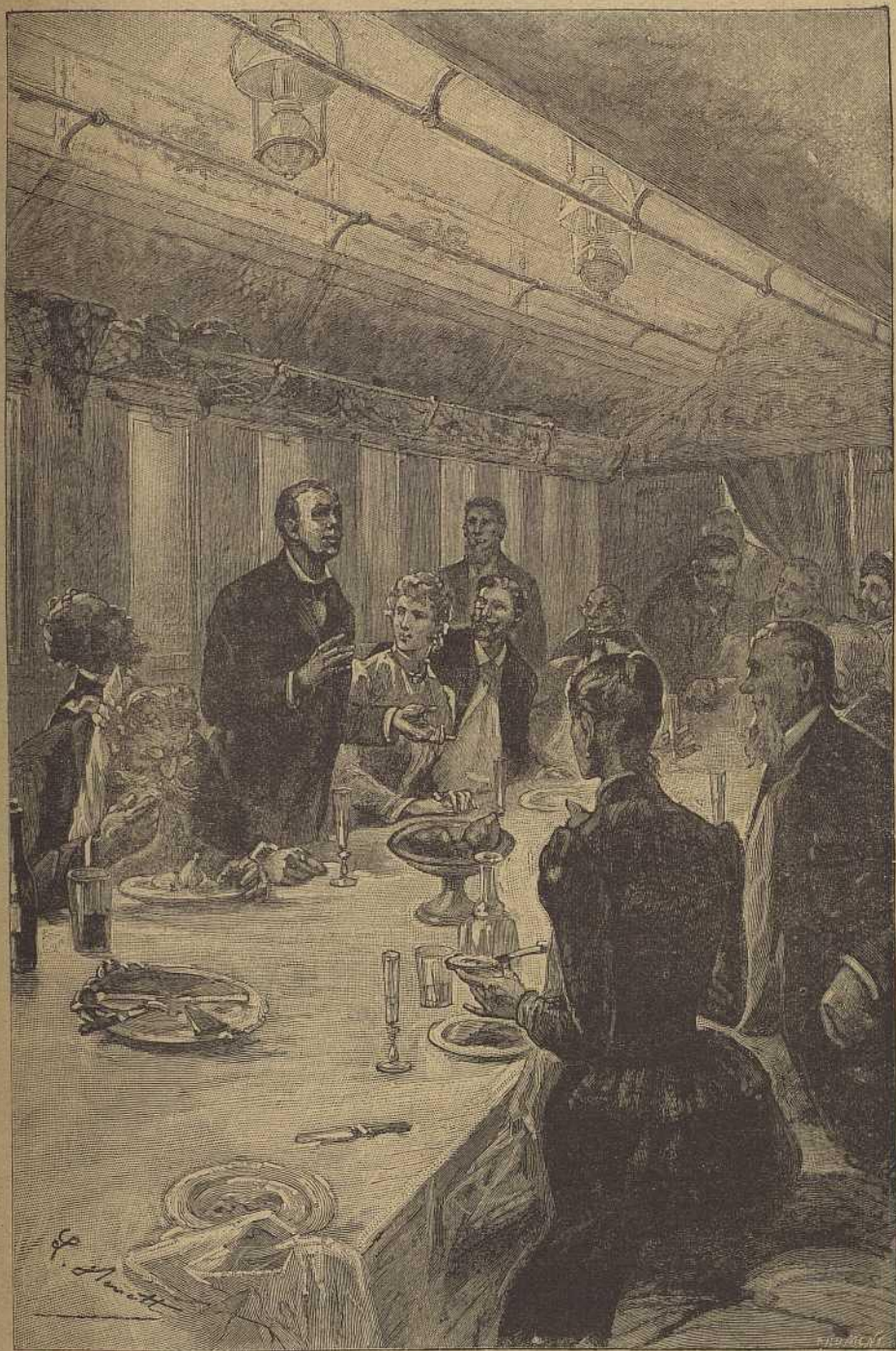


Uno de ellos en el puente de Sokh...

no debo olvidarme de completar mis notas en lo que concierne á Kokhan. Debemos llegar á las nueve de la noche. He pedido al Mayor que me dé algunos informes acerca de la ciudad, la última del Turkeistán ruso.

—Puedo complacerle á usted, con tanto mayor motivo, cuanto que he estado allí de guarnición durante quince meses. Es lástima que no pueda usted visitarla. Conserva la fisonomía asiática; aún no hemos tenido tiempo de hacerle su parte moderna. Hubiera usted visto una plaza sin rival en Asia. Un palacio de hermoso estilo, el del antiguo khan de Khoudaiar,

situado sobre un eminencia cónica, de una altura de cien metros. El gobernador ha tenido á bien dejarla su artillería, de procedencia sarta; se la considera como una maravilla, y en verdad tiene derecho á este título. Pierde usted una bonita ocasión de describir con el estilo más florido la sala de recepción, transformada en iglesia rusa; el laberinto de cámaras, cuyos pavimentos son de preciosas maderas de Karagatch; el pabellón rosa, donde los extranjeros reciben hospitalidad verdaderamente oriental; el patio interior, de morisco estilo, que recuerda las admirables fantasías arquitect-



Recita con gran arte el monólogo titulado *La Obsesión* }

tónicas de la Alhambra; las terrazas de espléndidas vistas; los pabellones del harén, donde las mil mujeres del Sultán (cien más que las de Salomón) vivían en buena armonía; las fachadas con preciosas molduras; los jardines con parraños circulares. Todo eso hubiera usted podido ver.

—Bien, por lo que usted me dice es como si lo hubiese visto, querido amigo, y seguramente mis lectores no se quejarán. Deseo sólo que usted me diga si en Kokhan hay bazares.

—¡Hombre! ¡Una ciudad del Turkestán sin bazares! Sería como Londres sin docks.

—¡Como París sin teatros! exclama el actor.

—Sí, hay bazares. Uno de ellos en el puente de Sokh, cuyos dos brazos atraviesan la ciudad. En él hay los más preciados tejidos del Asia, que se pagan en *tillahs* de oro, que valen tres rublos, sesenta kopeks de nuestra moneda.

—¿Por supuesto que también habrá mezcuitas?

—Sin duda.

—¿Y escuelas?

—También, Sr. Bombarnac; pero también le diré á usted que estos monumentos no valen tanto como las de Samarkanda y Bukhara.

Gracias á la complacencia del Mayor, los lectores de *El Siglo XX* verán en pleno sol la ciudad de Kokhan. Verteré con mi pluma la mayor claridad, á pesar de que sólo veré los vagos contornos de Kokhan.

La conversación de sobremesa se prolonga hasta muy tarde, y termina de una manera inesperada. El amable señor Caterna nos ofrece recitar un monólogo. No hay que decir que nos apresuramos á aceptar la oferta. Nuestro tren cada vez se va pareciendo más á una pequeña ciudad ambulante. Hasta tiene su casino, el *dining-car*, en el que estamos en este momento. Y de esta manera, en estas alturas de la parte oriental del Turkestán, á cuatrocientos kilómetros del Pamir, y á los postres de una excelente comida servida en el salón del Gran Transasiático, el Sr. Caterna, primer actor cómico contratado en el teatro de Shangai para la próxima temporada,

recita con gran arte el monólogo titulado *La Obsesión*.

—Caballero, le dice Pan-Chao, mi más cumplida enhorabuena. Acabo de oír á Coquelin el menor.

—¡Ah! ¡Un maestro!... dice el Sr. Caterna.

—Al cual se aproxima usted...

—Respetuosamente, muy respetuosamente...

Los braves prodigados al señor Caterna no han alcanzado la fortuna de conmover á sir Francis Trevellyan, que ha estado gruñendo durante la comida, por encontrarla detestable. No se ha divertido ni aun melancólicamente, única forma en que desde cuatrocientos años lo hacen sus compatriotas, como dice muy bien Froissart. Por lo demás, nadie ha hecho caso de las recriminaciones del gruñón *gentleman*.

El barón Weisschnitzerdörfer no ha comprendido una palabra del monólogo, y aun, de comprenderlo, no hubiese apreciado esta muestra de la *monologomanía parisién*.

En cuanto al señor Faruskiar y á su inseparable Ghangir, parece, á despecho de su tradicional reserva, y á juzgar por su cara sorprendida y sus gestos significativos, que la cómica entonación del señor Caterna les ha debido interesar algo.

El actor, que les ha observado, muy sensible ante aquella admiración muda, me dice al levantarnos de la mesa:

—¡Oh! ¡Qué aspecto tan soberbio el de ese señor!... ¡Qué tipo oriental!... Su compañero no me es tan simpático. Un partiquino, lo más; pero ese mogol... ¡Ah, Carolina! ¿No te parece Morales en *Los piratas de la Sabana*?

—Pero no con ese traje, le he dicho yo.

—¿Por qué no, señor don Claudio? Ya ve usted, un día en Perpignan representé yo el papel de coronel Monteclin, en *La closerie des Genets*, vestido de oficial japonés.

—¡Oh! ¡Y cómo le aplaudieron! añadió la señora Caterna.

Mientras comíamos, ha pasado el tren por la estación de Kastakos, situada en el centro de una región montañosa. El ferrocarril va atravesando viaductos y túneles, lo que notamos por la mayor trepidación de los vagones.

Poco tiempo después Popof nos dice que estamos sobre los territorios del Ferganah, nombre del antiguo kanato de Kokhan, anexionado á Rusia en 1876, con los siete distritos de que consta. La mayoría de la población es sarta y se halla administrada por prefectos, subprefectos y alcaldes; de modo que vayan ustedes á Ferganah, y allí encontrarán todo el mecanismo de la constitución francesa del año VIII.

Aún sigue extendiéndose por allí la inmensa estepa. Su situación es tan perfectamente horizontal, que la señora Ujfalvy-Bourdon le ha comparado, con razón, á una mesa de billar, con la diferencia de que, en vez de una bola de marfil, por su superficie rueda el Gran Transasiático con una velocidad de sesenta kilómetros por hora.

Después de dejar atrás la estación de Tchoutchaï, entramos en la de Kokhan á las nueve. Dos horas de parada. Bajamos al andén. Cuando voy á salir del puente-cillo y me aproximo al mayor Noltitz, éste pregunta al joven Pan-Chao:

—¿Conocía usted al mandarín Yen-Lou, cuyo cadáver llevan á Pekín?

—No, señor, nada.

—Sin embargo, debía ser un personaje importante, teniendo en cuenta los grandes honores que se le rinden.

—Es posible, responde Pan-Chao; pero ¡hay tantas personas importantes en el Celeste Imperio!

—¿Pero ese mandarín Yen-Lou?...

—Nunca he oído hablar de él.

¿Por qué habrá hecho el Mayor aquella pregunta al chino? ¿A qué preocupación de su espíritu obedecerá?

II

Kokhan: dos horas de parada. Es de noche. La mayor parte de los viajeros, acomodados ya en los vagones para entregarse al sueño, no descienden al andén, por el que me paseo fumando.

La estación es de alguna importancia, y cuenta con material bastante para sustituir, con una locomotora más potente, á la que ha remolcado nuestro tren desde Ouzoun-Ada. Estas eran suficientes cuando la vía marchaba por la horizontal planicie; pero ahora que vamos á in-

ternarnos por los desfiladeros del Pamir, la cosa varía. Hay que franquear pendientes de consideración, y es evidente que se necesitará una tracción mayor.

Me entretengo en ver hacer la expresada maniobra; después de separar del tren á la locomotora con su tender, el furgón de equipajes, donde va Kinko, queda á la cabeza del tren.

Pienso si bajará de su escondite el joven rumano. Pero esto sería una imprudencia; acaso fuera visto por los agentes, los *gardovois*, que no cesan de ir y venir inspeccionando á todo el mundo. Lo mejor que puede hacer mi número 11 es quedarse en el cajón, ó por lo menos en el furgón. Voy á tomar algunos víveres y se los llevaré, aun antes de partir el tren si me es posible, sin temor de ser visto.

Abierta está la cantina de la estación. Popof no está. Si me viese comprar las vituallas, sospecharía, habiendo como hay en el tren vagón-restaurant con todo lo necesario.

Un trozo de carne fiambre, pan y una botella de *vodka*, es cuanto he podido adquirir.

La estación está un poco oscura. Algunas lámparas, pocas, dan incierta luz. Popof está ocupado en sus funciones con otro empleado de la Compañía. Aún no maniobra la nueva locomotora para colocarse en su puesto. Me parece el momento favorable... Creo, pues, inútil esperar que salgamos de Kokhan, y una vez cumplida mi misión con Kinko, podré dormir toda la noche, que buena falta me hace. Me subo, pues, á la plataforma del furgón, y después de asegurarme de que nadie me puede ver, pentro en el interior y digo: «¡Soy yo!»

Me parece prudente prevenir á Kinko, por si acaso estuviera fuera del cajón.

Pero el joven no había tenido tal pensamiento, y le recomendé prudencia. Las provisiones le han causado vivo placer, porque varían un poco su ordinaria comida.

—No sé cómo agradecer á usted, señor Bombarnac, me dice, lo que hace.

—Pues si no lo sabe usted, no me lo agradezca.

—¿Cuánto tiempo estamos en Kokhan?

—Dos horas.

—¿Y cuándo llegaremos á la frontera?

—Mañana hacia la una de la tarde.

—¿Y á Kachgar?

—Quince horas después; en la noche del 19 al 20.

—Allí está el peligro, señor Bombarnac.

—Sí, Kinko; porque por difícil que sea entrar en las posesiones rusas, no lo es menos salir de ellas, cuando los chinos están á la puerta. Sus agentes nos examinarán muy de cerca antes de dejarnos paso. Sin embargo, tal severidad se emplea con los viajeros, pero no con los equipajes. Ahora bien: como este furgón está reservado á los equipajes expedidos á Pekin, creo que no tendrá usted nada que temer. Conque ¡buenas noches! Por precaución no quiero prolongar mi visita.

—Buenas noches, señor Bombarnac.

Salgo, y me voy á mi sitio; y á fe mía que ni aun he oído la señal de partida cuando el tren se ha puesto en marcha.

La única estación algo importante que antes de amanecer ha atravesado el ferrocarril, ha sido Marghelan, donde la parada fué breve.

Dicha ciudad, que cuenta con una población de 60.000 habitantes, es en realidad la capital del Ferganah, y esto reconoce por causa la mala reputación de que goza Kokhan desde el punto de vista de salubridad. La ciudad, como todas las anteriores, se halla dividida en dos partes: la rusa y la turcomana. Esta última, desprovista de monumentos antiguos, no ofrece nada de particular, y los lectores habrán de perdonarme que no haya interrumpido mi sueño para honrarle con una ojeada.

Siguiendo el valle de Schakhimardan, ha atravesado el tren por una vasta estepa, merced á la cual ha podido recobrar su velocidad normal.

¡Och! Cuarenta y cinco minutos de parada á las tres de la madrugada.

Otra vez he faltado á mis deberes de corresponsal. Nada he visto de ella. Mi excusa es que nada tiene que ver.

Pasando de esta estación, la vía férrea llega á la frontera que separa el Turkestan ruso del Pamir y de la vasta comarca de los Kara-kirghizes. En esta parte del Asia Central, son constantes los

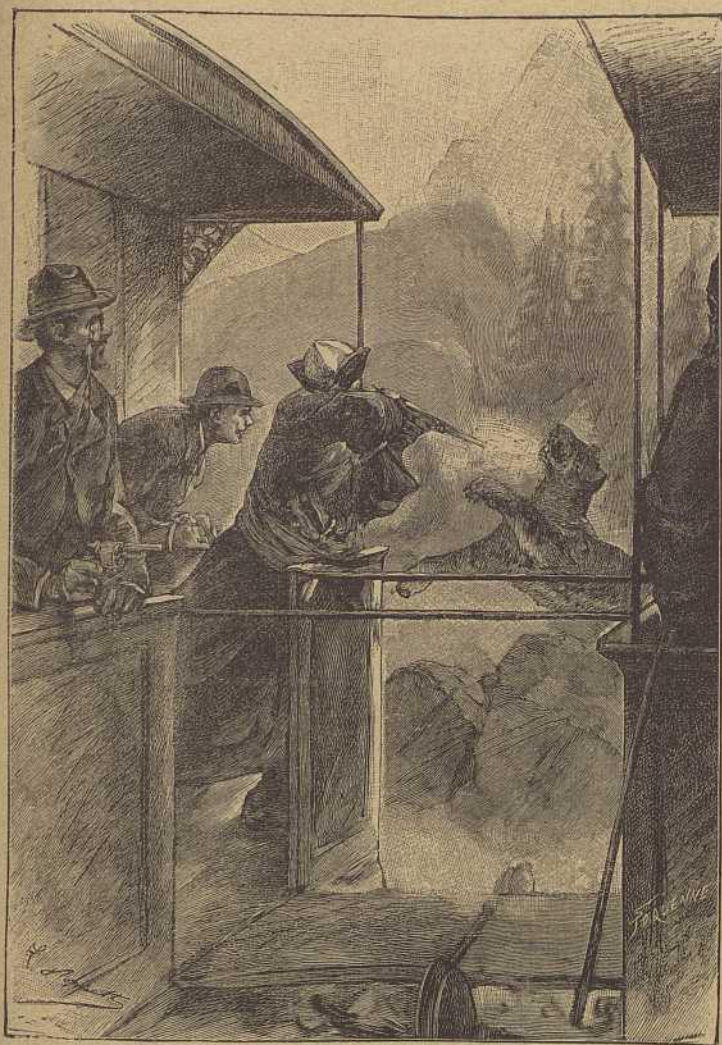
movimientos, debidos á la naturaleza plutónica del suelo. Muchas veces el Turkestan Septentrional ha sufrido violentas sacudidas: ya se recordará el terremoto de 1887, y he podido observar pruebas de estas terribles conmociones en Tachkend y en Samarkanda. Se observan frecuentemente trepidaciones, aunque poco sensibles, y tal movimiento seísmico se nota en toda la extensión donde existen yacimientos de petróleo, desde el Mar Caspio hasta el Pamir.

Como se comprende, dicha región constituye una de las partes más interesantes del Asia Central, que puede visitar un *turista*. Si bien el Mayor Noltitz no ha pasado de la estación de Och, conoce el territorio, por haberle estudiado en los mapas modernos y en las más recientes narraciones de viaje. He de citar entre éstas las de los señores Capus y Bombalot, dos nombres franceses que saludo con alegría fuera de Francia. El Mayor muestra muchos deseos de observar aquella parte, y apenas son las seis de la mañana cuando los dos nos encontramos en la plataforma con el anteojo en una mano y el indicador á la vista.

El Pamir, ó Bam-i-Douniah, es llamado comunmente el *tejado del mundo*, y de allí arrancan las poderosas cadenas ó cordilleras del Tian-Chan, Kuen-Luen, del Karakoum, del Himalaya y del Hindu-Kuch. Este sistema orográfico, de una anchura de cuatrocientos kilómetros, que durante tantos siglos fué infranqueable barrera, ha sido vencido por la tenacidad moscovita, poniendo en contacto la raza eslava y la amarilla.

Ahora me van ustedes á permitir un alarde de erudición sobre este particular... Además, no soy yo el que hablo, sino el Mayor Noltitz.

Todos los viajeros de los pueblos arios han pretendido descubrir el Pamir. Sin remontarnos hasta Marco Polo, en el siglo XIII, ¿qué vemos? Los ingleses, representados por Forsyth, Douglas, Biddueph, Younghusband, y el célebre Gordon, muerto en el Alto Nilo; los rusos por Fendchenko, Skobeleff, Prjevalsky, Grombtchevsky, el general Pevtsoff, el príncipe Galitzine, los hermanos Groum-Grjimaïlo, los franceses por d'Auvergne, Bombalot, Capus, Papin, Breteuil,



—¡Para ti, Margarita! exclamó el Sr. Caterna.

Blanc, Ridgway, O'Connor, Dutreuil de Rhins, José Martín, Grenard, Eduardo Blanc; los suecos por el doctor Swen-Hedin. Merced á estas exploraciones, puede decirse que un diablillo cojuelo ha levantado este *tejado del mundo*, para dejar ver los misterios que encierra. Se sabe, pues, que se compone de un intrincado laberinto de valles, cuya profundidad media pasa de tres mil metros. También sé que sus más altos picos son Gouroumdi y Kauffmann, de una altura de veintidós mil pies, y el de Targama de veintisiete mil; así como también que le cruzan los ríos Oxus ó Amou-Daria

al O., y el Tarim al E; y, en fin, que el terreno se compone principalmente de roca primaria, donde abunda el esquisto y el cuarzo; los filones rojos de las capas secundarias, y el *loess* arcillo arenoso, cuya capa cuaternaria abunda en el Asia Central.

Las dificultades que el Gran Transasiático ha tenido que vencer para atravesar esta meseta de Pamir, han sido extraordinarias. Fué aquello un desafío del hombre á la Naturaleza, y la victoria fué para el genio humano. Desde el comienzo de las suaves pendientes que kirghizes llaman *bels*, los viaductos.

los puentes, las ramblas, las trincheras y túneles han concurrido al establecimiento de aquella vía férrea. Aquellas bruscas curvas y aquellas pendientes exigen poderosas locomotoras, ó ya grúas para arrastrar el tren por medio de cables; en suma, un trabajo hercúleo, superior á los realizados por los ingenieros americanos en los desfiladeros de Sierra Nevada y Montañas Rocosas.

El triste aspecto de aquellos terrenos impresiona la imaginación, y á medida que el tren va ganando la altura, siguiendo el accidentado perfil de la línea, la impresión es aún más grande. Ya no hay casas, ni buenas ni malas; tan solo se ven algunas cabañas esparcidas, en las que el pamiriano arrastra una existencia solitaria con su familia, sus caballos, sus rebaños de yaks ó *koutars*, que son bueyes con cola de caballo, carneros enanos, cabras de lana muy espesa. Lo misero de estos animales es una natural consecuencia del clima. Hay que observar que cambian su piel de invierno por su piel de estío; lo cual sucede también con el perro, cuya piel blanquea en la época de los calores.

Siguiendo los desfiladeros, vése al través de las cortaduras la *meseta* de Pamir. En algunos sitios se agrupan los enebros y los álamos, que son los principales árboles del Pamir, y en las onduladas llanuras crecen el tamarindo, la artemisa, especie de arbusto muy abundante en las depresiones del terreno, llenas de agua salada, y una planta enana, de la familia de las labiadas llamada por los kirghizes *terskenne*. El Mayor me cita ciertos animales que forman una fauna muy variada en las alturas de Pamir. Es preciso vigilar en las plataformas de los coches, porque podrían lanzarse á ellas ciertos mamíferos que no serían, en verdad, agradables compañeros de viaje, entre otros, panteras y osos. Durante esta jornada, nuestros compañeros han permanecido en las delanteras y en las traseras de los coches. Cuando algún plantigrado ó algún individuo de la raza felina hacen cabriolas inmediatas á la vía con intenciones poco tranquilizadoras, oyéanse algunos gritos. Se han disparado muchos tiros de revólver, quizá sin necesidad, pero que

constituyen una diversión y un modo de tranquilizar á los viajeros. Por la tarde hemos sido testigos de un soberbio disparo que ha dejado seca á una pantera en el momento en que iba á saltar al estribo del tercer coche.

—«¡Para ti, Margarita!» ha exclamado el Sr. Caterna; y en verdad que no podía expresar mejor su admiración que repitiendo la célebre frase de Burindan, dirigida á la mujer del Delfín, y no á la reina de Francia, como impropiamente se dice en el célebre drama *La torre de Nesle*.

Este disparo se debe al altivo mongol...

—¡Qué mano y qué vista! digo al Mayor, que no cesa de dirigir miradas sospechosas al Sr. Faruskiar. Entre otros animales que constituyen la fauna pamiriana, véanse lobos, zorros, rebaños de carneros salvajes de gran tamaño, nudosos cuernos en graciosa curva y que en la lengua indígena se llaman *arkars*; gipetos y buitres en las altas zonas del cielo: en medio de los torbellinos del blanco vapor que lanza nuestra locomotora, y mezclados con ellos, véanse nubes de cuervos, de palomas, de tórtolas y de aguzanieves.

El día transcurre sin incidente. A las seis de la tarde hemos atravesado la frontera, después de un trayecto total de cerca de dos mil trescientos kilómetros, recorridos en cuatro días desde Ozoun-Ada. Doscientos cuarenta más allá llegaremos á Kachgar, y ya en esta ciudad, aunque en realidad estemos en suelo turkestaniano, pasaremos á la férula de la administración china.

Después de comer, y hacia las nueve, cada uno se extiende en su cama con la esperanza de pasar la noche tan tranquilamente como las anteriores. Mas no debía ser así.

Durante las primeras horas, el tren ha bajado las pendientes del Pamir á gran velocidad, recobrando después su marcha normal en la llanura.

Podría ser la una de la madrugada, cuando me desperté bruscamente. Otro tanto ha sucedido al señor Noltitz y á la mayor parte de nuestros compañeros.

Se oyen fuertes gritos en la cola del tren.

¿Qué pasa? Muy pronto los viajeros son víctimas de esa inquietud que no razona y que provoca el camino de hierro.

—¿Qué hay? ¿qué hay? se pregunta por todas partes, en diversas lenguas.

Mi primer pensamiento es el de que hemos sido atacados. Pienso en el famoso Ki-Tsang, el pirata mogol del que tan imprudentemente he solicitado la colaboración para mi crónica.

Un instante después el tren disminuye su velocidad; al fin se detiene. Cuando Popof sale del furgón, le pregunto lo que pasa.

—Un accidente, me responde.

—¿Grave?

—No: una barra de unión que se ha roto, y por consecuencia de lo cual se han separado los dos últimos vagones.

Ya el tren parado, nos apeamos una docena de viajeros.

A la luz de una linterna es fácil comprobar que el accidente ha sido casual; pero no es menos verdadero que los dos últimos vagones, el que conduce el cuerpo del mandarín, y el furgón de cola ocupado por el empleado de equipajes, han quedado atrás. ¿Cuándo y dónde se han desunido? No se sabe. Había que oír los gritos de la guardia persa encargada de custodiar el cuerpo del mandarín, del que eran responsables; los viajeros que se encontraban en su vagón, y ellos mismos, nada habían advertido en el primer momento. Cuando dieron la voz de alarma, hacía una hora, quizás dos, que el accidente se había producido.

Lo que hay que hacer es muy sencillo. Dar contravapor y retroceder hasta los vagones separados. Pero lo que no deja de sorprenderme es la actitud del señor Faruskiar en aquellas circunstancias. Es el que insiste del modo mas apremiante para que se obre sin perder momento. Se dirige á Popof, al maquinista, al fogonero, y por primera vez le oigo expresarse muy claramente en ruso.

Sea como sea, no hay que discutir. Todos estamos conformes en la necesidad de retroceder, á fin de unir al tren el vagón del mandarín y el de los equipajes. Unicamente el barón alemán protesta... ¡Aún mas retraso! ¡Sacrificar acaso muchísimo tiempo por un mandarín... que fué!

Le enviamos á paseo.

En cuanto á sir Francis Trevellyan, se encoge de hombros, como diciendo: ¡que administración! ¡que material! He aquí lo que no sucedería en los caminos de hierro ingleses de la India.

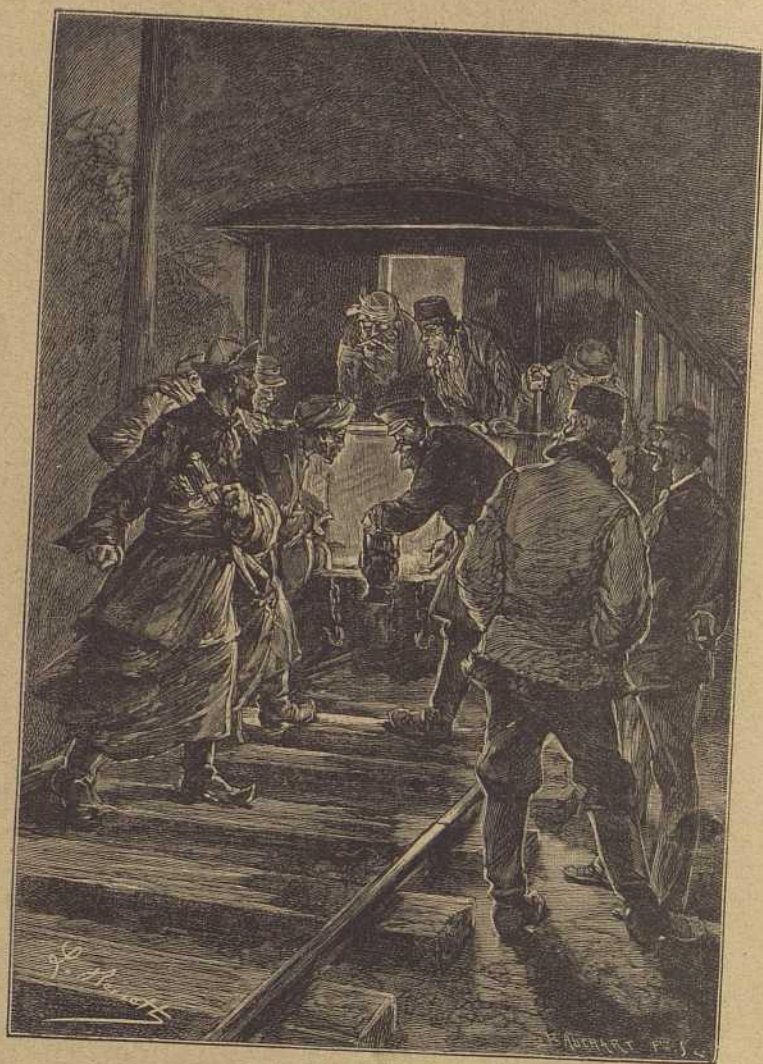
El Mayor Noltitz está impresionado, como yo, de la singular intervención del señor Faruskiar. Aquel mogol tan impasible habitualmente, con su mirada fria bajo un párpado inmóvil, va y viene ahora, sintiendo una inquietud que en vano trata de reprimir. No menos insistencia que él, muestra su compañero. Sin embargo, ¿qué les importa que se hayan separado los dos vagones? Además, ¿no tienen sus equipajes en el furgón de cola?... ¿Es acaso el difunto Yen-Lou la causa de su sobresalto? ¿Acaso por eso en la estación de Douchak observaban con tan detenida atención el furgón que encerraba el cuerpo del difunto? Claramente veo que el Mayor encuentra extremadamente sospechosa aquella manera de obrar.

Comienza el tren á retroceder en cuanto ocupamos nuestros sitios. El barón alemán lanza nuevas recriminaciones; pero el señor Faruskiar le dirige una mirada tan feroz, que aquél se vuelve refunfuñando á su rincón.

Ya empieza á despuntar la aurora, cuando vemos los dos vagones á un kilómetro de distancia, y el tren va suavemente á reunirse á ellos, después de una hora de marcha.

El señor Faruskiar y Ghangir han querido asistir á la unión de los carruajes hecha con toda la solidez posible. Noltitz y yo hemos observado que los dos cambiaban algunas palabras con los otros tres mogoles, lo que no debe producir extrañeza, puesto que son compatriotas.

Cada cual ocupa su sitio, y el maquinista fuerza vapor á fin de ganar el tiempo perdido. Sin embargo, el tren llega á Kachgar con un retraso muy considerable, y son las cuatro y media de la mañana cuando entra en la capital del Turkestán chino.



Á la luz de una linterna...

III

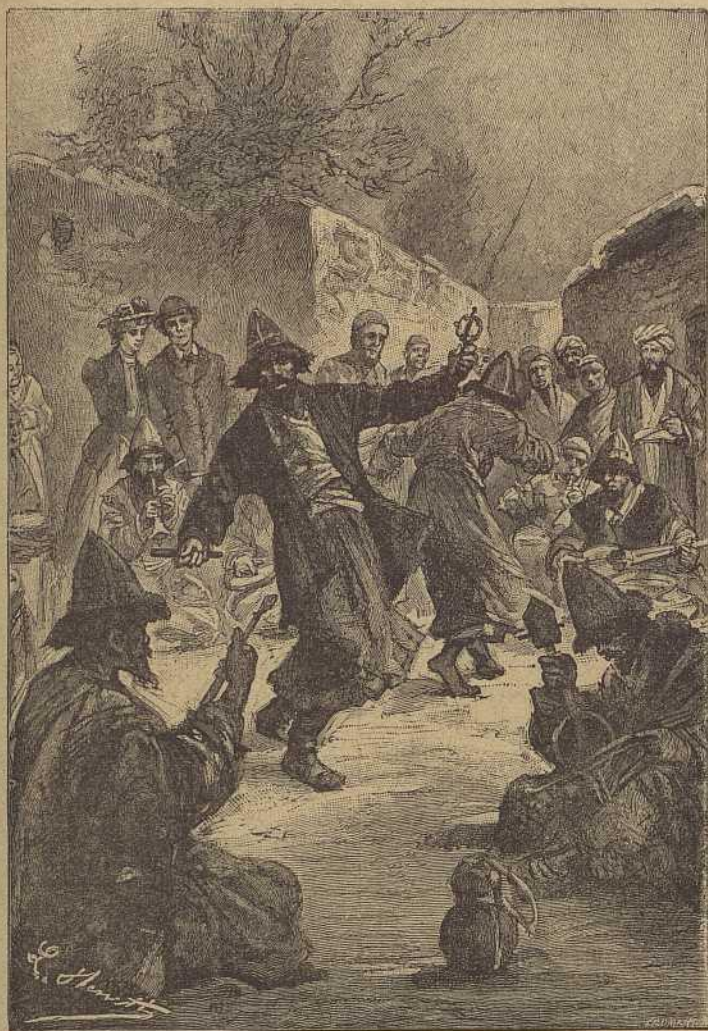
La región de Kachgar es el Turkestán oriental, que va gradualmente metamorfoseándose en Turkestán ruso.

«Hasta que la Administración moscovita no ponga la mano sobre el Tibet, ó hasta que los rusos dominen en Kachgar, el Asia Central no será un gran país.»

Esto, que se ha escrito en la *Nouvelle Revue*, está ya á medio hacer. La perforación del Pamir ha permitido unir el ferrocarril ruso al camino de hierro que

cruza el Celeste Imperio de una á otra frontera. Kachgar es en la actualidad tan moscovita como china; la raza eslava y la raza amarilla codéanse allí y viven en perfecto acuerdo. ¿Cuánto tiempo durará esto? Otros, no yo, deben ver el porvenir; yo me contento con el presente.

El Gran Transasiático se muestra generoso: hasta las once no partirá. Podía, pues, ver Kachgar á mi placer, teniendo en cuenta, sin embargo, que he de perder una hora del tiempo marcado. Efectivamente: lo que no se ha hecho en la frontera, se va á hacer en Kachgar; rusos



Estaban extáticos admirando una tropa de derviches músicos.

y chinos coinciden en estas formalidades vejatorias, comprobando papeles, firmando pasaportes, etc. Es el mismo registro á la vez minucioso y meticulado, y no hay más remedio que someterse á él. No hay que olvidar la terrible y amenazadora fórmula que el funcionario del Celeste Imperio pone al final de los documentos: «Temblad y obedeced.» Yo estoy dispuesto á obedecer, y compareceré ante las autoridades de la frontera. Recuerdo, además, ahora los temores manifestados por Kinko, y por él temblaré si la visita á los viajeros se hace extensiva á los equipajes y mercancías.

Antes de llegar el tren á Kachgar, el Mayor Noltitz me ha dicho:

—No se imagine usted que el Turkistán chino difiere gran cosa del Turkistán ruso. Ya estamos en la tierra de las pagodas, de los juncos (1), barcos-flores, hongos (2) y torres de porcelana. También hay que observar que, lo mismo que Bukhara, Merv y Samarkanda, Kachgar es una ciudad que tiene parte vieja y parte nueva. Sucede con estas

(1) Barco chino de tosea construcción.

(2) Compañías comerciales de China que tratan con los europeos.

(N. del T.)

ciudades del Asia Central lo que con algunas estrellas, que no gravitan alrededor de otras.

La observación del Mayor es muy justa. No estamos ya en los tiempos de los emires, ni en los de la monarquía de Mohammed-Yakoub, en que los celestes que querían permanecer allí y que su vida fuese respetada, tenían que abjurar la religión de Budha y de Confucio y convertirse al mahometismo. ¿Qué quieren ustedes? En este *fin de siglo* siempre llegamos tarde, y las maravillas del cosmorama oriental, las curiosas costumbres, todas sus artísticas obras maestras, no son más que recuerdos ó ruinas. Los caminos de hierro concluirán por hacer semejantes los países que recorre; y esto significará la igualdad, y acaso la fraternidad. A decir verdad, Kachgar es hoy sencillamente una estación del Gran Transasiático, el punto de enlace de los ferrocarriles rusos y chinos, y la doble cinta de hierro que cuenta cerca de tres mil kilómetros desde el Caspio á esta ciudad, y sigue desde ésta, para prolongarse otros cuatro mil más, hasta la capital del Celeste Imperio.

Vóime, pues, á la doble ciudad; la nueva es Yangi-Chahr; la antigua, situada á tres millas y media, es Kachgar. He tenido ocasión de visitar entrambas, y voy á decir lo que son una y otra.

Primera observación: la antigua y la nueva hallanse rodeadas de una mala muralla de tierra, que no previene nada en su favor. Segunda observación: en vano se buscará monumento alguno, puesto que los materiales de construcción son los mismos para las casas que para los palacios. Allí no hay más que tierra, ni siquiera tierra cocida, y no es seguramente con esa especie de ladrillo secado al sol con lo que se obtienen regularidad en las líneas, pureza en los perfiles, ni finura en la labor escultórica; la arquitectura necesita la piedra ó el mármol, y esto es precisamente lo que falta en el Turkestan chino.

Un cohechillo rápidamente arrastrado nos ha conducido al Mayor y á mí á Kachgar, cuyo perímetro mide tres millas. El Kizil-Sou, es decir, el *rio rojo*, que es más bien amarillo, como conviene á un río chino, la enlaza en sus dos bra-

zos, reunidos por dos puentes. Si se quieren encontrar algunas ruinas más interesantes, es necesario dirigirse á corta distancia, fuera del recinto, y allí pueden verse restos de fortificaciones, que lo mismo pueden remontarse á quinientos que á dos mil años, á gusto de los arqueólogos. Lo que es indudable es que Kachgar sufrió el terrible asalto de Tamerlán; hay que convenir en que sin los arranques del terrible Cojo, la historia del Asia Central sería extraordinariamente monótona. Bien es cierto que desde aquella época se han sucedido feroces sultanes, entre otros Ouali-Khan-Toulla que en 1857 hizo decapitar á Schlagentweit, uno de los exploradores más eruditos y audaces del continente asiático. Dos placas de bronce de las Sociedades Geográficas de París y San Petersburgo adornan su monumento conmemorativo.

Kachgar es un importante centro mercantil, cuyo movimiento pertenece casi exclusivamente á los rusos. Sedas de Khotan, algodón, fieltro, lanas, paños, son los principales artículos, de los que se hace bastante exportación entre Tachkend y Koulja, al N. del Turkestan oriental.

Según me dice el Mayor Noltitz, aquí es donde sir Francis Trevellyan podía demostrar especialmente su mal humor. En efecto; una embajada inglesa dirigida por Chapman y Gordon de 1873 á 1874, fué enviada de Kachmir á Kachgar por Kothan y Yarkand. Esperaban los ingleses en aquella época establecer allí exclusivamente sus relaciones comerciales; pero en vez de unirse los caminos de hierro rusos á los indios, se han unido á la vía férrea china, y el resultado de esta unión ha sido tener que ceder el paso la influencia inglesa á la influencia moscovita.

La población de Kachgar es turcomana, muy mezclada con los chinos, que desempeñan de buen grado las funciones de domésticos, artesanos y buhoneros. Menos afortunados que Chapman y Gordon, el Mayor y yo no hemos podido ver Kachgar cuando los ejércitos del emir llenaban sus calles. Ya no hay aquella infantería de Djiguits, ni los Sarbaz; como tampoco existen ya los marciales

cuerpos de los Taifourchis, armados y disciplinados á la china, ni los arrogantes lanceros, ni los arqueros kalmucos con sus arcos de cinco pies de altura, ni los *tigrés* con sus escudos pintarrajeados y sus fusiles de chispa, que eran los tiradores... Todo aquel pintoresco ejército de Kachgar ha desaparecido con el emir.

A las nueve, estamos de vuelta en Yangi-Chahr. ¿Y qué es lo que vemos á lo último de una de las calles vecinas de la ciudadela? Al señor Caterna con su mujer, que están extáticos admirando una tropa de derviches músicos.

Quien dice derviche, dice mendigo, y quien dice mendigo, evoca el tipo más acabado de la miseria y de la suciedad. ¡Qué gestos hacen! ¡Qué actitudes en el manejo de la larga guitarra! ¡Qué movimiento de cadera en sus acrobáticas danzas, á las que acompañan con los cánticos de sus leyendas y de sus poesías, extraordinariamente profanas! El instinto de antiguo actor se despierta en Caterna. No puede estarse quieto; aquello es más fuerte que él. Imita, pues, aquellos gestos y aquellas actitudes, aquellos movimientos, con el ardor con que podría representar á un gaviero, y veo el momento en que él va á figurar en aquella cuadrilla de derviches aulladores. Al verme, me dice:

—¡Don Claudio!... Lo que hacen estas buenas gentes, es muy fácil. Hagame usted una opereta turkestaná y me verá usted hacer el papel de derviche á las mil maravillas. Ya verá usted si entro yo en ello.

—No lo dudo, señor Caterna; pero antes debemos entrar en el restaurant de la estación, y dar el adiós á la cocina turkestaná, porque pronto nos las vamos á tener que ver con la cocina china.

Mi oferta es aceptada, con tanto más placer, cuanto que, según nos hace observar el Mayor, los cocineros de Kachgar gozan de justa fama.

Efectivamente: los señores Caterna, el Mayor, el joven Pan-Chao y yo, nos hemos quedado encantados, tanto de la cantidad como de la calidad de los manjares servidos. Los platos de dulce alternan caprichosamente con los asados y fritos. Después, lo que el actor

y la actriz no deberán jamás olvidar, como no olvidarán los famosos melocotones de Khodjend, y son ciertos platos de los que la embajada inglesa ha querido conservar el recuerdo, como se ve en la relación de su viaje: pies de cerdo espolvoreados de azúcar y asados en su grasa con una salsa que tiene algo de á la marinera; riñones fritos con salsa de azúcar y mezclados con buñuelos de viento.

El señor Caterna repitió dos veces de los primeros, y tres de los segundos.

—Tomo mis precauciones, nos dijo. ¡Sabe Dios lo que el jefe del *dining-car* nos ofrecerá en el ferrocarril de China! Desconfiemos de las aletas de tiburón, que son un poco coriáceas, y de los nidos de salanganas, que indudablemente no estarán muy frescos.

Son las diez, cuando un golpe de *gong* anuncia que van á empezar las formalidades policiacas. Dejamos la mesa; nos levantamos después de haber bebido el último vaso de vino de Chao-Hing. Algunos instantes después estábamos reunidos en la sala de los viajeros.

Todos mis números están presentes, exceptuando, como se comprende, á Kinko. De haber podido éste, hubiera hecho los honores al almuerzo. Allí están el doctor Tio-King con su *Cornaro* bajo el brazo; Fulk Ephrinell y miss Horacia Bluet, mezclando sus dientes y sus cabellos, en sentido figurado, por supuesto; sir Francis Trevellyan, inmóvil y mudo, intratable é inflado, chupando su cigarro en el umbral; el señor Faruskiar, acompañado de Ghangir. También están los viajeros rusos, turcomanos y chinos; un total de sesenta á ochenta personas. Cada cual deberá presentarse á su turno ante una mesa ocupada por dos chinos, en sus trajes habituales; uno de ellos es el funcionario, que habla constantemente el ruso, y el otro el intérprete para las lenguas alemana, francesa é inglesa. El celeste es un hombre de unos cincuenta años, de cráneo desnudo, bigote espeso, gruesa trenza á la espalda, y anteojos sobre la nariz. Lleva una falda rameada; es obeso, como conviene á las gentes distinguidas; no es simpático. Después de todo no se trata más que de una comprobación de documentos, y como los

nuestros están en regla, poco importa que la cara del funcionario sea más ó menos repulsiva.

—¡Qué aire tiene! murmura la señora Caterna.

—Aire chino, responde el marido. Y, francamente, no es muy agradable.

Yo soy uno de los primeros en presentar el pasaporte visado por el cónsul de Tiflis y por las autoridades rusas de Ouzoun-Ada. El funcionario le examina atentamente. Con los procedimientos de la administración china, es preciso estar siempre prevenido. Sin embargo, de aquel examen no resulta dificultad alguna, y el sello del dragón verde me dice: *bueno para partir*.

El mismo resultado obtienen el del cómico y el de su mujer; lo que hay que ver es la cara que pene el señor Caterna mientras le están examinando los papeles. Toma la misma actitud que el acusado sentado en el banquillo, que trata de enternecer á sus jueces. Pone unos ojos tan lastimosos, dibuja una sonrisa tan especial, que parece implorar perdón, aunque el chino más escrupuloso no hubiera podido hacerle la menor observación.

—Está bien, dice el intérprete.

—Gracias, príncipe, responde el señor Caterna con el acento de un pillete parisien.

En lo que concierne á Fulk Ephrinell y miss Horacia, pasan como una carta por el correo. Si un corredor americano y una corredora inglesa no tienen sus documentos corrientes, ¿quién los va á tener? John Bull es más conocido que las ratas.

Otros viajeros rusos y turcomanos sufren la prueba sin que haya materia de oposición. Tanto los de primera como los de segunda clase, están en las condiciones exigidas por la administración china, que por cada *vistobueno* percibe un derecho muy elevado, pagadero en rublos, *taels* ó *sapaques*.

Entre estos viajeros observo á un clérigo de los Estados Unidos, un *clergyman*, de unos cincuenta años, que se dirige á Pekín: el reverendo Nataniel Morse, de Boston, uno de esos corredores de Biblias, uno de esos misioneros yankees, clérigos injertos en negociantes.

Por lo que pueda pasar, le apunto en mi cartera con el número 13.

La comprobación de los documentos del joven Pan-Chao y del doctor Tio-King tampoco ofrece dificultad, y cambian entre sí *diez mil buenos días*, de los más amables, con el representante de la autoridad china.

Cuando le tocó el turno al Mayor Noltitz, se produjo un ligero incidente. Sir Francis Trevellyan, que habíase presentado al mismo tiempo que el Mayor, no pareció dispuesto á cederle el sitio. Sin embargo, todo se quedó reducido á miradas altaneras y provocadoras. El *gentleman* ni siquiera se ha tomado el trabajo de abrir la boca. Está escrito que yo no he de oír el metal de su voz... El ruso y el inglés reciben sus pasaportes visados... Y negocio concluido.

Llegan después á la presencia del funcionario el Sr. Faruskiar, seguido de Ghangir. El de la mesa le mira al través de sus anteojos con mucha atención. El Mayor y yo lo observamos. ¡Cómo aguantará él este examen! ¿Acaso habremos acertado?

Mas ¡cuál no será nuestra estupefacción ante la escena que se produce al momento! Después de haber el funcionario echado una ojeada sobre los papeles que le presenta Ghangir, se levanta, se inclina respetuosamente ante el Sr. Faruskiar, y dice:

—Tenga la dignación de recibir mis diez mil respetos el Sr. Administrador del Gran Transasiático.

¡El Administrador! ¡El Sr. Faruskiar! Todo se explica. Durante nuestro trayecto por el Turkestán ruso le ha convenido guardar el incógnito, como hace un gran personaje en país extranjero. Mas ahora, ya en territorio chino, no se recata de recobrar el rango que le pertenece, con todos los honores correspondientes. ¡Y pensar que yo, aunque en broma, le atribuí el papel del pirata Ki-Tsang, y que el Mayor Noltitz se pasaba el tiempo espiándole! En fin... Ya tengo lo que quería, un personaje, y va en nuestro tren... Trabará amistad con él, cultivando esta amistad, como el que cultiva una planta extraña; y puesto que habla el ruso, le sujetaré á una *interview*.

¡Bien! Héme aquí ya sin saber qué

pensar, hasta el punto que sólo se me ocurre encogerme de hombros cuando el Mayor murmura á mi oído:

—Después de todo, acaso sea uno de los antiguos capitanes de ladrones con los que ha tratado la Compañía para lograr sus buenos oficios.

—Vamos, Sr. Mayor; tengamos formalidad.

La inspección de viajeros está para terminar, y ya van á abrir las puertas, cuando aparece el barón Weisschnitzer dörfer, muy inquieto, muy azorado, muy anheloso, y preso de una febril agitación. ¿Por qué se mueve? ¿Por qué se sacude? ¿Por qué se baja? ¿Por qué se levanta? ¿Por qué mira en torno suyo, como una persona que ha perdido algo de mucho interés?

—¿Y vuestros papeles? le pregunta el intérprete en alemán.

—Estoy buscándolos, responde el barón; pero no les encuentro... Estaban en mi cartera.

Registra en los bolsillos del pantalón, del chaleco, de la chaqueta y de la hopalanda: veinte bolsillos lo menos, pero no encuentra nada.

—¡Despachemos! ¡Despachemos! repite el intérprete. El tren no esperará.

—¡Me opongo á que parta sin mí! exclama el barón... Estos papeles... Se me indemnizará.

En este momento un *gong* lanza sus ecos al interior de la estación. La partida va á efectuarse antes de cinco minutos; y el infortunado teutón grita:

—¡Esperad! ¡Esperad! *Donner vetter!* Bien se puede esperar algunos minutos, en atención á un hombre que da la vuelta al mundo en treinta y nueve días.

—El Gran Transasiático no espera, responde el intérprete.

Sin preocuparnos más de él, el Mayor Noltitz y yo nos dirigimos al andén, mientras el barón continúa vociferando delante de la impasible autoridad china. Examino el tren y veo que su composición ha sido modificada, en razón de ser menos numerosos los viajeros entre Kachgar y Pekín. En vez de doce carruajes, no hay más que diez, en el orden siguiente: locomotora y tender, furgón de cabeza, dos vagones de primera clase, vagón-restaurant, dos vagones de

segunda, el que conduce el cuerpo del mandarín, y el furgón de cola. Las locomotoras rusas que nos han conducido desde Ouzoun-Ada, van á ser reemplazadas por locomotoras chinas, calentadas, no con nafta, sino con esa hulla de la que existen considerables yacimientos en el Turkestán, y depósitos en las principales estaciones de la línea.

Mi primer cuidado es dirigirme al furgón de la cabeza del tren. Precisamente unos empleados de la aduana se disponen á visitarle, y yo tiemblo por Kinko.

Es cierto que el fraude no ha sido descubierto, porque la nueva hubiera causado gran ruido; pero ¿la caja ha sido respetada? ¿La han colocado en otro sitio? ¿No han podido poner lo de abajo arriba y lo de arriba abajo? En este caso Kinko no podría salir, lo que sería una complicación...

En este momento los agentes chinos salen del furgón cerrando la puerta, y no puedo arrojar una mirada al interior. Lo esencial es que Kinko no haya sido cogido en flagrante delito. En cuanto sea posible me introduciré en el furgón, y, como se dice entre los banqueros, «comprobaré el estado de la caja.»

Antes de regresar á nuestro vagón, el Mayor Noltitz me suplica le siga á la cola del tren.

La escena de que somos entonces testigos, no carece de interés. Se trata de la entrega de los restos del mandarín Yen-Lou, hecha por la guardia persa á una escuadra de esos soldados del Estándarte Verde, que forman el cuerpo de la gendarmería china. El difunto va á pasar á la custodia de unos veinte celestes, que ocuparán el vagón de segunda clase que precede al furgón funerario. Van armados de revólvers y fusiles, y mandados por un oficial.

—Vamos, digo al Mayor: indudablemente ese mandarín es un gran personaje, puesto que el Hijo del Cielo le envía una guardia de honor...

—O defensiva, responde el Mayor.

El Sr. Faruskiar y Ghangir han asistido á esta operación, lo que no tiene nada de extraño. ¿No tiene el Administrador el deber de vigilar al ilustre difunto confiado á los agentes del Gran Transasiático?

Suenan los últimos golpes de *gong*. Cada cual se apresura á entrar en su departamento.

¿Qué le ha sucedido al barón?

Héle aquí que llega al andén precipitadamente. Ha encontrado sus papeles en el fondo de su bolsillo diecinueve. Se los han visado... Ya era tiempo.

—¡Viajeros para Pekín, al tren! grita Popof con voz sonora.

El tren se mueve... Parte... Ya está en marcha.

IV

Somos lanzados sobre los rails de un camino de hierro chino, de una sola vía, arrastrados por una locomotora celeste, y conducidos por maquinistas de la raza amarilla. Esperamos que no tendremos contratiempo en el camino, puesto que el tren cuenta entre los viajeros á uno de los principales funcionarios de la Compañía en la persona del Sr. Faruskiar.

Pero, en fin, si sobreviniese algún accidente, esto rompería la monotonía del viaje y me proveyería de episodios. Tengo que reconocer que, hasta el presente, mis personajes no han dado de sí nada digno de fijar la atención. La pieza no es nada interesante, la acción languidece. Sería preciso un efecto teatral que pusiera á toda esta gente en escena; lo que el Sr. Caterna llamaría «un buen cuarto acto.»

En efecto. Fulk Ephrinell y miss Horacia Bluett están siempre absortos en su conversación comercial. Pan-Chao y el doctor me han divertido un momento, pero nada más. El cómico y la actriz no son más que unos simples cómicos, á los que faltan situaciones. Kinko, Kinko mismo, sobre el que yo fundaba tantas esperanzas, ha pasado la frontera sin contratiempos, llegará á Pekín sin gran trabajo, se casará con Zinea Klork sin dificultades. Decididamente, esto no marcha.

¡Y los lectores de *El Siglo XX* que esperan de mí una crónica vibrante y llena de impresiones!

¿Es que me veré obligado á limitarme al barón alemán? No: éste no es más que ridículo, y lo ridículo, que es la origina-

lidad de los tontos, no puede interesar jamás.

Vuelvo, pues, á mi idea. Me sería preciso un héroe, y hasta el presente no ha aparecido.

Decididamente, ha llegado la ocasión de entrar en relaciones más íntimas con el Sr. Faruskiar. Acaso ahora, que ya no viaja de incógnito, no será tan reservado. Somos sus administrados, por decirlo así. Es como el alcalde de nuestra ciudad ambulante, y un alcalde se debe á sus administrados. Además, para el caso en que el fraude de Kinko sea descubierto, espero asegurarme la protección de este elevado funcionario.

Nuestro tren marcha con gran rapidez desde la salida de Kachgar. Sobre el horizonte se dibujan los macizos de la meseta de Pamir, y hacia el S. O. se ve la circunferencia de Bolor; es decir, la cintura kachgariana, cuya alta cima del Tagharma se pierde entre las nubes.

No sé cómo ocupar mi tiempo. El Mayor Noltitz jamás ha visitado estos territorios que atraviesa el Gran Transasiático, y no me queda el recurso de tomar notas de sus indicaciones. El doctor Tio King no levanta la nariz de su *Cornaro*, y Pan-Chao me parece que conoce mejor París y Francia que Pekín y China; además, cuando vino á Europa tomó la vía de Suez y no conoce del Turkeistán oriental más que Kamtschatka. Sin embargo, conversamos muy á gusto de los dos. Es un amable compañero; pero lo que á mí me hace falta es un poco menos de amabilidad y un poco más de originalidad.

Véome, pues, reducido á pasearme de un vagón á otro y por las plataformas, interrogando al horizonte, que se obstina en no responderme, y escuchando aquí y allá.

¡Calla! He aquí al cómico y á la actriz que parecen sostener una conversación muy animada. Me acerco... cantan á media voz. Presto oído:

J'aim' bien mes dindons... ons... ons... (1)
dice la señora Caterna.

J'aim' bien mes moutons... ons... ons... (2)
replica el Sr. Caterna, cómico que para

(1) Me gustan mucho mis pavos... vos...

(2) Y á mí mis carneros... eros...

todo sirve, y canta de barítono en caso de necesidad.

Este es el eterno dúo de Pipo y de Betina la Coloradota, que ensayan para sus futuras representaciones en Sanghai... ¡Dichosos los de este país! No conocen todavía *La Mascota*.

He aquí á Fulk Ephrinell y á miss Horacia Bluett conversando con cierta intimidad, y yo sorprendo estas palabras:

—Temo, dice la corredora, que los caballos estén en alza en Pekín.

—Y yo, responde el corredor, que los dientes estén en baja... ¡Ah! Si estallase una buena guerra, en la que los rusos rompieran las mandíbulas á los celestes...

¡Vean ustedes esto! Batirse para proporcionar á la casa Strong-Bulbul and C^o de New York la ocasión de colocar sus productos!

En verdad, no sé qué imaginar, y tenemos todavía seis días de viaje. ¡Al diablo el Gran Transasiático y su monótono camino! El «Great-Trunk» de New-York á San Francisco es más animado. Al menos los «Pielas Rojas» atacan algunas veces los trenes, y la perspectiva de que le hagan á uno la autopsia en viaje, no puede menos de añadir encanto.

¡Eh! ¿Qué es esto que oigo recitar con tono de salmodia en el fondo de nuestro departamento?

«No hay hombre, cualquiera que sea la situación en que se encuentre, que no pueda impedir el comer demasiado y que no deba precaverse contra los males que causa la gula. Los que están encargados de la dirección de los negocios públicos y están, por tanto, más obligados que los otros...»

Es el doctor Tio-King leyendo en alta voz un pasaje de *Cornaro*, á fin de grabar mejor sus principios en la cabeza. ¡Bah! Después de todo, no hay que desdénar este consejo que el noble veneciano da á los hombres políticos.

Esta tarde, si me atengo á lo que dice el indicador, franquearemos el Yaman-yar sobre un puente de madera. Este río descendiendo de los macizos del O., cuya altura no baja de veinticinco mil pies ingleses, y su rapidez se aumenta por el deshielo. Alguna vez el tren marcha por entre espesos juncos, en medio de los

cuales Popof afirma que los tigres son bastantes numerosos. Quisiera creerlo, pero no he visto ni uno; y en defecto de Pielas Rojas, las pieles de tigres podrían procurarnos algunas distracciones. ¡Qué suceso para un periódico y que buena fortuna para un periodista! «Terrible catástrofe. Un tren del Gran Transasiático atacado por los tigres. Zarpazos y tiros... Cincuenta víctimas. Un niño devorado á los ojos de su madre...» y todo entremezclado de puntos suspensivos.

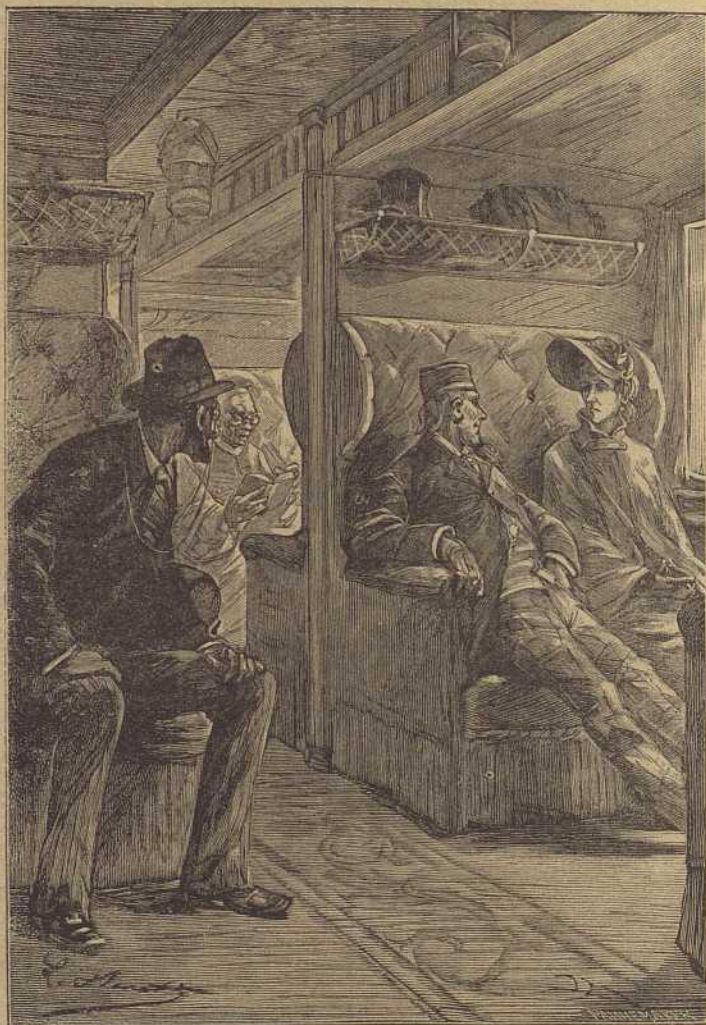
Pero ¡no! Los tigres turcomanos no me han proporcionado esta satisfacción. Así es que les trato... ¡tengo derecho á tratarles de inofensivos gatos!

Las dos principales estaciones han sido Yanghi-Hissar, donde el tren ha parado diez minutos, y Kizil, donde se ha detenido un cuarto de hora. Allí funcionan algunos altos hornos, siendo el suelo ferruginoso, como lo indica la palabra: *Kizil*, es decir, *rojo*.

El país es fértil y esmeradamente cultivado de trigo, maíz, arroz y lino en la parte oriental. En todas partes grupos de árboles, sauces, morales. A lo lejos, campos sembrados con arte, regados por numerosos canales, y verdes praderas donde pacen rebaños de carneros; una comarca que sería mitad Normandía, mitad Provenza, si las montañas del Pamir no la limitasen al horizonte. Solamente esta porción de la Kachgaria ha sido de una manera terrible asolada por la guerra en la época en que combatía para conquistar su independencia. Estos territorios fueron ensangrentados, y á lo largo del camino de hierro el suelo está sembrado de sepulcros donde yacen las víctimas de su patriotismo. En fin, yo no he venido al Asia Central para viajar por tierra francesa. Necesito lo nuevo ¡qué diablo! lo nuevo, lo imprevisto, lo que impresiona.

Sin la menor sombra de un accidente, y en un día bastante bueno, nuestra locomotora entró en la estación de Yarkand, á las cuatro. Si Yarkand no es la capital administrativa del Turkestán Oriental, es, sin disputa, la ciudad comercial más importante de la provincia.

—Todavía dos villas unidas, dije al Mayor.



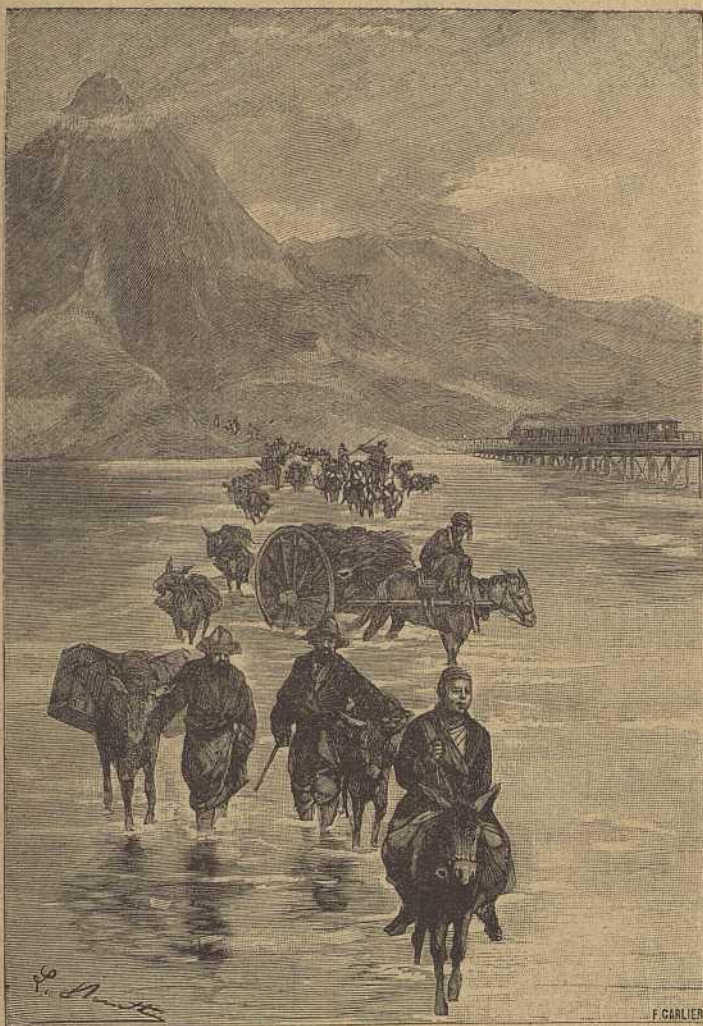
Conversando con cierta intimidad...

—Y esta vez, me responde el Mayor, no han sido los rusos los que han construido la nueva.

—Nueva ó vieja, he añadido, temo que se parezcan á las que ya hemos visto; una muralla de tierra, algunas docenas de puertas rodeando el recinto: ni monumentos, ni edificios, y ¡los eternos bazares de Oriente!

No me equivocaba; sobraba con cuatro horas para visitar las dos Yarkand, la nueva de las cuales es llamada Yanji-Shahr. Felizmente no está prohibido á las mujeres de esta población circular por las calles bordeadas de chozas, como

se practicaba en los tiempos de los *dadk-wahs*, ó gobernadores de la provincia. Pueden proporcionarse el placer de ver y de ser vistas, y de este placer participan los *faranguis*, nombre con que se conoce á los extranjeros, cualquiera que sea el punto á que pertenezcan. Son muy lindas estas asiáticas, con las largas trenzas de sus cabellos, los galones de sus corpiños, sus faldas de vivos colores pintados de dibujos chinos en seda de Kothan, sus botas bordadas, de altos tacones, sus turbantes de forma coqueta, sobre aquella nube de negros cabellos y de cejas unidas por un rasgo.



Y filas de caballos y de asnos en los vados,

Los viajeros chinos que habían bajado en Yarkand son reemplazados por otros de idéntico origen, entre ellos una veintena de coolies, y partimos á las ocho de la noche.

La noche se emplea en franquear los trescientos cincuenta kilómetros que separan á Yarkand de Kothan. Una visita que he hecho al furgón de cabeza, me ha permitido observar que la caja continúa en el mismo sitio. Algunos ronquidos prueban que Kinko, encajonado como de costumbre, duerme tranquilamente. No le he querido despertar, y le dejo que sueñe con su adorable rumana.

Al día siguiente Popof me dice que el tren, con su paso de tren-ómnibus, ha pasado por Kargalik, punto de unión de los caminos de Kilián y de Tong. Pasada la noche estamos todavía en la altura de mil doscientos metros. Desde la estación de Guma la dirección del tren es exactamente de O. á E., siguiendo cerca del paralelo 37, el mismo que atraviesa en Europa, Sevilla, Siracusa y Atenas.

Veo un solo río de alguna importancia, el Karakash, sobre el que aparecen algunas balsas, y filas de caballos y de asnos en los vados. Corta la vía férrea á un ciento de kilómetros antes de Khotan,

donde llegamos á las ocho de la mañana.

Dos horas de parada, y como esta villa puede considerarse como un boceto de las ciudades celestes, quiero tomar un rápido apunte de su aspecto.

Se diría en realidad que parece una ciudad turcomana construida por los chinos, ó una ciudad china construida por los turcomanos. Monumentos y habitantes tienen este doble carácter. Las mezquitas tienen un falso aire de pagodas, como las pagodas le tienen de mezquitas.

No me asombra, pues, que los señores Caterna, que no han querido perder la ocasión de poner el pie en tierra china, hayan quedado un tanto sorprendidos.

—Sr. D. Claudio. ¿No es esta decoración á propósito para representar *La toma de Pekín*?

—¡Pero si aún no estamos en Pekín, querido Caterna!

—Justo, será preciso saber contentarse con poco.

—Menos de poco, como dicen los italianos.

—Si ellos dicen esto, no son ya tan necios.

En el momento que vamos á subir al vagón, veo á Popof que corre hacia mí, gritando:

—Sr. Bombarnac...

—¿Qué hay, Popof?

—Un empleado del telégrafo me ha preguntado si iba en el tren un corresponsal de *El Siglo XX*.

—¡Un empleado del telégrafo!

—Sí; y al responderle afirmativamente, me ha entregado este despacho para usted.

—¡Deme usted... deme usted!

Tomo el despacho, que esperaba desde bastantes días. ¿Es una respuesta al telegrama enviado desde Merv á mi periódico, relativamente al mandarín Yen-Lou?

Abro el despacho... Le leo... y se me cae de las manos.

He aquí su contenido:

Claudio Bombarnac, corresponsal de El Siglo XX.—Khotan, Turkestan chino.

No es cuerpo mandarín que tren lleva Pekín. Es tesoro imperial, valor quince millones, enviado de Persia á China;

anunciado en periódicos de París desde ocho días. Cuidad en el porvenir estar mejor informado.

V

¡Millones! ¡Son millones lo que encierra ese supuesto vagón funerario!

A pesar mío, esta frase imprudente acaba de escaparse de mis labios: de suerte que el secreto del vagón imperial es al instante conocido de todos, empleados en la estación y viajeros del tren. Así, pues, para más seguridad, el Gobierno persa, de acuerdo con el Gobierno chino, he pretendido hacer creer en el transporte del cuerpo de un mandarín, cuando se trataba de transportar un tesoro á Pekín, por valor de quince millones de francos. Dios me perdone aquella *plancha*, explicable seguramente, que había cometido. Mas ¿por qué había yo de desconfiar de lo que Popof me decía, y por qué él había de sospechar de lo que habían afirmado los empleados persas respecto al mandarín Yen-Lou?

No existía razón alguna para poner en duda su veracidad.

Me siento profundamente lastimado en mi amor propio de corresponsal, y muy disgustado del llamamiento al orden que se me ha hecho. Me guardaré muy bien de decir palabra de mi mala ventura, ni aun al Mayor... ¿Es esto creíble? ¡En París, *El Siglo XX* está mejor informado, en lo que concierne al ferrocarril, que yo en el Gran Transasiático! El sabe que es un tesoro imperial lo que traemos á la cola del tren, y yo lo ignoraba! ¡Oh decepción del noticierismo! Ahora el secreto está divulgado, y no tardamos en saber que este tesoro, compuesto de oro y piedras preciosas, depositado en otro tiempo en manos del Shah de Persia, va expedido á su legítimo propietario, el Hijo del Cielo.

He aquí por qué el señor Faruskiar, avisado de ello en su cualidad de administrador de la Compañía, ha tomado nuestro tren en Douchak, á fin de acompañar el tesoro hasta su destino. He aquí por qué Ghangir y él, y los tres mogoles sus agentes, han inspeccionado severamente este vagón precioso; por qué se

han mostrado tan inquietos cuando ha quedado atrás, después de la rotura de la barra, y por qué han insistido con tanto calor en que se fuera á recogerle... Sí, ¡Todo se explica!

He aquí también por qué una escuadra de soldados chinos ha venido á recibir el vagón á Kachgar, relevando á los empleados persas. He aquí por qué Pan-Chao no podía haber oído hablar del mandarín Yen-Lou, no existiendo en el Celeste Imperio ningún alto personaje de este nombre!

Partimos á la hora reglamentaria, y, como se supone, nuestros compañeros de viaje no hablan más que de estos millones, suficientes para enriquecer á todo el personal del tren.

—El supuesto vagón funerario me había siempre parecido sospechoso, me dice el Mayor Noltitz, y por esto fué por lo que interrogué á Pan-Chao con motivo del difunto mandarín.

—Lo recuerdo, en efecto, he respondido, y no había comprendido la razón de la pregunta de usted. En fin, lo cierto es que he nos aquí ahora con un tesoro á remolque.

—Y añada usted, dijo el Mayor, que el Gobierno chino ha obrado prudentemente dándole una escolta de veinte hombres bien armados. Desde Khotan hasta Lan-Tcheou, el tren tiene que franquear dos mil kilómetros por el desierto, y la seguridad de los trenes deja mucho que desear al través del Gobi.

—Además, Mayor, que después de lo que me ha dicho usted, de que el terrible Ki-Tsang ha sido visto en las provincias septentrionales del Celeste Imperio...

—En efecto, señor Bombarnac, y un golpe de quince millones es un buen golpe para un capitán de bandidos.

—Pero ¿cómo pudiera ese capitán estar informado del envío del tesoro imperial?

—Esa gente sabe siempre lo que le interesa saber.

Sí, pensé yo: ¡aunque no lean *El Siglo XXI*!

Y yo me sentía enrojecer, pensando en mi equivocación, que me valdrá ciertamente las maldiciones de Chincholle.

Entretanto, en las plataformas se tra-

taba de los sucesos nuevos, haciendo cada uno sus reflexiones. El uno prefería viajar con unos millones mejor que con un cadáver, así fuera éste el del mandarín de más importancia. El otro encontraba que el transporte de tal tesoro no dejaba de tener algún peligro para la seguridad de los viajeros. Esta era la opinión del barón Weisschnitzerdörfer, manifestada en el curso de una furibunda arremetida contra Popof.

—Es preciso prevenirse, señor, es preciso prevenirse, repite: se sabe que el tren lleva esos millones y esto puede despertar la idea de un ataque. Y admitiendo que se le pueda rechazar, este ataque significaría retardos... retardos que yo no puedo admitir... No, señor, no puedo.

—Nadie nos atacará, señor barón, responde Popof. Nadie piensa en ello.

—¿Y usted qué sabe, caballero, usted qué sabe?

—Un poco de calma...; se lo ruego á usted.

—No... No me calmaré: ¡y si la circulación se estorba, yo haré responsable á la Compañía!

Sí... Comprendido. ¡Cien mil florines de indemnización al señor barón de la vuelta al mundo!

Pasemos á los otros viajeros. Como se comprende, Fulk Ephrinnell no puede considerar este incidente más que desde un punto de vista muy práctico.

—Ciertamente, dice, nuestros riesgos aumentan por la unión de ese tesoro, y en caso de accidente ocasionado por ella, la *Life Travellers Society*, en la cual estoy asegurado, no querrá pagar el seguro, exigiendo á la Compañía toda la responsabilidad.

—En efecto, responde miss Horacia; y la situación de la Compañía frente al Celeste Imperio, hubiera sido grave, de no encontrar los vagones desenganchados. ¿Verdad, Fulk?

—Es claro, Horacia.

¡Horacia y Fulk! ¡Así, en confianza!...

La pareja angloamericana tiene razón. Aquella pérdida enorme hubiese sido de cuenta del Gran Transasiático, porque la Compañía no podía ignorar que se trataba del envío de oro y piedras preciosas, y no de los despojos del man-

darán Yen-Lou, lo que comprometía su responsabilidad personal.

En cuanto al matrimonio Caterna, no parece muy conmovido por los millones que lleva el tren en su cola. Esto no inspira al cómico más que la siguiente reflexión:

—Carolina... ¡qué hermoso teatro se podría edificar con ese dinero!

Pero la palabra de la situación ha sido dicha por el *clergyman* que subió en Kachgar, el reverendo Nathaniel Morse:

—Siempre es inquietante llevar tras sí un polvorín.

Nada más cierto, en verdad: este vagón, con su tesoro imperial, es un polvorín que puede hacer saltar el tren.

El primer camino de hierro establecido en China hacia 1877, ha reunido Sanghai á Fou-Tcheou. En cuanto al Gran Transasiático, sigue poco más ó menos el trazado que se determinó en 1874 por Tachkend, Kouldja, Kami, Lan-Tcheou, Singan y Sanghai. Este ferrocarril no penetra hasta las populosas provincias del centro, que se pueden comparar á vastas y zumbantes colmenas de abejas, extraordinariamente prolíficas. En tanto que es posible, forma casi una línea recta entre Lan-Tcheou y Son-Tcheou (1), en cuyo punto toma un poco de línea curva. A las grandes ciudades sólo llegan ramales de dicha vía hacia el S. y el S. E. Uno de estos ramales, el de Tai Youan á Nanking, debe unir estas dos villas de las provincias de Chan-si y de Chen-Toong: pero en esta época la construcción, no terminada, de un importante viaducto, retarda aún la explotación.

Lo que está enteramente terminado; lo que asegura una comunicación directa al través del Asia Central, es la línea principal del Gran Transasiático. Han luchado los ingenieros en la construcción de esta línea con las mismas dificultades que el general Annenkov para el Transcaspiano. Los desiertos del Kara-Koum y del Gobi se parecen tanto en lo horizontal del terreno como en la ausencia de accidentes, lo que facilita, como en aquél, la colocación de traviesas y rails. Si hubiese habido necesidad de atrave-

sar la enorme cordillera de los montes Kuen-Lun, Nan-Chan, Amie, Gangar-Oola, que se dibuja en la frontera del Tibet, los obstáculos hubiesen sido tales, que no hubiera bastado un siglo para franquearlos; mientras que, por el contrario, por un terreno fácil y arenoso el ferrocarril ha podido avanzar rápidamente hasta Lan-Tcheou, como un largo Decauville de tres mil kilómetros.

Solamente al llegar á las cercanías de esta ciudad ha sido cuando los ingenieros han tenido que empeñar una lucha enérgica con la naturaleza. Allí es donde la obra ha sido costosísima y penosa por las provincias de Kan-Sou, Chan-si y Petchili.

Mientras andamos iré indicando algunas estaciones donde el tren ha de hacer alto para la provisión de agua y combustible. Hacia la derecha, la mirada se distrae por un horizonte lejano de montañas, pintoresco encadenamiento que encuadra al Norte la meseta tibetana; á la izquierda la mirada se perderá por las interminables estepas del Gobi. El conjunto de estos territorios es lo que realmente constituye el Imperio Chino, la verdadera China, y el ferrocarril no nos la revelará hasta las cercanías de Lan-Tcheou.

Así, pues, todo se conjura para que esta segunda parte del viaje sea muy poco interesante, á menos que el Dios de los cronistas quiera proporcionarnos los incidentes que la naturaleza nos rehusa. Me parece que pocos son los elementos de los que, combinados con algún arte, podré sacar partido.

A las once sale el tren de la estación de Kothan, y son cerca de las dos de la tarde cuando llega á Keria. Atrás han quedado las estaciones de Urang, Langar, Pola y Tschiria.

En 1889 á 1890 este trazado fué recorrido por Pevtsoff desde Kothan hasta Lob-Nor, como nosotros íbamos á hacerlo tan fácilmente al pie del Kuen-Lun, que separa el Turkestán chino del Tibet. Dicho viajero ruso pasó con su caravana por Keria, Nia, Tchertchen, venciendo peligros y dificultades, lo que no le impidió recorrer diez mil kilómetros, sin contar los trabajos científicos que realizó en diversos puntos, tomando altu-

(1) La terminación *fou* indica las capitales de provincia ó ciudades de primer orden, y la *tcheou* indica las de segundo orden



La enorme cadena del Himalaya...

ras y longitudes. Es un honor para el Gobierno moscovita haber continuado esta suerte la obra de Prjevalsky.

De la estación de Keria se ve aún hacia el S. O. las alturas del Kara-Koum y la punta del Dapsang, al que diferentes cartógrafos atribuyen una elevación superior á ocho mil metros. A sus pies se extiende la provincia de Kachmir. Allí el Indo comienza á aparecer en modestos manantiales que alimentan uno de los mayores ríos de la Península; allí se destaca, de la meseta del Pamir, la enorme cadena del Himalaya, donde existen las más altas cimas del globo.

Désde Kothan hemos franqueado ciento cincuenta kilómetros en cuatro horas; andar muy moderado, pero ya en aquella parte del Transasiático no se encuentra la gran velocidad del Transcaspiano. O bien las locomotoras chinas son menos rápidas, ó, merced á su indolencia natural, los maquinistas se imaginan que el máximum de velocidad que puede obtenerse en los ferrocarriles del Celeste Imperio es el de treinta á cuarenta kilómetros por hora.

A las cinco de la tarde otra estación, Nia, donde el general Pevtzoff estableció un observatorio astronómico. Aquí

la parada no es más que de veinte minutos. Tengo tiempo para hacer algunas provisiones en la cantina de la estación. Se comprende para quién son destinadas.

Los viajeros que tomamos en el camino son gente de origen chino, hombres ó mujeres. Es raro que ocupen los vagones de primera, y si lo hacen es por cortos trayectos.

No hace un cuarto de hora que hemos partido, cuando Fulk Ephrinell, con la gravedad de un negociante que va á tratar un negocio, viene á reunirse conmigo á la plataforma del vagón, y me dice:

—Sr. Bombarnac, tengo que pedir á usted un favor.

Vamos, cuando me necesita, ya sabe buscarme este yankee.

—Sr. Ephrinell, mucho me alegraría de poderle á usted servir en algo. ¿De qué se trata?

—Vengo á rogarle á usted que me sirva de testigo.

—¿Una cuestión de honor? ¿Y con quién?

—Con miss Horacia Bluett.

—¿Se bate usted con miss Horacia? respondí riéndome.

—No, por ahora... Sólo me caso con ella.

—¿Se casa usted?

—¡Sí! ¡Vale mucho esa mujer! Es muy inteligente en los asuntos de comercio, y tenedora de libros muy distinguida.

—Enhorabuena, Sr. Ephrinell. Puede usted contar conmigo.

—¿Y sin duda con el Sr. Caterna?

—No desearía otra cosa; y si hay comida de boda, cantará á los postres.

—¡Cuanto quiera! responde el americano. Pasemos ahora á los testigos de miss Horacia.

—Justamente.

—¿Cree usted que el Mayor Noltitz aceptará?

—Un ruso es demasiado galante para rehusar... Yo mismo le haré la proposición, si usted quiere.

—Gracias anticipadas. Respecto al segundo testigo, estoy algo perplejo... Ese inglés, sir Francis Trevellyan...

—Le dirá á usted que no con la cabeza. Es todo lo que obtendrá usted de él.

—¿Y el barón Weisschnitzerdörfer?

—¡Hombre! ¡Pedir eso á un hombre

que da la vuelta al mundo con su apellido!... No acabaría de firmar.

—Entonces no veo otro que el joven Pan-Chao, ó, en su defecto, nuestro conductor Popof.

—Sin duda tendrían un gran placer; pero ¿por qué apresurarse, Sr. Ephrinell? Una vez en Pekín, no será difícil encontrar el cuarto testigo.

—¿Cómo! ¿En Pekín? ¡Si yo no pienso casarme allí con miss Horacia Bluett!

—¿Entonces es en Sou-Tcheou ó en Lan-Tcheou, en una parada de horas?

—*Wait a bit*, Sr. Bombarnac! ¿Es que un yankee tiene tiempo de esperar?

—Y entonces ¿dónde?

—Aquí mismo.

—¿En el tren?

—En el tren.

—Vaya, pues yo soy el que le digo á usted *wait a bit!*

—Pero no veinticuatro horas.

—Vamos á ver; para celebrar el matrimonio es preciso...

—Es preciso un sacerdote americano, y tenemos al reverendo Nathaniel Morse.

—¿Y consentirá?

—¿Si consentirá?... ¡Casaría á todo el tren, si lo pidiesen!

—¡Bravo, Sr. Ephrinell! ¡Un matrimonio en ferrocarril! He aquí una cosa que ha de interesarnos.

—Sr. Bombarnac, nunca se deje para mañana lo que se pueda hacer hoy...

—Sí... ya sé... *Time is money*...

—No. *Time is time*. No perdamos jamás nada; ni un minuto.

Fulk Ephrinell me oprime la mano, y como le he prometido, voy á hacer mis pesquisas cerca de los testigos necesarios para la ceremonia nupcial.

Claro que el corredor y la corredora son libres y pueden disponer de sus personas, y contraer matrimonio como se hace en América, ante un *clergyman*, sin esos fastidiosas preliminares exigidos en Francia y demás países, esclavos de las formas. ¿Es un bien ó un mal? Los americanos piensan lo primero, y que, como ha dicho Cooper, «lo mejor de ellos es lo mejor del mundo». Me dirijo desde luego al Mayor Noltitz, que acepta con mucho gusto el cargo de testigo de miss Horacia Bluett.

—¡Esos yankees son asombrosos! me dice.

—Precisamente porque de nada se asombran, Sr. Mayor.

Hago igual proposición al joven Pan-Chao.

—¡Encantado, Sr. Bombarnac! me responde. Seré testigo de la adorada y adorable miss Horacia Bluett. Si un matrimonio entre inglesa y americano con dos testigos franceses, uno ruso y otro chino, no ofrece garantías de felicidad... ¿cuál las puede ofrecer?

Ahora al Sr. Caterna. Que acepta, no hay que decirlo. Mejor dos veces que una.

—¡Ah! ¡Vaya un asunto para un vaudeville ó una opereta! exclama. Tenemos ya *Le mariage au tambour*, *Le mariage aux olives*, *Le mariage aux lanternes*, y ahora tendremos *El matrimonio en ferrocarril* ó *El matrimonio al vapor*. Buenos títulos, eh, ¿don Claudio? El buen yankee puede contar conmigo. Testigo viejo ó joven, padre noble, ó primer galán, marqués ó aldeano... Yo me haré la cabeza que quiera.

—No necesita usted hacerse ninguna cabeza, Sr. Caterna: la de usted no descompondrá el cuadro.

—¿Y la señora Caterna irá á la boda?

—¿Cómo no? La dama de honor.

En lo que concierne á estas ceremonias tradicionales, no hay que exigir mucho en el camino del Gran Transasiático. Ya es muy tarde para que hoy pueda celebrarse. Además que Fulk Ephrinell quiere que las cosas se hagan con la preparación debida, y tiene que tomar algunas disposiciones. Así, pues, hasta mañana por la mañana no se celebrará el matrimonio. Rogaré la asistencia á los demás viajeros. El señor Faruskiar ha tenido á bien prometer honrar el acto con su presencia.

Durante la comida no se habló de otra cosa. Después de haber cumplimentado á los futuros esposos, que respondieron con una amabilidad muy anglosajona, cada uno prometió firmar el contrato.

—Y nosotros haremos honor á vuestas firmas, añadió Fulk Ephrinell con el tono de un comerciante que cierra un trato.

Llegada la noche, cada cual se ha ido

á dormir, soñando con las fiestas del día siguiente. Doy mi habitual paseo hasta el vagón ocupado por los gendarmes chinos, y observo que el tesoro del Hijo del Cielo está fielmente guardado. La mitad de la escuadra vela, mientras duerme la otra mitad.

Hacia la una de la madrugada he podido visitar á Kinko y entregarle las provisiones compradas en la estación de Nia. El joven rumano está tranquilo; ya no ve más obstáculos, llegará á buen puerto.

—Me voy poniendo gordo en el fondo de esta caja, me dice.

—Pues mucho cuidado, no sea que no pueda usted salir, dije yo riendo.

Después le cuento el incidente del matrimonio de Ephrinell y Bluett, y que se celebrará al día siguiente con gran pompa.

—¡Ah! me dijo lanzando un suspiro; ellos no tienen que esperar la llegada á Pekín.

—Sin duda; pero me parece que un matrimonio contraído en tales condiciones, no debe ser muy sólido. Pero, en fin, esto es cuenta suya.

A las tres de la mañana hubo una parada de cuarenta minutos en la estación de Tchertchen, casi al pie de las ramificaciones del Kouen-Lun. De tan triste país desprovisto de árboles y verdura, nadie ha podido ver nada. El ferrocarril sigue hacia el N. E.

Al amanecer nuestro tren corre sobre esta vía férrea de 400 kilómetros que separa á Tchertchen de Tcharkalyk, en tanto que el sol acaricia con sus rayos la inmensa planicie, deslumbradora de eflorescencias salinas.

VI

Al despertar me parece que salgo de una pesadilla; mas no se trata de esos sueños que piden ser interpretados según los principios de la *Llave de oro*. No, nada más sencillo. El capitán de ladrones Ki-Tsang, que ha preparado un golpe de mano para apoderarse del tesoro chino ataca el tren en las llanuras del Gobi meridional. Forzado el vagón... robado... desvalijado... El oro y las piedras preciosas, por valor de quince mi-



Parecen entregados á una conversación muy animada...

lones, son arrancados á los guardias celestes, que sucumben después de valerosa defensa... Y los viajeros... ¡Ah!... ¡Los viajeros!... Dos minutos más de sueño, y hubiera sabido lo que les pasaba, y lo que me pasaba, por tanto.. Mas todo aquello se disipa con las brumas de la noche: que los sueños no son fotografías inalterables y se borran al sol.

Dando mi paseo desde la cola á la cabeza del tren, como un burgués pasea por las calles de la población, me he encontrado al Mayor Noltitz. Después de apretarme la mano, me indica á un mo-

gol que se ha instalado en un vagón de segunda, y me dice:

—Ese no es de los que subieron en Douchak al mismo tiempo que el administrador Faruskiar y Ghangir...

—En efecto; hasta ahora no había yo visto esa cara en el tren.

Popof me dice que ese mogol ha subido en la estación de Tchertchen, y añade que, en cuanto llegó, tuvo una breve entrevista con el administrador; de donde yo deduzco que el nuevo viajero debe también ser uno de los empleados de la Compañía.

Por lo demás, durante mi paseo no he



Su mujer no está menos endomingada.

visto al Sr. Faruskiar: ¿acaso habrá bajado en alguna de las estaciones intermedias entre Tchertchen y Tchar-kalyk, adonde llegaremos hacia la una de la tarde?

No; que está con Ghangir en este momento en la plataforma anterior á nuestro vagón. Parecen entregados á una conversación muy animada, que no interrumpen más que para mirar con visible impaciencia la vasta llanura que se pierde al N. E. ¿Acaso alguna noticia llevada por el mogol les hace salir así de sus costumbres de reserva y gravedad? Heme otra vez abandonado á mi fantasía,

vislumbrando aventuras, ataques de ladrones, como en mi sueño. Me trae á la realidad el reverendo Nathaniel Morse, que viene á decirme:

—No olvide usted, caballero, que hoy á las nueve...

—¡Ah, sí! El matrimonio de Fulk y Horacia... A fe mía que no me acordaba... Ya es tiempo de que me vaya al tocador de nuestro vagón... Ya que no pueda vestirme de etiqueta, al menos me mudaré de camisa... Conviene que yo, uno de los testigos del marido, esté presentable, puesto que el otro, el señor Caterna, va á estar magnífico... En efecto: el cómico

se ha introducido en el furgón de equipajes... ¡tiemblo por el pobre Kinko! y ayudado por Popof, ha sacado de una de sus maletas una ropa algún tanto ajada, pero de gran efecto para una ceremonia nupcial: frac crema con botón dorado y su ramito en el ojal; corbata con diamante inverosímil; calzón amapola con hebillas doradas, chaleco sembrado de florecillas, medias adamascadas, guantes de seda, escarpines negros, y sombrero gris de pelo largo. Con este traje, ¡cuántos papeles, ya de novio, ya de padrino en boda de pueblo, no habrá representado! Por lo demás, está soberbio, la cara resplandeciente, la barba bien afeitada, las mejillas azuladas, los ojos y los labios pintados.

Su mujer no está menos endomingada. Facilmente ha encontrado en su guardarropa su traje de dama de honor. El corpiño es de vistosas rayas entrecruzadas, la falda corta de lana verde; medias malva bien ajustadas; sombrero de paja adornado de flores tan bien hechas, que no les falta más que el aroma; un ligero tinte negro en las cejas, y rojo en los pómulos... Es la actriz de provincia, y si su marido y ella quieren ejecutar alguna comedia después de la boda, yo les prometo muchos aplausos.

A las nueve debe celebrarse el matrimonio, anunciado por la campana del ténder, lanzada á todo vuelo como la de una capilla. Con un poco de imaginación, podrá uno creer que está en la ciudad. Pero ¿adónde llamará esta campana á los testigos é invitados? Al vagón restaurant, que ha sido convenientemente dispuesto para la ceremonia. No es ya un *dining-car*; es un *hall-car*, si se quiere admitir esta expresión. La mesa redonda ha sido sustituida por otra que servirá de escritorio. Algunas flores compradas en la estación de Tchertchen, están colocadas en los ángulos del vagón, que tiene suficiente capacidad para contener á la mayor parte de los invitados; los que no quepan dentro, permanecerán en las plataformas.

El personal de viajeros ha sido prevenido por un cartel colocado en las puertas de los vagones de primera y segunda y concebido en los siguientes términos:

«Mr. Fulk Ephrinell, de la casa Strong-

Bulbul and C.^o de New-York, tiene el honor de invitar á ustedes á su matrimonio con miss Horacia Bluett, de la casa Holmes-Holme de Londres, cuyo acto se celebrará en el *dining-car* del Gran-Transasiático el día 22 de Mayo, á las nueve en punto de la mañana, oficiando el reverendo Nathaniel Morse, de Boston.»

«Miss Horacia Bluett, de la casa Holmes-Holme de Londres, tiene el honor de invitar á ustedes á su matrimonio con Mr. Fulk Ephrinell, de la casa Strong-Bulbul and C.^o de New-York, cuyo acto, etcétera.»

En verdad, si yo no saco cien líneas de este incidente, declaro que no entiendo nada de mi oficio.

Me informo por Popof del punto exacto en el que el tren se encontrará en el momento de la ceremonia, lo que aquél me indica con el horario á la vista. Dicho punto está situado á ciento cincuenta kilómetros de la estación de Tcharkalyk, en pleno desierto, en medio de las llanuras que atraviesa un riachuelo tributario del Lob-Nor. Durante unas veinte leguas nose encuentra ninguna estación, y la ceremonia no se interrumpirá por una parada cualquiera.

No hay que decir que desde las ocho y media el señor Caterna y yo estamos dispuestos para cumplir nuestro mandato.

El Mayor Noltitz y Pan-Chao se han hecho el tocado que la solemnidad requiere. El Mayor, grave como un cirujano que va á cortar una pierna; el chino con ese aire ligeramente burlón del parisien en una boda de provincia.

En cuanto al doctor Tio-King, con su inseparable Cornaro asistirá á la fiesta. Si no me engaño, el noble veneciano era célibe; pero no creo que haya dado su opinión respecto al matrimonio, estudiado bajo el punto de vista de la consunción del húmedo radical, á menos que se ocupe de ello en el capítulo que titula: «Medios seguros y fáciles de remediar los diversos accidentes que amenazan la vida».

—Y, añade Pan-Chao que acaba de citarme esta frase cornariana, pienso que el matrimonio puede ser colocado entre uno de esos accidentes.

Las nueve menos cuarto... Nadie ha visto aún á los futuros conyuges. La novia está encerrada en uno de los tocadores del primer vagón, donde sin duda se ocupa de sus galas nupciales. Es probable que Fulk Ephrinell esté dando la última mano al lazo de su corbata, y el último frote á sus sortijas y dijes. No estoy inquieto, porque le veremos aparecer al primer toque de la campana.

Solo tengo el pesar de que el señor Faruskiar y Ghangir estén demasiado ocupados para poder participar de la alegría de la fiesta. ¿Por qué continúan interrogando con la mirada al inmenso desierto? Ante sus ojos se extiende, no la cultivada estepa de la región del Lob-Nor, sino el Gobi, árido, triste y desnudo, como le describen Grjimaño, Blanc y Martin. Hay motivo para preguntar por qué ambos le observan con tal obstinación.

—O mucho me engaño, ó aquí hay algo, dice el Mayor.

¿Qué significarán estas palabras?... Ya la campana del tónder, echada al vuelo; lanza sus agudas notas... Las nueve... No hay tiempo que perder... ¡Al *dining-car*!

Oigo á Caterna, que se ha colocado junto á mí, canturrear:

«C'est la cloche de la tourelle,
Qui tout à cou... pa retenti...» (1)

En tanto que su mujer contesta al trío de la *Dama Blanca*, con el estribillo de los *Dragons de Villars*:

«Et sonne, sonne, sonne,
Et sonne, et carillonne...» (2)

Los viajeros pónense en marcha procesionalmente; primero los cuatro testigos, después los invitados, que llegan de los dos extremos de la aldea, quiero decir, del tren; algunos turcomanos, algunos tártaros, hombres y mujeres, llenos de curiosidad por la ceremonia. Los cuatro mogoles han quedado en la última plataforma, junto al vagón del tesoro, cuya guarda no deben abandonar un instante los soldados chinos.

Llegamos al *dining car*. El *clergyman* está sentado ante la mesita, sobre la que se halla extendida el acta de matrimonio

que ha preparado, con las fórmulas acostumbradas. Indudablemente está habituado á esta clase de solemnidades, que son tan comerciales como matrimoniales. Los novios no han llegado todavía.

—¡Pues qué! dije yo á Caterna: ¿se habrán vuelto atrás?

—Si han renunciado, responde riendo, el reverendo nos volverá á casar á mi mujer y á mí; estamos en traje de novios... y no es cosa de que se pierda este aparato, ¿no es verdad, Carolina?

—Sí, Adolfo, responde ésta.

Mas no había necesidad de esto. He aquí que el señor Fulk Ephrinell aparece vestido exactamente como de costumbre. Un detalle: tras la oreja izquierda lleva un lápiz, porque el honrado corredor acaba de terminar una cuenta de la casa de Nueva York. Aquí está miss Horacia Bluett, tan delgada, seca y fea como puede serlo una corredora británica. Cubre su vestido de viaje con su guardapolvo, y, á guisa de joyas, un manojo de llaves pendiente de su cintura.

Al entrar los novios, los asistentes se levantan políticamente. Después de haber saludado á derecha é izquierda, toman el mismo paso y se adelantan hacia el *clergyman*, que está en pie, con la mano puesta sobre una Biblia abierta, sin duda en la página en que Isaac, hijo de Abraham y de Sara, se casa con Rebecca, hija de Raquel.

Si un armonium dejase oír la música propia del caso, creeríase uno en una capilla. Pero si hay música; si no es un armonium, es algo parecido: un acordeón se infla entre las manos del señor Caterina. En su calidad de antiguo marino, sabe manejar este instrumento de *supplicio*; y he aquí que toca el desabrido andante de *Norma* con aquella destemplada música.

A la gente asiática parece causarle aquello un vivo placer. Jamás han oído aquélla, para ellos tan armoniosa melodía, del neumático aparato.

Todo tiene fin en este mundo, hasta el andante de *Norma*; y el reverendo Nathaniel Morse comienza el *speech* propio de las circunstancias: «Las almas que se fusionan;» «la carne de la carne;» «creced y multiplicáos.»

(1) Es la campana de la torreclilla, que ha sonado de repente.

(2) Y suena, suena, suena y repica.

En mi opinión hubiese sido mejor que dijese con la voz nasal de un simple notario: «Ante nós el Notario *clergyman* se ha extendido un acta bajo la razón social Ephrinell Bluett and C.^o...»

No acabo mi pensamiento, cuando se oyen algunos gritos á la cabeza del tren. Los frenos, bruscamente oprimidos, dejan oír su estridente chirrido. Algunas sacudidas sucesivas acompañan la disminución de la marcha del tren. Después, un violento choque detiene los vagones en medio de una nube de arena.

¡Qué diversión para la ceremonia nupcial! «Se nos ha interrumpido la comunicación,» como dicen los telegrafistas. En el *dining-car* todo ha caído en confuso montón: personas y muebles, novios y testigos. Nadie ha podido guardar el equilibrio. Se produce indescriptible confusión, mezclada con gritos de terror y prolongados gemidos. Pero no ha ocurrido nada grave: la parada no ha sido brusca.

—¡Vivo, vivo! ¡Fuera del tren! me grita el Mayor.

VII

Instantáneamente los viajeros más ó menos contusos y alocados se lanzan á la vía. En medio de una confusión general, no se oyen más que quejas y preguntas, hechas en tres ó cuatro lenguas diferentes.

El Sr. Faruskiar, Ghangir y los cuatro mogoles han sido de los primeros en echar pie á tierra. Todos se han apostado en la vía, con el kandjiar en una mano y el revólver en la otra. No hay duda: esto es un golpe de mano preparado para robar el tren.

En efecto: faltan los rails en una extensión de cien metros próximamente, y la locomotora, después de haber ido chocando en las traviesas, se ha detenido ante un montículo de arena.

—¡Cómo! ¿No está aún acabado el camino de hierro?... ¡Y á mí se me ha dado un billete de Tiflis á Pekín!... ¡Y yo que he tomado este tren para ganar nueve días en mi vuelta al mundo!

He reconocido en estas frases, arrojadas en alemán y dirigidas á Popof, la voz del irascible barón; pero por esta vez

á otros debe dirigir sus quejas, y no á los ingenieros de la Compañía. Mientras el mayor Noltitz no cesa de observar al Sr. Faruskiar y á los mogoles, nosotros interrogamos á Popof.

—El barón se equivoca, respondió éste. El ferrocarril está completamente terminado; lo que hay es que una mano criminal ha levantado esos cien metros de rails.

—¡Para detener el tren y para...! exclamo yo.

—Y para robar el tesoro que se lleva á Pekín, añade el Sr. Caterna.

—Es indudable, dice Popof: hay que apercibirse á la defensa.

A lo que dije yo:

—¿Acaso nos las tendremos que ver con Ki-Tsang y su gente?

Y este nombre corre entre los viajeros, sembrando un espanto indescriptible.

En este momento el Mayor me dice en voz baja:

—¿Por qué Ki-Tsang y no el Sr. Faruskiar?

—¡Él!... Un administrador del Transasiático!...

—Es verdad; pero ya sabemos que la Compañía ha dado entrada en el Consejo á algunos antiguos capitanes de ladrones con objeto de garantizar la circulación de los trenes.

—Yo no puedo creer eso, Mayor.

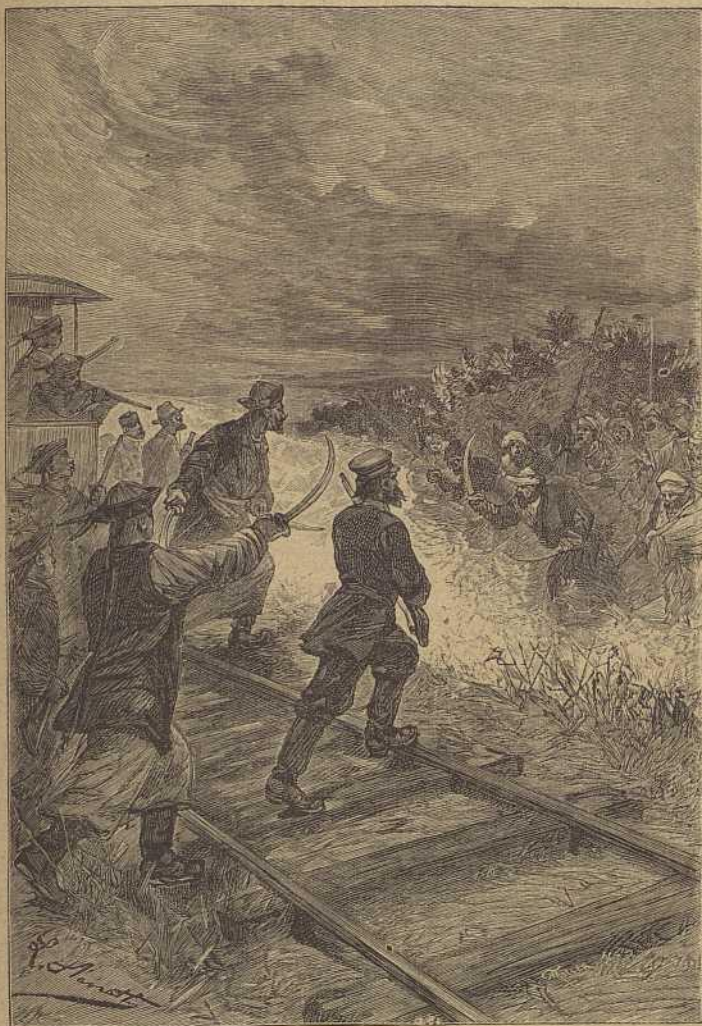
—Como usted quiera, amigo Bombarnac; pero lo cierto es que ese Faruskiar sabía que el supuesto furgón funerario contiene millones.

—Vamos, vamos; no es tiempo de bromas.

—¡No! Es hora de defenderse, y lo haremos valerosamente.

El oficial chino ha dispuesto sus hombres en torno al vagón del tesoro. Son veinte, y nosotros, sin contar las mujeres, unos treinta. Popof distribuye las armas que llevaba á prevención. El mayor Noltitz, Caterna, Pan-Chao, Fulk Ephrinell, maquinista y fogonero, viajeros asiáticos y europeos, todos, sin excepción, estamos dispuestos á combatir por la salvación común.

A la derecha de la vía, y á unos cien pasos, extiéndense profundos y espesos matorrales, variedad de juncos sospechosos, donde sin duda están ocultos los



Aquellos matorrales han dado paso á una tropa emboscada allí...

bandidos, esperando el momento de precipitarse sobre el tren.

De repente estallan gritos. Aquellos matorrales han dado paso á una tropa emboscada allí: unos sesenta mogoles, nómadas del Gobi. Si estos mogoles ven, el tren será saqueado, robado el tesoro del Hijo del Cielo, y, á no dudarlo, los viajeros sacrificados sin piedad.

¿Y el Sr. Faruskiar, de quien tanto sospecha el Mayor Noltitz? Le miro. Su fisonomía no es la misma; su hermosa cara se ha tornado pálida; su cuerpo está erguido, y entre sus párpados inmóviles brillan chispas...

Vamos... Si yo me he engañado en lo que concierne al mandarín Yen-Lou, no creo haberlo hecho en lo que respecta á tomar á un administrador de la Compañía del Gran Transasiático por el bandido del Yunnan. En cuanto aparecieron los mogoles, Popof ha hecho que se retiraran al interior de los vagones á la señora Caterna, á miss Horacia y á las demás mujeres. Hemos tomado toda clase de precauciones para que estuviesen en seguridad.

Yo tengo, por toda arma, un revólver de seis tiros, del que sabré servirme.

¡Ah!... ¿No quería yo incidentes, im-

presiones y contingencias de viaje?... Pues ya las tengo. No faltará materia al cronista, siempre que éste quede á salvo de este peligro, para honor del reportismo y gloria de *El Siglo XX*.

¿No sería conveniente empezar por saltar la tapa de los sesos á Ki-Tsang (si es éste el autor de este golpe de mano) para amedrentar á su gente? Indudablemente.

Los bandidos, después de haber hecho una descarga, blanden sus armas, lanzando gritos feroces. El Sr. Faruskiar, con el revólver en una mano y el kandjiar en la otra, se precipita sobre ellos, con los ojos chispeantes y los labios cubiertos de ligera espuma. Ghangir está á su lado, seguido de los cuatro mogoles, á quienes excita con la voz y el ademán.

El Mayor Noltitz y yo nos hemos arrojado por entre los bandidos... Caterna va delante, con la boca abierta, enseñando sus blancos dientes, dispuestos á morder, y manejando el revólver. Desaparece allí el actor cómico para dejar paso al antiguo marino.

—¡Canallas! grita. ¡Quieren entrar al abordaje! ¡Ese pirata quiere echarnos á pique! ¡Avante! ¡avante todos! ¡Por el honor del pabellón! ¡Fuego á estribor! ¡Fuego á babor! ¡Fuego en ellos!

Y no está armado de un puñal de guardarropiá, ni de pistolas cargadas con pólvora mortecina de Eduardo Philippe... No... En cada mano lleva un revólver; va saltando como un gaviero de mesana; tira á derecha, á izquierda, y, como dice, ¡á estribor! ¡á babor! ¡fuego en ellos!

El joven Pan-Chao se muestra valeroso, con la sonrisa en los labios, capitaneando á los chinos. Popof y los empleados del tren cumplen bravamente su deber, y hasta sir Francis Trevellyan de Trevellyan-Hall, se bate con una metódica sangre fría. Fulk Ephrinell se abandona á una furia yankee, irritado, no sólo por su matrimonio interrumpido, sino también por el peligro que corren sus cuarenta y dos cajas de dientes. Y no puedo afirmar cuál de estos sentimientos prevalece en su espíritu.

De todo esto resulta que la tropa de malhechores se encuentra con una resistencia más seria de la que esperaba.

¿Y el barón Wessschnitzerdörfer? Es uno de los más encarnizados; suda sangre y agua; su furor le arrastra, á riesgo de perecer. Muchas veces ha sido preciso sacarle... Los rails levantados; el tren detenido; aquel ataque en pleno desierto de Gobi; el retraso consiguiente: el no poder llegar á tiempo al paquebot de Tien-Tsin. Esto significa el viaje alrededor del mundo comprometido; el itinerario roto en el primer cuarto del recorrido... ¡qué golpe para el amor propio germánico!

El señor Faruskiar, mi protagonista (no puedo llamarle de otro modo) despliega una extraordinaria intrepidez, estando en el lugar de más peligro; y cuando ya ha descargado su revólver, manejando el kandjiar, como hombre que ha visto muchas veces de cerca la muerte y nunca ha temido desafiarla.

Ya hay algunos heridos de una y otra parte, y quién sabe si muertos, entre los viajeros que están extendidos sobre la vía. Una bala me ha rozado un hombro; pero es tan poca cosa, que apenas me he dado cuenta de ello. El reverendo Nathaniel Morse no ha creído que su carácter sagrado exigía de él que estuviese con los brazos cruzados, y por la manera como se sirve de ellos, no parece que maneja por primera vez las armas de fuego. A Caterna le han atravesado el sombrero, y no hay que olvidarse de que se trata de su sombrero de novio de pueblo, su sombrero gris de pelo largo; lanza un juramento archimarino, donde se juntan rayos y bombas, y de un certero golpe deja muerto al que le ha agujereado el sombrero.

La lucha dura unos diez minutos, con alternativas muy alarmantes; aumenta el número de los que quedan fuera de combate por ambas partes, y el éxito es muy dudoso. El señor Faruskiar, Ghangir y los mogoles se han replegado hacia el precioso vagón; los chinos no han abandonado su guarda un instante; pero dos ó tres de ellos han sido mal heridos, y su oficial acaba de ser muerto de un balazo en la cabeza. Mi héroe hace todo lo que puede hacer el más ardiente valor para defender el tesoro del Hijo del Cielo. La prolongación del combate me inquieta; continuará sin duda hasta que el capitán de la banda, un hombre alto, de

barba negra, lance sus gentes al asalto. Hasta ahora ha salido ileso; y á pesar de todos nuestros esfuerzos, es evidente que gana terreno. ¿Nos veremos obligados á refugiarnos en los coches como tras los muros de una fortaleza, y combatir defendiéndonos hasta que sucumba el último de nosotros? Esto no puede tardar, si no conseguimos contener el movimiento de retirada que empieza á iniciarse por nuestra parte.

Al ruido de los disparos únense los gritos de las mujeres; algunas, desoladas, salen á las plataformas, y miss Horacia Bluett y la señora Caterna tratan de contenerlas en el interior de los coches. Las planchas de éstos han sido atravesadas por las balas, y me pregunto si habrá alcanzado alguna á Kinko.

El Mayor Noltitz, que está á mi lado, me dice:

—Esto va mal.

—Si, va mal, he respondido. Temo que se acaben las municiones. Habría que poner fuera de combate al jefe de los malhechores... Venga usted, Mayor.

Mas lo que intentamos lo hace otro en este momento, y este otro es el Sr. Faruskiar, que, después de haber roto las filas de los asaltantes, les ha rechazado, á pesar de los muchos golpes dirigidos contra él... Héle ya delante del jefe de los ladrones... Levanta el brazo, y con su kandjiar le hiere en mitad del pecho... Los ladrones empiezan á batirse en retirada, sin tomarse el trabajo de recoger sus muertos y heridos. Los unos huyen por la llanura, los otros desaparecen tras los matorrales. ¿Perseguirlos? ¿Para qué? La victoria es nuestra, y me atrevo á decir que sin el admirable valor del Sr. Faruskiar, no hubiese quedado uno de nosotros para contar este episodio.

Sin embargo, aunque bañado en sangre, que en abundancia le corre por el pecho, el jefe de los ladrones no está muerto.

Y entonces somos testigos de un cuadro que no olvidaré jamás, y cuya nota más característica está en la actitud de los personajes. El bandido está caído, una rodilla en tierra, un brazo levantado, y el otro apoyado en el suelo.

El Sr. Faruskiar está en pie junto á él, dominándole con su alta estatura. De

repente, y por un último esfuerzo, aquel hombre se levanta; con el brazo amenaza á su adversario, le mira... Faruskiar le atraviesa el corazón con su kandjiar. Vuélvese luego hacia nosotros, y en lengua rusa, con voz tranquila, dice:

—¡Ki-Tsang ha muerto! ¡Como él perecerán todos los que se armen contra el Hijo del Cielo!

VIII

¡De manera que era Ki-Tsang el que acababa de atacar el tren en las llanuras del Gobi! El pirata del Yunnan había sabido que un vagón que contenía oro y piedras preciosas, de un valor enorme, formaba parte de aquel tren. ¿Puede asombrar semejante suceso, teniendo en cuenta que los periódicos, hasta los de París, habían dado la noticia muchos días antes? De suerte que Ki-Tsang había tenido tiempo suficiente para preparar aquel golpe, y levantar parte de los rails con el objeto de interrumpir la circulación; y hubiese conseguido apoderarse del tesoro imperial, después de haber sacrificado á los viajeros, si el Sr. Faruskiar no le hubiera muerto. He aquí por qué nuestro héroe se había mostrado tan inquieto desde la mañana...

Si vigilaba el desierto con aquella obstinación, era sencillamente porque el mogol que subió al tren en Tchertchen habíale puesto al corriente de los proyectos de Ki-Tsang. Sea como sea, ya nada tenemos que temer de este famoso bandido; el administrador de la Compañía ha hecho justicia; justicia expedita, convengo en ello; pero hay que tener en cuenta que nos hallamos en medio de los desiertos de la Mongolia, en donde, felizmente para los mogoles, el jurado no funciona aún.

—Y bien, digo yo al Mayor. Creo que ahora habrá usted alejado sus sospechas respecto al Sr. Faruskiar.

—Hasta cierto punto, Sr. Bombarnac.

¡Hasta cierto punto! ¡Diablo! ¡El Mayor es poco contentadizo! Pero contemos nuestras víctimas. Por nuestra parte hay tres muertos; entre ellos, el oficial chino. Doce heridos, cuatro graves, y los otros tan leves, que pueden continuar el viaje hasta Pekin. Popof ha sacado un rasgu-

ño, y Caterna un arañazo que su mujer quiere curar por sí misma. El Mayor ha hecho conducir á los heridos á los vagones, y les presta todos los cuidados que permiten las circunstancias. El doctor Tio King ha ofrecido sus servicios, pero se prefiere al médico del ejército ruso, y yo lo comprendo. Se ha convenido que los muertos serán conducidos á la próxima estación, donde se les tributarán los últimos honores.

Los bandidos han abandonado sus muertos; nosotros los cubriremos con un poco de arena, y asunto concluido.

El punto de la línea en que el tren se ha detenido se encuentra casi equidistante de Tcharkalik y de Tchertchen, únicas estaciones donde puede pedirse auxilios; pero lo peor es que la comunicación telegráfica entre ambas se halla cortada, puesto que Ki Tsang, al levantar los rails, ha derribado los postes telegráficos.

Poco se ha discutido sobre el mejor medio que se ha de emplear.

Desde luego, lo primero es poner en su sitio la locomotora, y hallándose la vía interrumpida, lo que hay que hacer es que el tren retroceda hasta Tchertchen, donde habrá que esperar á que los obreros de la Compañía restablezcan la circulación, lo que no podrá efectuarse antes de cuarenta y ocho horas.

Manos á la obra sin perder instante. Los viajeros solicitan con empeño ayudar á Popof y á su gente, que cuentan con algunas herramientas entre palancas, gatos, martillos y llaves inglesas; y así, no sin trabajo, y después de tres horas, se consigue poner en los rails la locomotora y el tender.

Lo más difícil está hecho: ahora contravapor, á poca velocidad, y el tren podrá volver á Tchertchen; pero ¡cuánto retraso! Así ¡qué recriminaciones de nuestro barón alemán! ¡Cuántos *donner-vetter*, *teufels*, y otros juramentos germánicos!

He omitido el decir que, después de la victoria, los viajeros, y yo el primero, nos hemos apresurado á dar gracias al Sr. Faruskiar; nuestro héroe ha recibido los plácemes con toda la dignidad de un oriental.

—No he hecho más que cumplir con

mi deber, ha respondido con una modestia llena de nobleza.

Después, y por su orden, los mogoles han tomado parte en la faena, y he observado que desplegaban un gran ardor, lo que les ha valido nuestras felicitaciones.

Entretanto el Sr. Faruskiar y Ghan-gir han hablado en voz baja, y de esta conversación ha nacido una proposición que nadie esperaba.

—Señor conductor, dice el Sr. Faruskiar dirigiéndose á Popof. Es mi opinión que vale más continuar nuestro camino hacia Tcharkalyk, que volver atrás. Esto, por interés de los viajeros.

—Sin duda, señor administrador; esto sería preferible, si la vía no estuviera cortada.

—Ahora sí; pero los vagones, ¿no podrían pasar si restablecemos la vía, aunque sea de un modo provisional?

He aquí una proposición digna de ser tomada en cuenta, y nos hemos reunido para discutir, el Mayor, Pan-Chao, Fulk, Caterna, el *clergyman*, el barón, y unos doce viajeros que comprenden el ruso. El Sr. Faruskiar añade:

—Acabo de reconocer la porción del ferrocarril que ha sido destruida por la banda de Ki-Tsang. La mayor parte de las traviesas están en su sitio, y en cuanto á los rails, los malhechores los han arrojado sobre la arena, y volviéndolos á empalmar, será fácil conducir el tren hasta vía firme. En veinticuatro horas puede estar terminado este trabajo, y cinco horas después podemos llegar á Tcharkalyk.

¡Excelente idea, á la que prestan su asentimiento, Popof, el maquinista, los viajeros, y muy particularmente el barón!

Este plan es ejecutable, y aunque falten algunos rails, pueden ser sustituidos con los que ya han sido utilizados, y asegurar el paso del tren.

¡Decididamente, el Sr. Faruskiar es todo un hombre; es nuestro verdadero jefe; el personaje que yo deseaba, y gritaré su nombre al universo entero, haciendo sonar en honor suyo todas las trompetas del *reporterismo*!

¡Y decir que el Mayor Noltitz se empeña ver en este hombre un rival de Ki-



Le hiere en mitad del pecho. ,

Tsang, cuyos crímenes acaba de castigar mi héroe!

Primeramente, el trabajo consiste en colocar las traviesas en sus sitios, y se hace sin descanso.

Sin temor de ser visto, y favorecido por la confusión que siguió al ataque, he podido penetrar en el furgón y asegurarme de que Kinko está sano y salvo. Le he contado lo que acababa de suceder; le he recomendado la mayor prudencia, y me ha prometido que no saldrá del cajón... Estoy tranquilo sobre este particular. Eran cerca de las tres cuando el trabajo ha comenzado. No es necesario sujetar sólidamente los rails: lo harán después los obreros que la Compañía envíe de Tcharkalyk, cuando el tren llegue á esta estación, una de las más importantes de la línea.

Los rails son muy pesados, y nos dividimos por escuadras; lo mismo los viajeros de primera que los de segunda, ayudan de buena gana. El barón despliega sin igual ardor. Fulk, que ya no piensa en matrimonio, se multiplica. Pan-Chao no cede á nadie en ardor, y el mismo doctor Tio-King trata de ayudar, al modo del célebre Augusto, el payaso de los circos de ferias.

¡Diablo! ¡Cómo pica el sol del Gobi! Sólo sir Francis Trevellyan queda en el fondo del vagón, como si nada de aquello le importara.

A las siete la vía está restablecida en unos treinta metros. La noche se acerca, y se decide descansar hasta el siguiente día. Media jornada bastará para terminar el trabajo, y el tren podrá continuar su marcha por la tarde.

Todos sentimos imperiosa necesidad de comer y dormir. Después de tan rudo trabajo, ¡qué buen apetito! Nos reuniremos en el *dining-car*, sin distinción de categorías... No faltan víveres.

¡Buena brecha hemos abierto en la dispensa! Pero... ¿qué importa? Las provisiones se renovarán en Tcharkalyk.

Caterna está muy alegre, locuaz, comunicativo, desbordante. A los postres hay que verle á él y á su mujer entonando el trozo del viaje á China, coreado por nosotros con más vigor que entonación:

La Chine est un pays harmant,
qui doit vous plaire assurément... (1)

¡Oh Labiche! ¡Nunca hubiera usted pensado que esta poesía encantaría alguna vez á los viajeros del Gran Transasiático, retrasados en su viaje!...

Después, el cómico, un poco excitado ya, tiene una idea: ¡qué idea! ¿Por qué no continuar la ceremonia matrimonial, interrumpida por el ataque? ¿Por qué no proceder á la terminación del matrimonio?

—¿Qué matrimonio? pregunta Fulk Ephrinell.

—El de usted... el de usted... responde Caterna. ¿Se le ha olvidado á usted?... ¡Hombre, está bueno eso!

Lo cierto es que el yankee y la inglesa no parecen acordarse de que, sin la agresión de Ki-Tsang y su partida, hallaríanse ahora unidos por los dulces lazos del himeneo.

Pero todos están muy cansados, y el reverendo Nathaniel Morse no tendría fuerzas para bendecir á los esposos, que tampoco la tendrían para soportar su bendición. La ceremonia se trasladará á dos días después. De Tcharkalyk á Lan-Tcheou hay novecientos kilómetros, y lugar hay para encadenar sólidamente á esta pareja angloamericana. Cada cual va á buscar un sueño reparador en las camas y banquetas. Sin embargo, no se han olvidado las reglas de la prudencia, pues los bandidos podían intentar un ataque nocturno, aunque no es probable después de la pérdida de su jefe. Además, que como van con nosotros los satánicos millones del Hijo del Cielo que deben excitar su codicia, si no estamos en guardia, ¡quién sabe!...

Pero no hay cuidado; el mismo señor Faruskiar se ha encargado de organizar la vigilancia en el tren; después de la muerte del oficial, ha tomado el mando de la escolta china. Ghangir y él deben velar por el tesoro imperial; y como dice Caterna, que no pierde ripio en sus citas sacadas del repertorio de la ópera cómica: «Esta noche las damas de honor estarán bien guardadas.»

Y, no hay duda: el tesoro imperial estará mejor guardado que la hermosa Athé-

(1) La China es un país encantador,
que sin duda os gustará...

naís de Solange, del primero al segundo acto de *Los mosqueteros de la Reina*.

Al día siguiente, al amanecer, otra vez manos á la obra: el tiempo es soberbio; el día será caluroso. En el 24 de Mayo, y en pleno desierto del Asia Central, sube tanto la temperatura, que podrían cocerse huevos sólo con cubrirlos con arena.

El cielo desplegado la víspera no ha disminuído. La recomposición de la vía adelanta poco á poco; una vez puestas en su sitio las traviesas, vánse empalmando los rails, y á las cuatro de la tarde se ha restablecido la circulación.

En seguida la máquina, puesta en presión, comienza á avanzar lentamente. Después, y para no provocar un descarrilamiento, los vagones son empujados á brazo uno á uno, detrás de la máquina. Por fin llegan sin daño... Y ahora, vía libre hasta Tcharkalyk ¿qué digo? hasta Pekín...

Cada cual á su puesto. Popof da la señal de partida en el momento en que Caterna entona el coro de victoria de los marinos del buque almirante *Haydée*.

Mil hurras le contestan.

A las diez de la noche el tren entra en la estación de Tcharkalyk.

Treinta horas justas de retraso; pero ¿no es bastante esto para que el barón Weisschnitzdörfer pierda el paquebot de Tien-Tsin á Yokohama?

IX

Si no fuera por las víctimas que ha causado entre los nuestros el pasado suceso, diera yo gracias á la Providencia que vela por los corresponsales y que me ha proporcionado lo que tanto ansiaba, algun episodio. Salí ileso de la contienda, é ilesos también, salvo algún que otro arañazo, todos mis números. Tan sólo el número 4 ha recibido un balazo que le ha atravesado... el sombrero, el sombrero de boda.

Ahora lo único que tengo en perspectiva es el segundo acto del matrimonio Bluett-Ephrinell, y el desenlace de la aventura de Kinko. Del personaje Faruskiar no espero sorpresa alguna, aunque puedo contar con lo imprevisto y fortuito de un viaje que aún durará cinco días, cuyo tiempo, unido al retra-

so ocasionado por la batalla contra Ki-Tsang, da un total de trece días desde que salimos de Ouzoun-Ada.

¡Demonio!... ¡Trece días!... Trece números inscritos en mi cartera... ¡Oh si yo fuera superticioso!...

Tres horas hemos permanecido en Tcharkalyk. La mayor parte de los viajeros no han abandonado sus sitios. Las autoridades chinas han tomado las oportunas declaraciones respecto al ataque del tren, y se han llenado las formalidades consiguientes con los muertos, quedando los heridos en Tcharkalyk cuidadosamente asistidos.

Pan-Chao me dice que esta ciudad es muy populosa. Siento no poderla visitar.

La Compañía del Gran Transasiático enviará en breve obreros para reparar las averías en la vía férrea y alzar los postes telegráficos. Dentro de cuarenta y ocho horas la circulación quedará por completo restablecida.

No hay que decir que el señor Faruskiar, como administrador de la Compañía, ha tomado activa parte en las diversas diligencias practicadas en Tcharkalyk. No hallo palabras con que elogiarle. Muchas han sido las deferencias que le ha mostrado, por su buen comportamiento, todo el personal de la estación.

A las tres de la mañana, llegada á Kara-Bouran. Unos minutos de parada. En este punto corta el ferrocarril el itinerario seguido por Gabriel Bonvalot y el príncipe Enrique de Orleans al través del Tibet en 1889-90, cuyo viaje fué mucho más completo, difícil y peligroso que el nuestro; un viaje circular desde París pasando por Berlín, San Petersburgo, Moscou, Nijni, Perm, Tobolsk, Omsk, Semipalatinsk, Kouldja, Tcharkalyk, Batang, Yunnan, Hanoi, Saigon, Singapore, Ceilán, Aden, Suez y Marsella á París: la vuelta al Asia y á Europa.

Detiénese el tren en Lob-Nor á las cuatro, y parte á las seis. Este lago, ya visitado por el general Pevtzoff en 1889, cuando volvía de su expedición al Tibet, es extensísimo, y se halla sembrado de islotes de arena, apenas rodeados de un metro de agua. La región cruzada por las espesas y lentas aguas del Tarim ya había sido reconocida por Hue y Gabet,



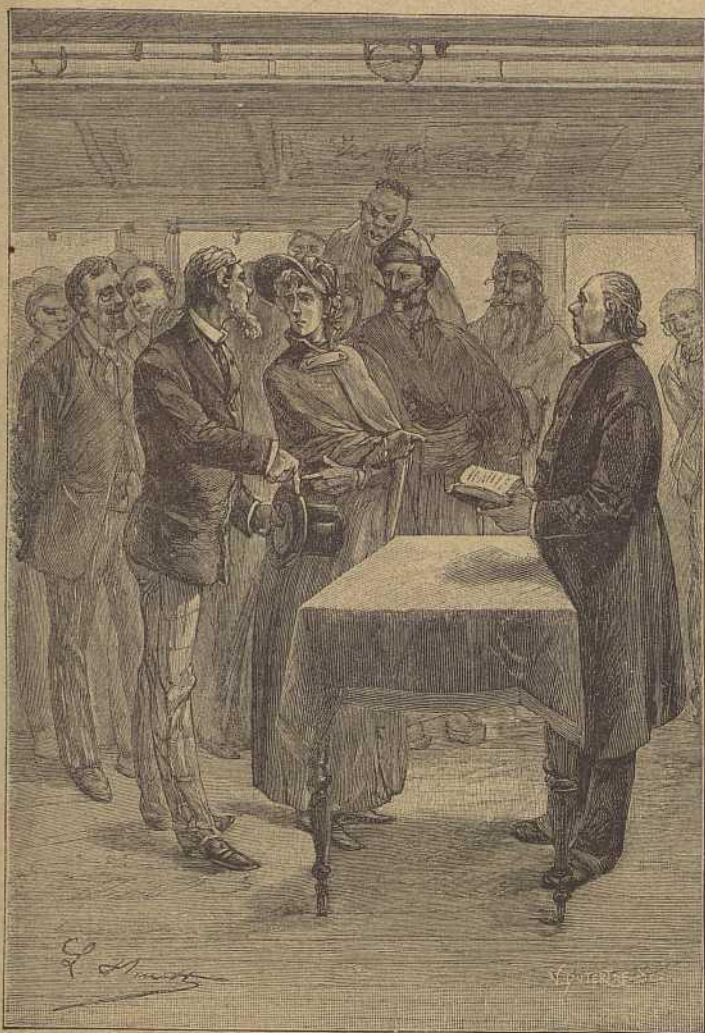
Al amanecer, otra vez manos á la obra.

y por los exploradores Prjevalsky y Carey hasta el paso de Davana, cincuenta kilómetros al Sur. A partir de aquí, Gabriel Bonvalot y el príncipe Enrique de Orleans, llegando á veces á cinco mil metros de altura, se aventuraron por territorios vírgenes al pie de la inmensa cordillera del Himalaya.

Nuestro itinerario toma la dirección Este, hacia Kara-Nor, siguiendo la falda de los montes Nan-Chan, tras los cuales se extiende la región del Tsaidam. No se ha atrevido el ferrocarril á internarse en las montañosas comarcas del Kou-Kou-Nor; contorneando la pendiente lle-

garemos á la gran ciudad de Lan-Tcheou.

Aunque el paisaje es triste, los viajeros de nuestro tren tienen muchos motivos para no estarlo. Anúnciase un día de fiesta, de hermoso sol, cuyos rayos reverberan en las doradas arenas del Gobi. Desde el Lob-Nor hasta Kara-Nor hay que recorrer trescientos cincuenta kilómetros; el matrimonio, tan desgraciadamente interrumpido, de Fulk y Horacia se terminará entre estos dos lagos. Esperamos que ahora no vendrá incidente alguno á retardar la felicidad de los desposados.



—Bien, pues pongamos el 20 por 100, miss Bluett.

Al despuntar el día ha sido de nuevo habilitado para la ceremonia el vagón restaurant; hállanse prestos los testigos á terminar su misión, otro tanto que los novios.

El reverendo Nathaniel Morse viene á prevenirnos que la ceremonia se celebrará á las nueve, y al propio tiempo nos hace presentes los saludos del señor Fulk Ephrinell y miss Horacia Bluett.

El mayor Noltitz y yo, el señor Caterna y Pan-Chao, seremos puntuales.

Caterna y su esposa no creen procedente volverse á poner sus trajes de boda de pueblo. Se vestirán para el ban-

quete con que á las ocho de la noche obsequiará Fulk Ephrinell á los testigos y notables de primera clase. Con un gesto me indica el actor que á los postres habrá una *sorpresa*. ¿Cuál? Por discreción no insisto.

Poco antes de las nueve, la campana del ténider es echada al vuelo. No hay que asustarse; no es nada malo. Es que nos llama con sus alegres sonos al *dining-car*. Vamos, pues, en procesión al lugar del sacrificio.

Los novios ya están sentados ante la mesita, frente al grave *clergyman*; nosotros nos sentamos alrededor.

Agólpense en las plataformas los curiosos á fin de no perder detalle de la nupcial ceremonia.

El Sr. Faruskiar y Ghangir, personalmente invitados, acaban de llegar. Levántanse los concurrentes respetuosamente para recibirlos. Van á firmar en el acta del matrimonio, lo que constituye un gran honor. Si de mí se tratase, me sentiría orgulloso de ver el ilustre apellido del Sr. Faruskiar al pie de mi contrato...

La ceremonia comienza de nuevo; el reverendo Morse puede ahora terminar su *speech*, tristemente interrumpido la antevispera.

Ni los asistentes ni él se han visto en el fracaso de la anterior tentativa.

Los dos futuros (aún tienen derecho á este calificativo) se levantan, y el *clergyman* les pregunta si consienten en recibirse por esposos.

Antes de responder, miss Horacia se vuelve hacia Fulk Ephrinell, y le dice haciendo un mohín:

—Bien entendido que la participación de la casa Holmes-Holme en los beneficios de nuestra asociación, serán de un 25 por 100.

—No, no; quince, quince solamente, responde Fulk.

—¡Pero eso no es justo, puesto que yo doy el 30 por 100 á la casa Strong-Bulbul and Co!...

—Bien, pues pongamos el 20 por 100, miss Bluett.

—Sea, señor Ephrinell.

—No está mal eso, murmura á mi oído Caterna.

En verdad, he visto el momento en que se iba á deshacer el matrimonio por una diferencia de 5 por 100. Por fin, todo se ha arreglado, y los intereses de ambas casas han sido defendidos por una y otra parte.

El reverendo Nathaniel Morse reitera su pregunta.

Un *si* seco de miss Horacia y un *si* breve de Ephrinell le responden, y los dos son declarados unidos por el lazo del matrimonio.

Se firma el acta, primero por ellos, luego por los testigos, y después por el señor Faruskiar y los concurrentes. El *clergyman* pone, por fin, su firma y rúbrica,

lo que cierra la serie de estas formalidades reglamentarias.

—Hélos ahí unidos para toda su vida, me dice el cómico con un pequeño movimiento de hombros.

—Unidos como dos bubrelos, añade sonriendo la cómica, recordando sin duda que estos pájaros son modelo de fidelidad en sus amores.

—En China, observa Pan-Chao, no simbolizan los bubrelos la fidelidad, sino los patos mandarines.

—Bien, bubrelos ó patos, es lo mismo; replica filosóficamente el señor Caterna.

La ceremonia ha terminado; se cumplimenta á los esposos, y cada uno vuelve á sus ocupaciones. Fulk á sus cuentas; mistress Ephrinell á sus tareas. Nada ha cambiado en el tren. Aquí no hay más que otros dos seres unidos.

El joven Pan-Chao, el Mayor Noltitz y yo, nos vamos á fumar á una plataforma, dejando á los señores Caterna, que parece están ensayando la sorpresa de que el actor me ha indicado algo.

El paisaje sigue siendo monótono; siempre el desierto del Gobi con las alturas de los montes Humboldt, á la derecha, hacia la parte que se une á los montes Nan-Chan. Estaciones muy pocas, y no se trata de ciudades, sino de reunión de cabañas, entre las que la casilla del peón caminero se destaca como un monumento. Allí es donde se renuevan el agua y el carbón del ténider. Más allá del Kara-Nor aparecerán algunas verdaderas poblaciones, y ya entonces empezaremos á notar que nos acercamos á la verdadera China, populosa y trabajadora.

Aquella parte del desierto del Gobi no se parece en nada á las regiones del Turkestán oriental que hemos atravesado al salir de Kachgar. Tan nuevos son estos territorios para Pan-Chao y el doctor Tio-King como para nosotros los europeos.

Debo decir que el Sr. Faruskiar no desdeña ya mezclarse en nuestra conversación; es un hombre instruido, espiritual, ingenioso, con el cual pienso hacer más amplio conocimiento cuando lleguemos á Pekín. Me ha invitado á que le vaya á visitar á su *yamen*, y entonces será ocasión de celebrar una *interview*

con él. Ha viajado mucho; parece profesar mucha simpatía á los periodistas franceses. No rehusará suscribirse á *El Siglo XX*, estoy seguro.—Paris, 48 francos; provincias, 56; extranjero, 76.

Mientras el tren marcha á todo vapor, se habla de varias cosas. La conversación ha recaído en la región de Kachgar, y el Sr. Faruskiar ha tenido la amabilidad de darnos detalles muy interesantes sobre dicha provincia, tan profundamente agitada por frecuentes insurrecciones en la época en que la capital, resistiendo las embestidas de los chinos, no había aún sido dominada por los rusos. En diferentes ocasiones muchos chinos fueron sacrificados á consecuencia de las revueltas de los jefes turkestanos, y la guarnición tuvo que refugiarse en la fortaleza Yanghi-Hissar. Entre los jefes insurrectos hubo uno, llamado Ouali-Khan-Toulla, del que ya he hablado á propósito de la muerte de Schlagintweit, y que llegó á ser por algún tiempo el dueño de Kachgar. Era un hombre muy inteligente, pero de ferocidad sin ejemplo. El señor Faruskiar nos cita un rasgo bastante para dar idea del despiadado carácter de la gente oriental:

«Había en Kachgar, nos dice, un renombrado armero que, deseoso de captarse las simpatías de Ouali-Khan-Toulla, fabricó un precioso sable. Terminada la obra, encargó á su hijo, niño de diez años, que fuese á ofrecer el arma, esperando que el niño recibiese alguna recompensa de la real mano. Y la recibió, en efecto. Aquel personaje, después de admirar el sable, preguntó si la hoja estaba bien templada.

—»Si, respondió el niño.

—»Pues acércate, le dijo Ouali-Khan-Toulla; y de un golpe le cortó á cercén la cabeza, que envió al armero con el precio del sable, cuyo bien templado acero acababa de probar.»

Esto nos ha contado el Sr. Faruskiar con correcta entonación de voz y ademanes. De haberle oído Caterna, creo que no hubiera dejado de pedirme que sacase de la narración el argumento para una opereta que se desarrollase en el Turkestan.

Ha transcurrido el día sin incidente digno de mencionarse. Lleva el tren su

velocidad normal de cuarenta kilómetros por hora, y que, según los deseos del barón alemán, debería elevarse al doble. La verdad es que los maquinistas y fogoneros chinos no se han preocupado de ganar el tiempo perdido entre Tchertchen y Tcharkalyk.

A las siete llegamos al Kara-Nor; cincuenta minutos de parada. Este lago, que no es tan extenso como el Lob-Nor, absorbe las aguas del Soule-Ho, que baja de los montes Nan-Chan. Encántase la vista contemplando las verdes orillas de la pendiente meridional, cruzada por numerosas aves. A las ocho, cuando salimos de la estación, transpone el sol el horizonte arenoso, y cierto espejismo prolonga el espectáculo.

No bien partimos, cuando estamos sentados á la mesa. El *dining-car* ha recobrado su aspecto de restaurant. El banquete de boda reemplazará esta noche á la comida de reglamento. Unos veinte comensales son los invitados á la cena ferroviaria. En primer lugar figuraba el Sr. Faruskiar entre los convidados; pero, sea por lo que sea, ha declinado el honor de aceptar la invitación de Fulk Ephrinnell.

Lo siento, porque esperaba que mi buena suerte me deparase sentarme á su lado.

Pienso ahora que bien vale la pena de enviar á *El Siglo XX* el nombre ilustre de Faruskiar con algunas líneas referentes al ataque del tren y peripecias del combate. Pocas noticias como ésta merecerán los honores del telégrafo, por caro que cueste. Esta vez no temo que me dé la dirección un palmetazo como el que sufrí cuando lo del mandarín Yen-Lou falsificado... Tengo una excusa, y es que estamos en el país del falso Smerdis.

En cuanto lleguemos á Sou-Tcheou, y puesto que ya se hallará restablecida la comunicación, enviaré un despacho telegráfico que revelará á la Europa entera el ilustre nombre del mogol Faruskiar.

Ya estamos en la mesa. Fulk ha hecho las cosas todo lo mejor posible, dadas las circunstancias. En previsión del festín, se han adquirido provisiones en Tcharkalyk. Los honores correspondrán á la cocina china; cesó la rusa. Afortunadamente, no será obligatorio



—Sí, respondió el niño.

comer con palitos á uso del país, sino con los consabidos cubiertos.

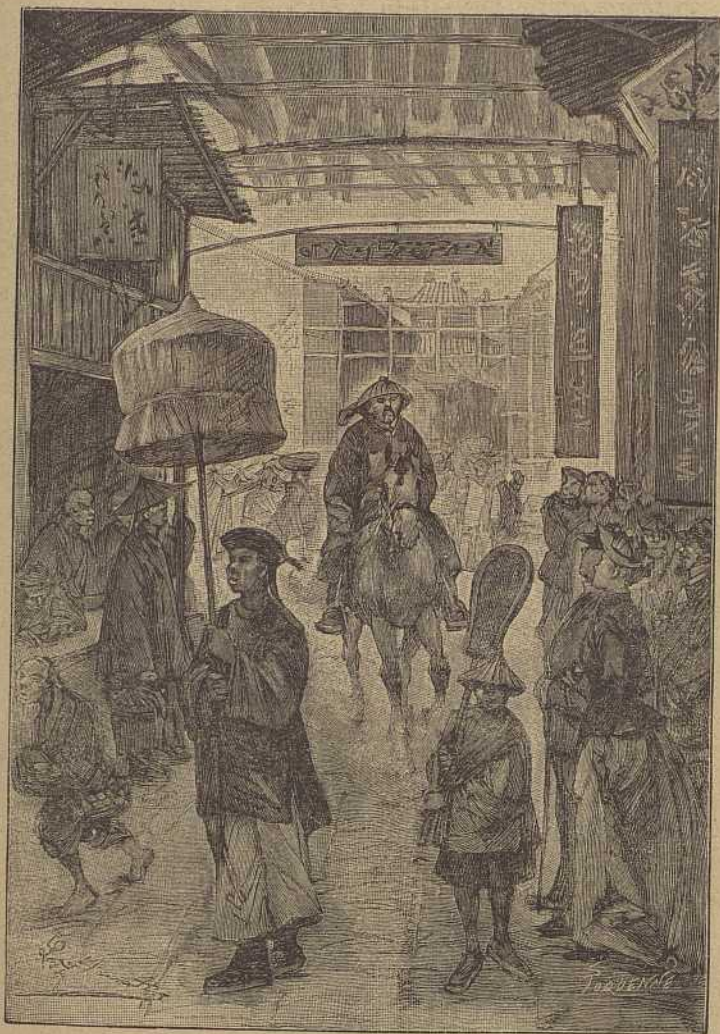
Estoy á la derecha de la novia, y Noltitz á la de Fulk Ephrinell. Los demás convidados se han sentado donde han tenido por conveniente. El barón alemán, que no titubea ante un buen plato, está también. El inglés sir Francis Trevellyan se ha contentado con aceptar, sin hacer siquiera una señal afirmativa.

Empieza la comida con sopa de gallina y huevos de ave fría; después, nidos de golondrinas en lonjas, huevas de langosta guisadas, mollejas de gorrión,

pies de cerdo asados con salsa, sesos de carnero, gusanos de mar fritos, aletas de tiburón en gelatina; y, por último, tallos de bambú en su jugo, raíces de nenúfar en dulce; platos, en fin, inverosímiles, regados con vino de Cha-Hing, servido tibio en vasijas de metal como teteras.

Reina en la fiesta la alegría... ó, por mejor decir, la intimidad;—no se preocupa gran cosa el novio de la novia... ni viceversa.

Este demonio de Caterna es inagotable. ¡Cuántas cuchufletas, algunas antediluvianas! ¡Qué juegos de palabras, qué



Un mandarin á caballo, precedido de un criado...

de *calembours*, que pasan inadvertidos para la mayor parte! Pero él los ríe de tan buena gana, que todos nos contagiarnos con sus sonoras carcajadas. Quiere aprender algunas palabras del idioma chino, y como *tching-tching* significa gracias, ha estado á cada momento *tching-tchingando* que era una diversión.

Después vienen las canciones francesas, rusas y chinas, entre otras «el *Shiang-Touo-Tching*» *La Canción del Delirio*, en la que el joven chino dice «que la flor del albaricque huele bien en la tercera luna, y la del granado en la quinta.»

El festín se ha prolongado hasta las diez. En este momento el actor y la actriz, que á los postres se han eclipsado, hacen su salida á escena; él con levitón de cochero y ella con chambra de criada. Han representado el cuadro de *Las Campanillas* con una gracia y una expresión, que no cabe más... Sería caso de justicia que los señores Meilhac y Halévy recomendasen al Sr. Claretie al matrimonio Caterna para que fuesen admitidos en la Comedia Francesa.

A media noche la fiesta toca á su fin. Cada cual se va á su respectivo sitio, y poco después ni siquiera oímos los nom-

bres de las estaciones que preceden á Kan-Tcheou, adonde llegamos entre cuatro y cinco de la mañana, haciendo una parada de cuarenta minutos.

El paisaje va modificándose notablemente á medida que el ferrocarril baja al grado 40 para circundar la base oriental de los montes Nan-Chan. Va borrándose el desierto poco á poco, muerden ya los pueblecillos, aumenta la población. A las planicies arenosas sustituyen las verdes praderas y hasta los arrozales, porque las montañas vecinas vierten sus abundantes aguas en las altas regiones del Celeste Imperio. Experimentamos grato placer ante este contraste con lo triste y monótono del Kara-Koum y del Gobi. Desde el mar Caspio han ido sucediéndose los desiertos, excepto en las vertientes de la meseta del Pamir. Pero ahora, hasta Pekín, no faltarán ni paisajes pintorescos, ni horizontes de montañas, ni valles profundos. Entramos en la verdadera, en la auténtica China, en la tierra de los biombos y las porcelanas, en los territorios de la vasta provincia del Kin-Sou. En tres días estaremos al fin de nuestro viaje y no seré yo seguramente, modesto corresponsal obligado á ir de acá para allá en cumplimiento de mi oficio, no seré, digo, quien se queje de su larga duración; otros hay que estarán de enhorabuena, como Kinko, metido en su cajón, y su novia Zinca Klork, presa de mortales angustias, sin duda, en su casa de la Avenida Cha-Coua.

En Sou-Tcheou hay dos horas de parada. Mi primer cuidado es correr hacia las oficinas de telégrafos. El complaciente Pan-Chao tiene la bondad de servirme de intérprete. Nos dice el empleado que hallándose ya compuestos los postes de la línea, seguirá el despacho su curso ordinario.

Sobre la marcha expido á *El Siglo XX* un telegrama, concebido en los siguientes términos:

«Sou-Tcheou, 25 Mayo, 2,25 tarde.

» Tren atacado entre Tchertchen y Tcharkalyk por partida célebre Ki-Tsang; viajeros rechazaron ataque salvando tesoro chino, muertos y heridos de ambos bandos, bandido muerto por heroico señor mogol Faruskiar, uno de

los administradores Compañía: su nombre debe ser objeto admiración universal.»

Bien vale este parte una gratificación del director...

Dos horas para visitar Sou-Tcheou, no es mucho que digamos.

Hasta ahora habíamos visto en el Turkestán las ciudades yustapuestas: la vieja y la nueva. En China, según dice Pan-Chao, no sólo dos ciudades, tres ó cuatro, como pasa en Pekín, están metidas unas en otras, encajadas, por decirlo así.

Aquí, Tai-Tcheu es la ciudad exterior, y Le-Tcheu la interior. Lo que desde luego nos llama la atención es el desolado aspecto de ambas; véanse por doquier señales de pasados incendios; acá y allá pagodas y casas medio destruidas; un montón de ruinas que no son obra del tiempo, sino de la guerra. Todo esto significa que Sou-Tcheou, un tiempo conquistada por los musulmanes y recuperada después por los chinos, ha sufrido los horrores de tan cruentas y feroces campañas que terminan con la destrucción de los edificios y la matanza de los habitantes, sin distinguir sexo ni edad.

Bien es cierto que en el Celeste Imperio se rehace la población con mucha más rapidez que se reedifican las construcciones; así es que Sou-Tcheou ha vuelto á ser populosa en su doble muralla y en los arrabales. Se halla el comercio en floreciente estado, como hemos podido observar paseando por la calle principal, en donde se ven numerosas tiendas perfectamente surtidas, sin contar los vendedores ambulantes.

Allí, por primera vez, han visto los esposos Caterna, entre las filas de los habitantes alineados más bien por el miedo que por el respeto, un mandarín á caballo, precedido de un criado con un quitasol de franjas, insignia de la dignidad de su señor.

Existe una cosa que bien merece la pena de visitar por ella Sou-Tcheou: allí empieza la famosa Gran Muralla del Imperio chino.

Dicha muralla, después de bajar en dirección al S. E. hacia Lan-Tcheou, sube á N. E., encerrando las provincias del Kian-Sou, de Chan-si y de Petchili hasta el norte de Pekín.

En Sou-Tcheou es tan sólo un muro terroso, con algunas torres, en ruinas la mayor parte. Hubiera yo creído faltar á mis deberes de corresponsal si no hubiese ido á saludar al principio de obra tan gigantesca, que sobrepuja, sin duda, á todas nuestras modernas fortificaciones.

—¿Y realmente es útil la muralla china?... me ha preguntado el Mayor Noltitz.

—A los chinos, lo ignoro, le he respondido; pero sirve de metáfora á nuestros oradores políticos, cuando discuten los tratados de comercio. Sin ella, ¿qué sería de la elocuencia parlamentaria?...

X

Cuarenta y ocho horas hace que no he visto á Kinko, y la última vez que le vi, sólo pude cambiar con él algunas palabras para tranquilizarle.

La noche próxima trataré de hacerle una visita; he tenido cuidado de procurarme algunas provisiones en la estación de Sou-Tcheou.

Hemos salido de aquí á las tres. Han cambiado la locomotora por otra de más potencia, sin duda, porque en los escabrosos terrenos que hemos de atravesar, hay pendientes muy rápidas. Setecientos kilómetros nos separan de la importante ciudad de Lan-Tcheou, donde no llegaremos hasta mañana por la mañana, y con una velocidad de diez leguas por hora.

He hecho observar á Pan-Chao que esta velocidad media es relativamente poco elevada.

—¿Qué quiere usted? me ha dicho, mientras cascaba pipas de sandía; ni usted ni nadie podrá cambiar el temperamento de los chinos, que siendo, como son, conservadores hasta el exceso, conservarán esta velocidad por muchos que sean los progresos de la locomoción. Por otra parte, Sr. Bombarnac, el solo hecho de que el Imperio del Medio posee caminos de hierro, ya me parece inverosímil.

—No digo lo contrario; pero, sin embargo, cuando se tienen ferrocarriles es para sacar todas las ventajas que ellos reportan.

—¡Bah! dijo despreocupadamente Pan-Chao.

—La velocidad, añadí, significa tiempo ganado, y ganar tiempo...

—Amigo Bombarnac, el tiempo no existe en China. ¿A qué porción de tiempo iba á tocar cada uno en una población de cuatrocientos millones de almas? Así que aquí no se cuenta por días ni horas, sino por lunas.

—Lo cual es más poético que práctico, dije yo.

—¡Práctico, señor corresponsal! Ustedes, los de Occidente, tienen siempre esa palabra en la boca. Lo que llamáis ser práctico no es sino ser esclavo del tiempo, del trabajo, del dinero, de los negocios, de la gente, de los demás, de uno mismo. Pregunte usted al doctor Tio-King lo práctico que he sido yo mientras he estado en Europa; y ahora, ya en Asia, calcule usted lo que lo seré. Dejo deslizarse la vida, como la nube se deja arrastrar por el viento, la brizna de paja por la corriente y el pensamiento por la imaginación... He aquí todo.

—Pues veo que hay que tomar la China como es...

—Y como probablemente será siempre, Sr. Bombarnac. ¡Ah! ¡Si usted supiese cuán fácil es aquí la existencia! ¡Este adorable *far niente* en la tranquilidad de los *yamens*! El cuidado de los negocios nos preocupa poco, y la política menos aún... Ya ve usted, desde Fou-Hi, primer emperador en 2950 (un contemporáneo de Noé), aún estamos en la dinastía veintitrés. La reinante es mandchúe, y ¿qué importa lo que será más tarde? Tengamos un gobierno, ó no lo tengamos, sepamos ó no cuál Hijo del Cielo es el que va á hacer la felicidad de sus cuatrocientos millones de subditos, nos es indiferente.

Es indudable que el joven chino se equivoca mil y diez mil veces (para emplear su fórmula nominativa); pero yo no he de procurar convencerle.

En la comida, los señores Ephrinell, sentados juntos, apenas han cambiado algunas palabras. Su intimidación parece menor desde que se han casado. Tal vez se encuentran preocupados, calculando sus recíprocos intereses, aún mal fusionados. ¡Ah! Los anglosajones no neuc-

tan por lunas; son prácticos, demasiado prácticos.

La noche ha sido muy mala. El cielo, que al anoecer tomó un tinte púrpura, se ha tornado después tormentoso; la atmósfera, asfixiante; la tensión eléctrica, excesiva. Esto trae como consecuencia una *función* de tempestad verdaderamente hermosa, según la expresión de Caterna, que ha añadido que en su vida ha visto cosa mejor, como no sea en el segundo acto del *Freyschütz*, en la caza infernal. Lo cierto es que el tren corre atravesando una atmósfera de relámpagos que ciegan, y truenos que resuenan una y mil veces en los ecos de las montañas. Me parece que caen algunos rayos; pero los rails metálicos, apoderándose del fluido, hacen el efecto de pararrayos, librando á los coches de las descargas. Es, en verdad, un hermoso espectáculo, aunque un tanto imponente, ver la lluvia torrencial que no puede luchar con aquella lluvia de fuego; aquellas continuas descargas de las nubes, á las que se mezclan los estridentes silbidos de la locomotora al pasar por Yanlu, Youn-Tcheng, Houlan-Sieu y Da-Tsching.

Favorecido por la tormentosa noche he podido ponerme en comunicación con Kinko, entregarle las provisiones, y hablar con él durante algunos instantes.

—Diga usted, Sr. Bombarnac, me ha ha preguntado: ¿llegaremos pasado mañana á Pekin?

—Sí, Kinko, si el tren no sufre ningún retraso.

—No temo los retrasos; pero ni aun en Pekin estaré seguro mientras no llegue en mi cajón á la Avenida Cha-Coua...

—¿Qué importa, Kinko, puesto que la linda Zinea Klork estará en la estación?

—No, no estará, Sr. Bombarnac. Así se lo he mandado.

—¿Y por qué?

—Porque las mujeres son impresionables: buscaría el furgón donde he viajado, y reclamaría la caja con tal insistencia, que acaso despertase sospechas.

—Tiene usted razón, Kinko.

—Además, que no llegaremos á la estación hasta muy tarde y no se llevarán los bultos á sus respectivos destinos hasta el día siguiente.

—Es probable...

—Pues bien, Sr. Bombarnac; si no fuese por el temor de abusar, le pediría á usted un pequeño favor.

—Usted dirá.

—Que tenga usted la bondad de asistir al envío del cajón, á fin de evitar cualquier accidente.

—Estaré, Kinko; se lo prometo á usted. ¡Diablo!... Y que á los espejos no se les puede tratar mal, porque son cosa frágil. Y hasta, si usted quiere, iré acompañando el cajón hasta la Avenida Cha-Coua...

—No me atrevía á pedir tanto, señor Bombarnac.

—Pues se equivocaba usted, Kinko. Usted es mi amigo, y no me molesta el servir á un amigo, tanto más cuanto que así tendré el placer de conocer á la señorita Zinea Klork; quiero estar allí cuando se haga entrega del cajón, del precioso cajón; ayudaré á desclavarle...

—¡Desclavarle, Sr. Bombarnac! ¿Y la tapa?... ¡Pues no me dará yo prisa á saltar!...

Un espantoso trueno interrumpe nuestra conversación. Creí que el tren iba á saltar de los rails hecho pedazos. Dejé, pues, al joven rumano y fuíme á mi sitio al vagón.

26 de Mayo, á las siete de la mañana. Llegada á la estación de Lan-Tcheou. Tres horas de parada; tres horas solamente, consecuencia del ataque de Ki-Tsang. Vamos, Noltitz, Pan-Chao, señores Caterna, en marcha: no hay tiempo que perder.

Pero, en el momento de salir de la estación, nos detenemos ante un magnífico y obeso personaje. Es el gobernador de la ciudad, con su doble falda de seda blanca y amarilla, abanico en la mano, cinturón de broches y mantilla, una mantilla negra que haría soberbio efecto si la llevase una manola. Va acompañado de cierto número de mandarines de menor cuantía, y los chinos le saludan frotándose los puños de abajo á arriba, al mismo tiempo que inclinan la cabeza. ¿Qué busca aquí este señor? ¿Alguna otra formalidad chinesca? ¿Otra vez la visita á la inspección de viajeros y equipajes?... ¡Y yo que creía á Kinko fuera de toda complicación!

Pero no hay que asustarse; se trata

del tesoro que el Gran Transiático conduce para el Hijo del Cielo. El gobernador y su séquito se detienen ante el precioso vagón cerrado y sellado. Le contemplan con esa admiración respetuosa que siempre se siente, aun en China, ante una caja que contiene tantos millones... Pregunto entonces á Popof qué significa la presencia del gobernador, y si tendremos que ver algo con él.

—De ninguna manera, me dice Popof; es que se ha recibido orden de Pekín de telegrafiar la llegada del tesoro, y el gobernador lo que hace es esperar respuesta para saber si debe dirigirle á Pekín ó guardarle provisionalmente en Lan-Teheou.

—¿Y esto nos podrá retrasar?

—No lo creo.

—Entonces, en marcha, digo á mis compañeros.

Pero si la cuestión del tesoro imperial nos tiene sin cuidado, no parece sucederle lo mismo al Sr. Faruskiar. Y bien: ¿qué le puede interesar que el vagón se quede ó no? Sin embargo, Ghangir y él parecen contrariados, aunque lo disimulan; los otros mogoles dirigen al gobernador miradas pocos simpáticas, mientras murmuran palabras en voz baja.

Se ha puesto al gobernador al corriente del ataque sufrido por el tren; de la participación que nuestro héroe ha tomado en la defensa del tesoro, del valor que ha desplegado, y de cómo ha librado al país del terrible Ki-Tsang. Entonces, en términos muy laudatorios, que Pan-Chao se apresura á traducirnos, da las gracias al Sr. Faruskiar, le cumplimenta y le hace entender que el Hijo del Cielo sabrá recompensar sus servicios.

El administrador del Gran Transasiático le escucha con el aire tranquilo que le caracteriza, y, á lo que veo claramente, no sin alguna impaciencia. Acaso se siente muy superior á los elogios y recompensas, aunque vengan de tan alto. Reconozco en este rasgo todo el orgullo mogol.

Pero no nos entretengamos. Que el vagón vaya ó no, poco nos importa. Lo que nos interesa es visitar Lan-Teheou.

Por breve que haya sido la visita, conservo de ella un recuerdo muy claro.

Desde luego, también aquí hay ya ciu-

dad interna y ciudad exterior, pero sin ruinas: la población es muy activa; la gente hormiguea por las calles, y, merced al camino de hierro, está muy familiarizada con los extranjeros, los que ya no son objeto, como en otro tiempo, de indiscreta curiosidad. Extensos barrios ocupan el margen del Houan-Ho, de una anchura de dos kilómetros. Este río, que no es otro que el famoso río Amarillo, y cuyo curso tiene una longitud de 4.500 kilómetros, vierte sus arcillosas aguas en las profundidades del golfo de Petchili.

—¿No es en la embocadura de este río, cerca de Tien-Tsin, donde el barón debe tomar el paquebot para Yokohama? pregunta el Mayor Noltitz.

—¡Justamente! le he respondido.

—Pues no le alcanza, dice el actor.

—¡A menos que eche á correr ese corredor del globo!

—Sí, pero lá carrera de un burro dura poco, como dice la gente, repuso Caterna; y el barón no va á llegar...

—Si el tren no tiene más retraso, si llegará, observa el Mayor. Llegaremos á Tien-Tsin el 23 á las seis de la mañana, y el paquebot no sale hasta las once...

—Que llegue ó no á tiempo, amigos míos, añadí, es cuenta suya; procuremos nosotros no quedarnos sin nuestro paseo.

En el punto en que estamos, existe sobre el río Amarillo un puente de barcas; mas es tan fuerte la corriente, que oscila y se balancea el puente como si fuese combatido por alta mar.

La señora Caterna, que ha creído aquello sin peligro, empieza á palidecer al entrar en el pontón.

—¡Carolina, Carolina!... exclama su marido. ¡Te vas á marear!... ¡Salte, salte de ahí!...

Y, en efecto, se sale. Y todos nos dirigimos á una pagoda que domina la ciudad.

Dicho edificio, como todos los monumentos de su género, parece una pila de tazas superpuestas; pero aquellas tazas tienen una forma muy caprichosa, y no hay que extrañarse de que sean de porcelana, de porcelana china.

También hemos visto, sin entrar en ellos, importantes establecimientos industriales, tales como una fundición de

cañones y una fábrica de fusiles, cuyo personal es de origen indígena. Hemos recorrido un hermoso jardín, anejo á la casa del gobernador, y que ofrece un caprichoso conjunto de puentecillos, kioscos, estanques y puertas en forma de porches. Hay allí muchos pabellones con sus tejados levantados en los extremos, como ganchos retorcidos, tejados *chinescos*; en cambio, apenas hay arbolado. Véanse también avenidas con el pavimento de ladrillo entre los restos del basamento de la Gran Muralla.

Son las diez menos diez cuando, rendidos de cansancio y extenuados por el calor sufrido, llegamos de nuevo á la estación.

Mi primer cuidado es buscar con la vista el vagón de los millones. Está en el mismo sitio, el penúltimo del tren, y sigue vigilado por la guardia china.

El despacho de contestación que el gobernador esperaba, ha llegado: la orden es que se expida el vagón á Pekín, donde será entregado en manos del ministro de Hacienda.

¿Dónde estará el Sr. Faruskiar? No le veo. ¿Habrà huído de nuestra compañía?

¡Ah! Ya le divisó en una plataforma; los mogoles han vuelto á subir á su departamento.

Fulk Ephrinell debe haber ido por allí á hacer el artizulo, y su mujer habrá ido por otro lado á comprar el pelo á los chinos; cada cual á su negocio. Ya vuelven, y se van á ocupar sus consabidos sitios, como si no se conociesen.

Los demás viajeros son chinos: unos han tomado billete hasta Pekín, otros se quedarán en Si-Ngan, Ho-Nan, Lon-Ngan y Tai-Youan. El tren llevará unos cien viajeros. Todos mis números están en sus puestos. ¡Los trece!... ¡Siempre trece!

A la señal de partir estamos en la plataforma cuando Caterna pregunta á su mujer qué ha encontrado más curioso en Lan-Tcheou.

—Lo más curioso, Adolfo, eran aquellas jaulas grandes, colgadas de las paredes y de los árboles, que tenían unos pájaros tan raros...

—¡Y tan raros, señora! interrumpe Pan-Chao. ¡Como que eran pájaros que hablaban!

—¿Papagayos?

—No, señora; cabezas de criminales...

—¡Qué horror! exclama la actriz haciendo un gesto de disgusto.

—¿Qué quieres, Carolina? responde sentenciosamente Caterna: es la moda del país

XI

Desde Lan-Tcheou sigue el ferrocarril por un terreno perfectamente cultivado, cruzado por abundantes riegos y tan quebrantado, que el tren tiene que ir bordeándole con frecuentes rodeos. Mucho ha sido el trabajo que han tenido que desplegar los ingenieros en puentes y viaductos fabricados con maderas de dudosa solidez; y no es muy tranquilizador para el viajero sentir cómo rechinan los tablones al peso del tren. Bien es verdad que estamos en el Imperio chino: ¿qué suponen unos cuantos miles de víctimas de una catástrofe ferroviaria en una población de cuatrocientos millones de habitantes?...

Además, según dice Pan-Chao, el Hijo del Cielo jamás viaja en ferrocarril.

¡Vamos!... ¡tanto mejor!

A las seis llegamos á King-Tcheou, después de haber seguido durante parte del trayecto los caprichosos contornos de la Gran Muralla. De esta inmensa frontera artificial, alzada entre Mongolia y China, quedan sus basamentos de granito y cuarzo rojo, la terraza de ladrillos con sus parapetos desiguales, algunos viejos cañones comidos de moho y ocultos bajo espesa capa de líquenes, torres cuadradas de melladas almenas. La interminable fortaleza ya sube, ya descende, ya ondula, siguiendo las depresiones del terreno, hasta perderse de vista en el lejano horizonte.

Media hora de parada en King-Tcheou, de cuya población apenas ha podido ver algunas altas pagodas; á las diez, Si-Ngan, cuarenta y cinco minutos; de ésta ni siquiera he visto la silueta.

Hemos invertido toda la noche en recorrer los trescientos kilómetros que separan á Si-Ngan de Ho-Nan, donde hemos hecho alto de una hora.

Sin gran trabajo se hubieran creído los londoneses en su propia capital al

llegar á Ho-Nan. ¿Se lo habrá figurado mistress Ephrinell? Y no digo esto porque haya aquí otro Strand, con su febril movimiento de gente y vehículos, ni otro Támesis con su no menos prodigioso movimiento de gabarras y vapores; no. Es que nos rodea una niebla tan británica, que al través de ella no se ven ni viviendas, ni pagodas, ni cosa alguna.

Ha durado la niebla todo el día, lo que ha dificultado en gran manera la marcha del tren. Estos maquinistas chinos son, en verdad, muy entendidos y atentos, y pudieran servir de ejemplo á sus colegas de Occidente.

¡Mil crónicas! La suerte no nos ha sido propicia en el último día de viaje antes de la llegada á Tien-Tsin. ¡Qué de original perdido! ¡Qué de correspondencias anonadadas en medio de estos insosportables vapores!... Nada he visto del hermoso paisaje por el que circula el Gran Transasiático; nada tampoco del valle de Lou-Ngan. Hemos llegado á este punto á las once, y en los doscientos treinta kilómetros que hemos atravesado, siempre las mismas volutas de esa especie de vaho amarillento, digno de este país amarillo. A las diez de la noche hemos hecho alto en Tai-Youan.

Día perdido. Felizmente la bruma se ha dispersado á las primeras horas de la noche: ¡á buena hora, con una noche tan oscura!

Voy á la cantina de la estación, donde compro algunos pasteles y una botella de vino, con intención de hacer otra visita, la última, á Kinko. Brindaremos juntos á su salud y á su próximo casamiento con la linda rumana. ¡Si el Gran Transasiático supiera que viaja defraudando á la Compañía!... Pero no lo sabrá.

Durante esta parada, el Sr. Faruskiar y Ghangir paséanse por el andén. No es el vagón del tesoro lo que parece atraer su atención, sino el vagón de cabeza, al que miran con insistencia... ¿Sospecharán de Kinko? No; tal hipótesis es inadmisibile. Lo que miran con más curiosidad es al maquinista y al fogonero, dos buenos chinos que acaban de entrar de servicio; y acaso no es muy del agrado del Sr. Faruskiar el que esté confiada á estos hombres la conducción

del tesoro y la vida de una centena de viajeros.

Suena la hora de marchar, que es á la media noche; la máquina arranca, lanzando violentos silbidos.

Ya lo he dicho: la noche es muy negra, sin luna y sin estrellas; las nubes corren por las bajas zonas de la atmósfera. Fácil me será entrar en el furgón sin ser visto. Después de todo, no han sido muchas mis visitas á Kinko durante estos doce días de viaje.

Me encuentro á Popof, que me dice:

—¿No se va usted á dormir, Sr. Bombarnac?

—No tardaré. Después de este día brumoso, que nos ha hecho permanecer encerrados en los vagones, tengo necesidad de respirar un poco el aire. ¿Dónde parará el tren?

—En Fuen-Choo, cuando pase el puente donde empalma la línea de Nanking.

—Buenas noches, Popof.

—Buenas noches.

Me quedo solo. Con ánimo de pasearme me dirijo hacia la cola del tren y me detengo un instante en la plataforma anterior al vagón del tesoro.

Todos los viajeros, excepto la guardia china, duermen el último sueño, es decir, el último sueño en el ferrocarril del Gran Transasiático. Vuelvo hacia la cabeza del tren. Me aproximo á la garita donde Popof parece estar profundamente dormido.

Abro la puerta del furgón. La vuelvo á cerrar, y me hago presente á Kinko. Córrese la tapa del cajón; la lamparilla nos alumbra. Kinko me da las gracias por los pasteles y el vino que le llevo, y que nos bebemos á la salud de Zínca, á la que conoceré mañana.

Son las doce y cincuenta de la madrugada. Dentro de diez minutos, según me ha dicho Popof, habremos pasado el sitio de donde parte el ramal de la línea de Nanking. Dicho ramal, establecido solamente en una longitud de cinco ó seis kilómetros, conduce al viaducto del valle de Tjou.

Según las indicaciones de Pan-Chao, será una gran obra este viaducto, del que los ingenieros no han edificado más que las pilastras de cien pies de altura. En dicho punto de bifurcación hállase la

aguja que permitirá dirigir los trenes á la línea de Nanking; pero dicho trabajo no se terminará antes de tres ó cuatro meses.

Como sé que en Fuen-Choo debemos hacer alto, me despido de Kinko con un buen apretón de manos y me levanto para salir... En aquel momento me parece que oigo andar en la plataforma detrás del furgón y á media voz le digo á Kinko:

—¡Cuidado, Kinko!...

Apágase la lamparilla, y los dos quedamos inmóviles.

No me engañaba... Alguien trata de abrir la puerta del furgón.

—La tapa, digo á Kinko.

Córrese la tapa... Estoy solo en medio de la oscuridad. No puede ser otro que Popof el que va á entrar... ¿Qué pensará de mí si me encuentra aquí?

La otra vez me oculté entre los bultos... Ahora voy á hacer lo mismo; y detrás de las cajas de Fulk Ephrinell no es probable que Popof pueda verme, ni aun á la luz de su linterna.

Hecho esto, observo...

¡Ah!... No es Popof, porque no trae la linterna. Trato de reconocer á las personas que acaban de entrar... Es difícil... No han hecho más que deslizarse por entre los bultos y después de abrir la puerta anterior del furgón, la han vuelto á cerrar tras ellos...

No cabe duda; son viajeros... Pero ¿en este sitio... y á esta hora?...

Es preciso saberlo... Tengo el presentimiento de que se maquina algo...

Acaso escuchando...

Me aproximo á la pared anterior del furgón, y, no obstante el ruido del tren, oigo muy claramente... ¡Diez mil millones de demonios! No me engaño. Es la voz del Sr. Faruskiar... Y habla en ruso con Ghangir... Sí, sí, es él... Los cuatro mogoles le acompañan. Pero ¿qué hacen ahí? ¿Por qué motivo se han puesto en la plataforma posterior del ténder? ¿Qué es lo que hacen? ¿Qué dicen? Helo aquí... No he perdido una palabra de estas preguntas y respuestas cambiadas entre el señor Faruskiar y sus compañeros.

—¿Cuándo llegamos al empalme?

—Dentro de pocos minutos.

—¿Kardek estará en la aguja?

—Sí, eso es lo convenido.

¿Y que es lo convenido? ¿Y quien puede ser ese Kardek de quien hablan? La conversación continúa:

—Hay que esperar la señal, dice Faruskiar.

—¿No es una luz verde? pregunta Ghangir.

—Sí, lo que indicará que la aguja está puesta.

¿Será esto un sueño? ¡La aguja puesta!... ¿Qué aguja?... Transcurren unos segundos... ¿No convendría avisar á Popof?... Sí... Es preciso. Y ya me dirigía hacia la trasera del furgon, cuando me detiene una exclamación...

—¡La señal! ¡La señal! exclama Ghangir.

—Ahora el tren ya está sobre la línea de Nanking, añade el Sr. Faruskiar.

¡En la línea de Nanking!... ¿Estamos pues, perdidos? A cinco kilómetros de aquí se encuentra el viaducto de Tjou, aún en construcción. ¿De manera que el tren corre al abismo?

Decididamente las sospechas que el Mayor tenía respecto al Sr. Faruskiar eran justas... Comprendo el proyecto de estos miserables... El administrador del Gran Transasiático es un malhechor de la peor especie. No ha aceptado los ofrecimientos de la Compañía sino para esperar la ocasión de preparar un buen golpe, y la ocasión se ha presentado con los millones del Hijo del Cielo... ¡Sí! Ahora comprendo tan abominable maquinación. Si Faruskiar ha defendido el tesoro imperial contra Ki-Tsang, no ha sido más que para arrancársele al capitán de ladrones, que al atacar el tren desbarataba los criminales propósitos del mogol. He aquí por qué se ha batido tan bravamente; he aquí por qué arriesgó su vida y se portó como un héroe; y tú, ¡pobre tonto de Claudio, que te has dejado cazar! Otra equivocación... Vamos, será preciso tener más cuidado.

Ante todo, lo importante es impedir que ese bribón realice su obra, y salvar el tren, que corre á gran velocidad hacia el viaducto; preciso es salvar á los viajeros, que corren á una espantosa catástrofe... El tesoro codiciado por Faruskiar y sus cómplices, me tiene sin



—¡La señal! ¡La señal! exclama Ghangir.

cuidado en absoluto... Pero ¿y los viajeros?... ¿Y yo? Esto es ya otra cosa...

Quiero ir junto á Popof... ¡Imposible!... Me parece que mis pies están clavados en el suelo del furgón... Siento que mi razón se escapa...

¿Pero es que rodamos al abismo? No... Yo estaba loco... ¿Iban á perecer con nosotros Faruskiar y sus cómplices?... En este momento oyense gritos en la parte de delante del tren... Gritos de agonía sin duda... El maquinista y el fogonero acaban de ser degollados, y siento que la velocidad del tren disminuye...

Comprendo: uno de esos miserables sabe manejar la locomotora, y disminuyendo la velocidad del tren, podrá escapar antes de la catástrofe...

Consigo, por fin, vencer la inercia... Vacilando como un borracho, apenas si tengo fuerzas para llegar hasta el cajón de Kinko... Dígole en breves palabras lo que pasa, y añado:

—¡Estamos perdidos!...

—Acaso no..., me responde.

Antes de que yo haga un movimiento, Kinko salta del cajón. Se precipita hacia la puerta del furgón... Abalánzase sobre el ténder repitiéndome:

—¡Venga usted!... ¡Venga usted!...

Yo no sé cómo es aquéllo, pero en un instante me encuentro junto á él en la plataforma de la locomotora... Nuestros pies chapotean en la sangre del fogoneero y del maquinista, que han sido arrojados á la vía...

Ni Faruskiar ni sus cómplices están allí... Mas uno de ellos, antes de huir, ha desenganchado los frenos, ha abierto las válvulas, y bien cargada de combustible la caldera, marcha el tren con una velocidad vertiginosa...

Unos minutos más, y llegará al viaducto de Tjou...

Kinko, enérgico y resuelto, no ha perdido su sangre fría... En vano trata de manejar la palanca, de dar contravapor y de apretar los frenos... No sabe cómo hacerlos funcionar,

—¡Hay que avisar á Popof!... exclamé yo.

—¿Y qué va á hacer?... Sólo hay un medio...

—¿Cuál?

—Activar el fuego, responde Kinko con calma; cerrar las válvulas, y hacer que la locomotora estalle...

Este es el único medio... medio desesperado de detener al tren antes que llegue al viaducto... Kinko ha llenado el horno de enormes paletadas de carbón. Prodúcese un tiro excesivo, que abrasa masas de aire al través del horno... La presión sube. Escapa el vapor por las válvulas y juntas con estridentes silbidos. Ronquidos de la caldera... Espantosos aullidos de la máquina. La velocidad se acelera, y debe de pasar de cien kilómetros...

—¡Vaya usted! me dice Kinko: que todo el mundo se refugie en la cola del tren.

—Pero.. ¿y usted, Kinko?

—Le digo á usted que vaya.

Y le veo echarse con todo su peso sobre las tapaderas de las válvulas.

—Pero... ¡vaya usted! repite.

Atravieso el ténder y el furgón... Gritando con todas mis fuerzas, despierto á Popof.

—¡Arriba! ¡Todo el mundo arriba!

Algunos viajeros, despertados bruscamente, se apresuran á abandonar los primeros vagones...

De repente suena una formidable explosión, á la que sigue una sacudida violenta... El tren experimenta al principio un movimiento de retroceso; después, efecto de la velocidad adquirida, continúa rodando como medio kilómetro...

Al fin se detiene.

Popof, el Mayor, Caterna, la mayor parte de los viajeros, saltan á la vía...

Un montón de materiales aparece confusamente en medio de la oscuridad, y en lo alto de las pilastras del viaducto del valle Tjou.

Doscientos pasos más, y el tren del Gran Transasiático se hubiera precipitado en el abismo.

XII

¡Y yo que pedía elementos de crónica! ¡Yo que temía el aburrimiento de un viaje monótono burgués de seis mil kilómetros, al cabo del cual no hubiese encontrado emociones dignas de revestir la forma tipográfica! He cometido una simpleza más, y bien grande. Ese señor Faruskiar, al que, según telegrama, he hecho un héroe para los lectores de *El Siglo XX*... Decididamente, con mis buenas intenciones merecía estar en el limbo...

Estamos, ya lo he dicho, á doscientos pasos del valle Tjou, ancha depresión que ha exigido la construcción de un viaducto de trescientos cincuenta á cuatrocientos pies de longitud. La rocosa vertiente de aquel valle tiene una profundidad de cien pies. De caer el tren al fondo, ninguno lo hubiésemos podido contar. Esta horrible catástrofe, muy interesante sin duda desde el punto de vista del noticierismo, hubiera causado cien víctimas; pero gracias á la sangre fría y enérgica abnegación del joven rumano, hemos escapado de tan espantoso siniestro. ¡Ah!... Mas no todos, pues Kinko ha pagado con su vida la salvación de sus compañeros de viaje.

En medio de aquel maremágnum, mi primer cuidado ha sido visitar el furgón de equipajes, que ha quedado intacto. Evidentemente si Kinko hubiese escapado á la catástrofe, hubiera vuelto á su prisión, esperando que yo pudiese po-

nerme en comunicación con él. ¡La caja está vacía!... ¡Vacía, como la de una sociedad en quiebra!... ¡Kinko ha sido víctima de su sacrificio!...

¿De modo que había un héroe entre nuestros compañeros de viaje? ¿Y este héroe no era Faruskiar, el abominable bandido disfrazado de administrador, y cuyo nombre he arrojado yo á todo el mundo? ¿Tra este rumano, este humilde alemán, este pobre novio, al que su novia esperará en vano? ¡Nunca le volverá á ver!... Pues bien. Yo sabré hacerle justicia... Diré lo que ha hecho. No guardaré su secreto, porque si ha defraudado á la Compañía, gracias á este fraude se han salvado todos los viajeros. Estábamos perdidos; hubiéramos sufrido la más espantosa de las muertes, de no estar allí Kinko...

Vuelvo á bajar á la vía con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas...

Ciertamente el golpe de mano de Faruskiar, ya preparado de antemano por su rival Ki-Tsang, estaba hábilmente combinado, utilizando el ramal de seis kilómetros que conduce al viaducto en construcción. Nada más fácil que llevar el tren por allí si un cómplice hacía los oficios de guardaaguja, dirigiendo al tren por la vía de Nanking. Después, desde que la señal indicó que tal maniobra había sido hecha, no quedaba más que correr á la plataforma de la locomotora, asesinar al maquinista y al fogonero, y huir aprovechando la lentitud de la marcha y dejando la máquina bien caldeada para que tomase pronto toda su velocidad. Y ahora es indudable que esos canallas, dignos de los tormentos más refinados de la justicia china, se dirigen á toda prisa hacia el valle Tjou. Allí, entre los restos del tren, esperan encontrar los quince millones en oro y piedras preciosas, y favorecidos por la oscuridad, podrán llevarse el tesoro, consumando de este modo su espantoso crimen.

Pues bien: no sólo no conseguirán su propósito, sino que su crimen les costará la cabeza, y será poco. Kinko y yo sabemos lo que ha pasado; y yo lo diré, ya que Kinko no puede decirlo...

¡Sí; mi resolución está tomada... Lo diré todo... después de haber visto á

Zinca... Conviene que se prepare á la pobre joven para este golpe... No quiero que la noticia escueta la hiera como un rayo... Sí. Mañana, en cuanto lleguemos á Pekin...

Después de todo, si atendiendo á esta razón no debo aún dar publicidad á lo que concierne á Kinko, puedo, por lo menos, denunciar á Faruskiar, Ghangir y los cuatro mogoles, sus cómplices... Puedo decir que los he visto atravesar el furgón, que los he seguido, que he oído lo que hablaban en la plataforma, que he oído los gritos de los infelices asesinados; que yo entonces he vuelto hacia los vagones gritando: «¡Atrás! ¡Todo el mundo atrás!»

Pero hay más; porque como pronto va á verse, otro, cuyas sospechas justas se han cambiado en certeza, sólo espera una ocasión para denunciar á Faruskiar.

En este momento estamos todos en grupo á la cabeza del tren; unos veinte viajeros, entre ellos el Mayor Noltitz, el barón alemán, el Sr. Caterna, Fulk Ephrinell, Pan-Chao y Popof.

No hay que decir que la guardia china, fiel á su consigna, ha quedado junto al vagón del tesoro, que ninguno de ellos se atrevería á abandonar. El empleado del último furgón acaba de traer los faroles de cola, y á su potente luz puede verse en qué estado se encuentra la locomotora.

Si el tren no se ha detenido bruscamente, lo que, dada la velocidad que llevaba, hubiese producido la destrucción total, débese á que la explosión se ha producido en la parte superior y lateral de la caldera. Como las ruedas han resistido, la locomotora ha continuado corriendo lo suficiente para que la velocidad disminuyese paulatinamente. El tren, pues, se ha parado por sí mismo.

De la caldera y de sus accesorios, sólo quedan informes restos; ni chimenea, ni campana, ni caldera, todo esto reventado; tubos rotos y torcidos...; todo un montón de tubos, cilindros y vías desarticuladas; huellas de aquel cadáver de hierro. También el tender ha quedado inservible; los depósitos de agua, desfondados; el cargamento de carbón esparcido por la vía. Lo verdaderamente mila-



Y le veo echarse sobre las tapaderas de las válvulas.

groso es que casi no haya sufrido daño el furgón de equipajes.

Y ante los terribles efectos de esta explosión, comprendo que no ha habido posibilidad de salvación para el joven rumano, que ha debido ser hecho pedazos, y así es que no es extraño que no haya encontrado rastro alguno de él en los cien metros de vía que he recorrido.

Al principio, todos contemplamos aquel desastre en silencio; después empiezan los comentarios:

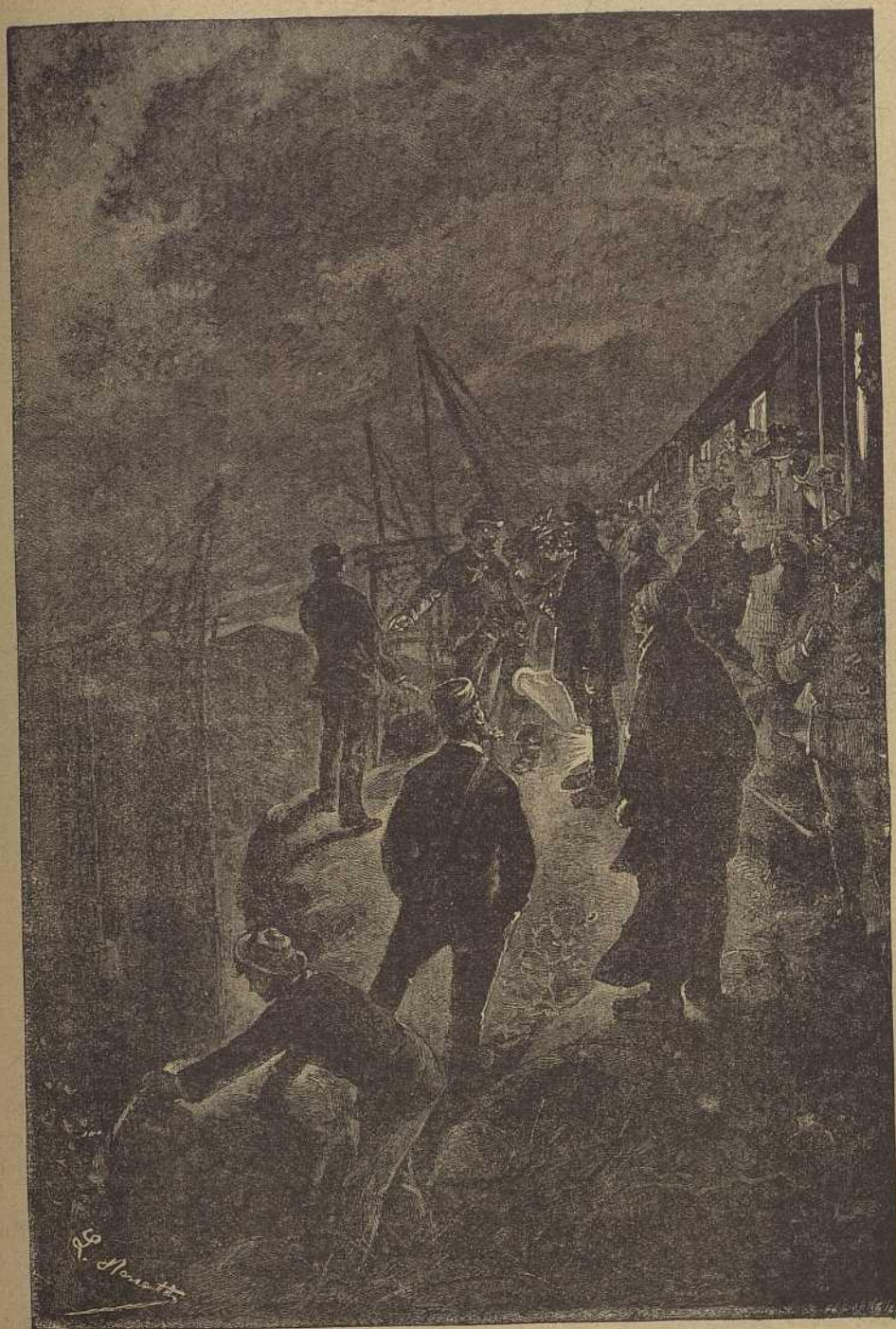
—Es muy cierto, dice uno de los viajeros, que nuestro maquinista y nuestro fogonero han perecido en la explosión.

—¡Infelices! responde Popof. Pero me pregunto: ¿cómo el tren ha podido ir por la vía Nanking, y cómo ellos no lo han notado?

—La noche es muy oscura, dice Fulk, y el maquinista no habrá podido ver que la aguja había sido cambiada.

—Es la única explicación posible, porque de lo contrario hubiesen tratado de detener el tren, y no de aumentar su velocidad, como lo han hecho.

—Pero, en fin, dijo Pan-Chao, ¿cómo se concibe que el enlace con Nanking estuviera libre, no estando acabado el viaducto de Tjou?



Un montón de materiales aparece confusamente en medio de la oscuridad.,,

La aguja, pues, ha sido movida.

—Esto está fuera de duda, responde Popof; y probablemente será debido á la negligencia...

—No, sino á mala intención, replica Fulk Ephrinell. Ha habido un delito, un delito premeditado para conseguir la destrucción del tren y la muerte de los pasajeros.

—¿Y con qué objeto? pregunta Popof.

—¡Con el objeto de robar el tesoro imperial! exclama Fulk Ephrinell. ¿Olvida usted acaso que esos millones son una tentación para los malhechores? ¿No ha sido para robar ese tesoro por lo que nuestro tren ha sido atacado entre Tchertchen y Tcharkalyk?

El americano no podía decir cosa más verdadera.

—De modo, dice Popof, que usted piensa que, después de la agresión de Ki-Tsang, otros bandidos...

Hasta entonces el Mayor Noltitz no había tomado parte en esta conversación... Mas he aquí que interrumpe á Popof y dice, levantando la voz para ser oído por todos:

—¿Dónde está el Sr. Faruskiar?

Todos se vuelven para buscar al administrador de la Compañía.

—¿Dónde está su compañero Ghangir? añade el Mayor.

Nadie responde.

—¿Dónde están los cuatro mogoles que ocupaban el último vagón? vuelve á preguntar Noltitz.

Ninguno de ellos está presente.

Se llama al Sr. Faruskiar por segunda vez.

El Sr. Faruskiar no acude al llamamiento.

Popof penetra en el vagón donde habitualmente estaba este personaje.

El vagón está vacío.

¿Vacío?... No. Sir Francis Trevellyan está tranquilamente sentado en su sitio, extraño por completo á lo que pasa. ¿Acaso puede importarle al *gentleman*? ¿No está él siempre diciendo que estos ferrocarriles ruso-chinos son el colmo del abandono y del desorden?

¡Una aguja movida no se sabe por quién! ¡Un tren que toma una falsa vía! ¡Qué Administración tan ridícula como moscovita!

—Pues bien, dice entonces el Mayor Noltitz; el bandido que ha lanzado el tren sobre la vía Nanking, el que ha querido precipitarle al fondo del valle de Tjou, para apoderarse del tesoro imperial, es Faruskiar.

—¡Faruskiar! exclaman los viajeros.

Y la mayor parte rehusa prestar fe á la acusación formulada por el Mayor Noltitz.

—¡Cómo! dice Popof: ¿cómo ha de ser ese administrador de la Compañía que tan valientemente se condujo durante el ataque de los bandidos, y que dió muerte por su mano á Ki-Tsang, el jefe de aquellos!...

Entonces me decido á hablar.

—El Mayor no se engaña, digo... Este buen golpe ha sido preparado por Faruskiar.

Y en medio de la estupefacción general, cuento todo lo que sé, todo lo que la casualidad me ha hecho conocer. Digo cómo he sorprendido el plan de Faruskiar y de los dos mogoles, cuando ya era tarde para impedir su ejecución, aunque no hablo nada de lo que concierne á la intervención de Kinko. Cuando llegue el momento sabré hacerle justicia.

A mis palabras sucede un coro de maldiciones y amenazas. ¡Cómo! ¡Ese señor Faruskiar! ¡Ese altivo mogol! ¡Ese funcionario que tanto nos ayudó!... ¡No!... ¡Imposible!

Pero es preciso rendirse á la evidencia... ¡Yo lo he visto! ¡Yo lo he oído!... Y yo afirmo que Faruskiar es el autor de esta catástrofe, en la que debía perecer todo nuestro tren; que él es el bandido más miserable de cuantos ha habido en el Asia Central.

—Ya lo ve usted, Sr. Bombarnac: mis primeras sospechas no me habían engañado, me dice aparte el Mayor Noltitz.

—Eran demasiado verdaderas, he respondido, y convengo, sin falsa vergüenza, en que me he dejado engañar por el aspecto de ese abominable canalla.

—Sr. D. Claudio, añade Caterna, que acaba de reunirse con nosotros, haga usted una novela de este caso, y verá cómo se la considera inverosímil.

El Sr. Caterna tiene razón; pero por inverosímil que ello sea, ha sucedido. Además, para todos, excepto para mí

que estoy en el secreto de Kinko, hay que considerar como un milagro el que la locomotora haya sido detenida al borde del abismo, por aquella explosión providencial.

Ahora que todo peligro ha desaparecido, se trata de tomar inmediatamente las medidas necesarias á fin de llevar los vagones del tren á la línea de Pekín.

—Lo más sencillo, dice Popof, es que alguno de nosotros ayude.

—Cuenta usted conmigo, exclama el Sr. Caterna.

—¿Qué es preciso hacer? he añadido.

—Ir á la estación más próxima, responde Popof, la de Fuen-Choo, y desde allí telegrafiar á la estación de Tai-Youan á fin de que envíen una locomotora de socorro.

—¿A qué distancia está esa estación de Fuen-Choo? pregunta Fulk Ephrinell.

—A unos seis kilómetros del empalme de Nanking, responde Popof, y la estación de Fuen-Choo, á cinco kilómetros de allí.

—Once kilómetros, dice el Mayor, para unos buenos andarines, es asunto de hora y media. Antes de tres horas la máquina expedida de Tai-Youan puede unirse al tren detenido. Estoy presto á partir.

—También yo, dice Popof, y me parece conveniente que vayamos algunos más. ¿Quién sabe si nos encontraremos en el camino á Faruskiar y á sus mo- goles?

—Tiene usted razón, Popof, responde el Mayor Noltitz; y además iremos bien armados.

Esto no es más que por prudencia, porque los bandidos, que se habrán dirigido hacia el viaducto de Tjou, no deben de estar lejos. Desde que vieran que su golpe ha fallado, se apresurarían á huir. Siendo solamente seis, no es de presumir que osaran atacar á cien viajeros, sin contar los soldados chinos que guardan el tesoro imperial.

Unos doce de nosotros, entre los que se encuentran Caterna, Pan-Chao y yo, nos ofrecemos á acompañar al Mayor Noltitz. Pero de común acuerdo aconsejamos á Popof que no abandone el tren, asegurándole que haremos lo necesario en Fuen-Choo.

Así, pues, armados de puñales y de revólvers, y á la una y media de la mañana, seguimos la vía que sube hacia la bifurcación de las dos líneas, caminando tan rápidamente como la oscuridad de la noche lo permitía.

En menos de dos horas llegamos á la estación de Fuen-Choo, sin haber tenido ningún mal encuentro. Evidentemente, Faruskiar se ha vuelto atrás. Será, pues, de cuenta de la policía china el apoderarse de este bandido y de sus cómplices. ¿Lo conseguirá? Lo espero, aunque sin creerlo demasiado.

En la estación, Pan-Chao se avista con el jefe, el que hace pedir por telégrafo que se envíe inmediatamente una locomotora de Tai-Youan al empalme de Nanking.

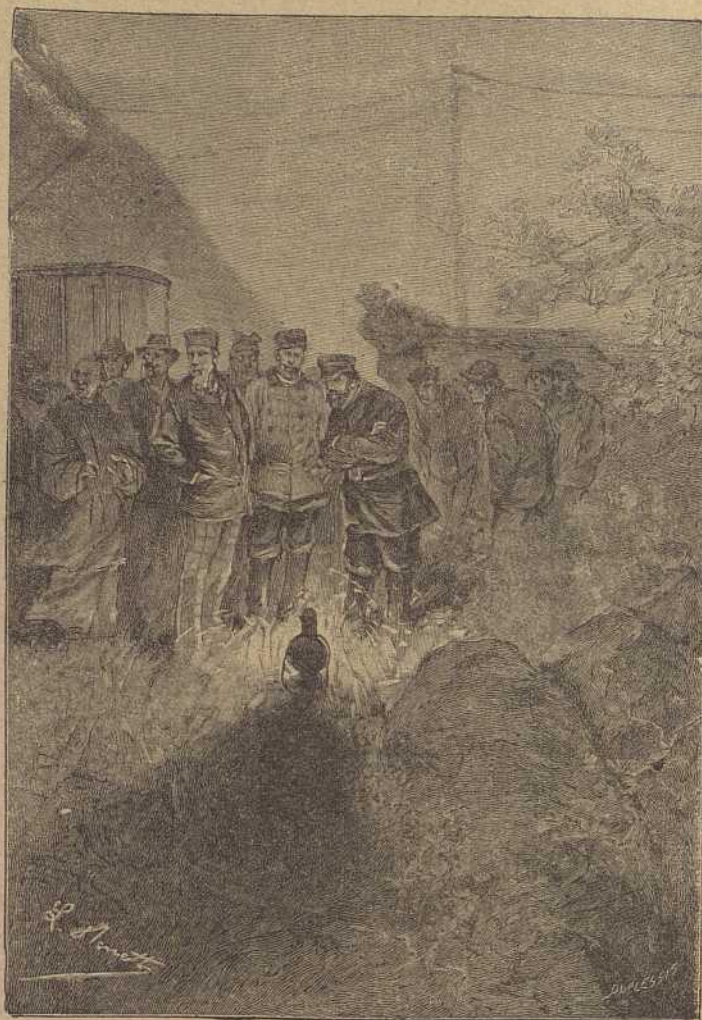
Son las tres, y el día comienza á aparecer; regresamos á la bifurcación á esperar la locomotora. Tres cuartos de hora después, lejanos silbidos la anuncian, y llega al fin al punto de enlace de las dos líneas. Una vez que estamos en el tén-der, la locomotora se pone en marcha, y media hora más tarde se ha enlazado al tren.

La luz del día permite ver claramente. Sin decir nada á nadie, me pongo á buscar el cuerpo de mi pobre amigo Kinko, y ni aun restos encuentro.

Como no es posible colocar la locomotora á la cabeza del tren, pues no existe en este lugar ni doble vía ni placa giratoria, se decide que marchará detrás, empujando el tren hasta la bifurcación, después de haber abandonado el tén-der y la máquina, que están inservibles. De aquí resultará que el furgón en el que está colocado el cajón vacío del infortunado rumano, irá á la cola de nuestro tren.

Parte éste, y media hora después llegamos á la aguja de la gran línea de Pekín.

Afortunadamente, no ha sido preciso volver á Tai-Youan, lo que nos ha evitado hora y media de retraso. Antes de pasar la aguja, la locomotora se ha puesto en dirección á Fuen-Choo; después los vagones han sido colocados uno á uno pasada la bifurcación, y el tren ha quedado en las condiciones normales. Desde las cinco corremos con la marcha regla-



—¿Dónde está el Sr. Faruskiar?

mentaría al través de la provincia de Petehili.

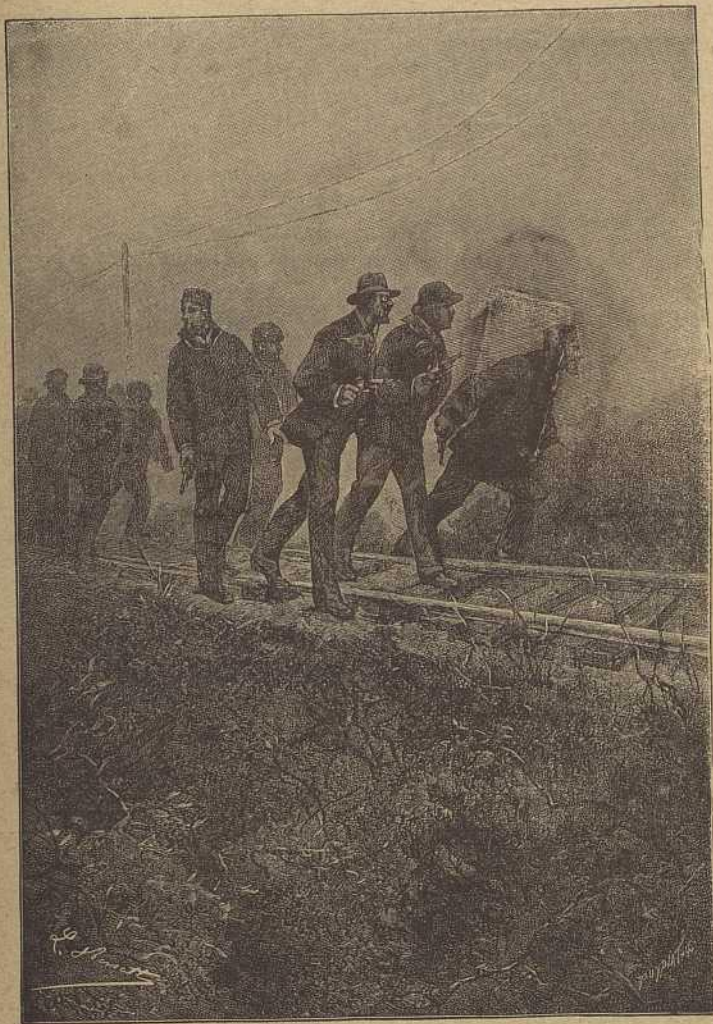
Nada tengo que decir acerca de esta última jornada de nuestro viaje, durante la que nuestro maquinista chino no ha intentado ganar el tiempo perdido. Pero si á nosotros nos importan poco unas horas de más ó de menos, no le sucede lo mismo al barón de Weisschnitzerdörfer, que debe tomar en Tien-Tsin el paquebot de Yokohama.

En efecto: cuando llegamos, á eso del medio día, hacia ya tres cuartos de hora que el paquebot había partido, y cuando aquel *andarin del globo*, alemán, rival

de Bly y de Bisland, se precipita al andén de la estación, recibe la noticia de que el dicho paquebot salía en aquel momento de la embocadura del Pei-Ho y llegaba á alta mar.

¡Infortunado viajero! Nadie se asombre, pues, de que, empleando el estilo del señor Caterna, nuestro tren sufra una andanada á estribor y babor de juramentos teutónicos del barón. ¡Y, francamente, tiene el derecho de echar pestes en su lengua natal!

Un cuarto de hora hemos permanecido en Tien-Tsin. Que me perdonen los lectores de *El Siglo XX* si no he podido visi-



Así, pues, armados de puñales y de revólvers.

tar esta ciudad de quinientos mil habitantes, la villa china y sus templos, el barrio europeo donde se concentra el movimiento comercial, los muelles de Pei-Ho, que cruzan barcos chinos. ¡Culpa es ésta de Faruskiar, y solamente por haber impedido mis funciones de corresponsal merece los suplicios del más cruel de los verdugos de la China!

Ningún incidente en las últimas etapas de nuestro viaje. ¡Lo que más me entristece es el pensamiento de que no voy con Kinko, de que la caja está vacía! ¡Y yo que me había comprometido á acompañarle á casa de la señorita Zinca

Klork!... ¿Cómo diré á esta desgraciada joven que su novio no ha llegado á la estación de Pekín?

En fin, todo tiene su término en este mundo, hasta un viaje de seis mil kilómetros por la línea del Gran Transasiático, y después de una marcha de trece días, nuestro tren se detiene á las puertas de la capital del Celeste Imperio.

XIII

—¡Pekín!... ¡Todo el mundo á tierra! grita Popof.

Y el señor Caterna, con un gracejo puramente parisién, responde:

—Vamos... ¡sí será broma!

Y todo el mundo baja.

Son las cuatro de la tarde.

Para gentes fatigadas por trescientas doce horas de viaje, no es éste el momento de ir á recorrer la población, es decir, las cuatro poblaciones encajonadas unas en otras. Por otra parte, como he de permanecer durante algunas semanas en esta capital, tengo tiempo sobrado para visitarla.

Lo esencial es hallar una fonda donde se encuentre un alojamiento pasable. Según los informes, hay lugar de creer que el Hotel de los Diez Mil Sueños, próximo á la estación, nos proporcionará un albergue en relación con nuestras costumbres occidentales.

Dejo para el siguiente día mi visita á la señorita Zinca Klork. Iré á su casa antes que la caja le haya sido enviada, y demasiado pronto, ¡pues que será para darle la noticia de la muerte de su novio!

El Mayor Noltitz se albergará en el mismo hotel que yo. No tengo, pues, que despedirme de él, como tampoco de los señores Caterna, que cuentan con permanecer aquí quince días antes de partir para Shangai. En cuanto á Pan-Chao y al doctor Tio-King, un carruaje les espera para conducirles al *yamen* habitado por la familia del joven chino. Mas nos volveremos á ver. Unos amigos no se separan con un simple adiós, y el apretón de manos que le doy al bajar del vagón, no será el último.

El señor y la señora Ephrinell muestran gran prisa por abandonar la estación, á fin de dedicarse á sus negocios, que les obligan á buscar alojamiento en el barrio del comercio de la ciudad china. Pero, al menos, no se irán sin recibir nuestra despedida. Así, pues, el Mayor y yo nos acercamos á esta amable pareja, y cambiamos los cumplidos propios del caso.

—¡Al fin, digo á Fulk Ephrinell, las cuarenta y dos cajas de la casa Strong-Bulbul and C.^o han llegado á buen puerto! Poco ha faltado para que la explosión de la locomotora haya roto vuestros dientes artificiales...

—Es verdad, señor Bombarnac, responde el americano; de buena se han escapado mis dientes. ¡Qué de aventuras

desde nuestra salida de Tiflis! Decididamente, este viaje ha sido menos monótono de lo que yo imaginaba.

—Y además, añade el Mayor;, que se ha casado usted en el camino... si no me engaño.

—*Wait a bit!* dice el yankee en un tono singular... Con permiso... Tenemos mucha prisa.

—No queremos deteneros, señor Ephrinell, he respondido; y tanto á mistress Ephrinell como á usted, les decimos: Si ustedes lo permiten, ¡hasta la vista!

—¡Hasta la vista! responde esta inglesa americanizada, más seca aún á la llegada que en la partida.

Después, volviéndose, añadió:

—Yo no puedo esperar, señor Ephrinell.

—Ni yo, mistress, responde el yankee.

¡Señor!... ¡Mistress!... ¡Vamos! ¡Ya no se llaman Fulk y Horacia!

Y entonces, sin que él la ofrezca el brazo, franquean la puerta de salida. Me parece que el corredor toma la derecha, mientras que la corredora toma la izquierda. Después de todo, así lo exige su negocio.

Queda mi número 8, sir Francis Trevellyand, el personaje mudo, que no ha dicho una sola palabra en esta comedia, quiero decir, durante todo el viaje. Desearía oír el metal de su voz, aunque no fuese más que un segundo.

¿Eh?... Si no me engaño, me parece que esa ocasión va á presentarse ahora mismo.

En efecto: el flemático *gentleman* está allí, paseando su mirada desdeñosa por los vagones. Acaba de sacar un cigarro de su petaca de piel amarilla. Mas cuando saca su caja de cerillas, nota que está vacía.

Precisamente tengo encendido mi cigarro, un excelente londres elegido, y le fumo con la beatífica satisfacción de un fumador, con el sentimiento de un hombre que no encontrará cosa parecida en toda la China.

Sir Francis Trevellyand ha visto lumbre en la punta de mi cigarro, y avanza hacia mí.

Pienso que me va á pedir fuego, ó *lumbre*, como dicen los ingleses, y espero el *some light* tradicional.

El *gentleman* se limita á tender su mano, y, maquinalmente, le presento mi cigarro.

Le coge con el pulgar y el índice, hace caer la blanca ceniza, y enciende el suyo; y pienso entonces que si no he oído el *some light*, voy á oír el *thank you, sir*.

Nada. Después de dar algunas chupadas á su cigarro, sir Francis Trevellyand arroja negligentemente el mío sobre el andén. Después, sin saludar, se aleja con paso medurado, y abandona la estación.

¡Cómo! ¿No le ha dicho usted nada? No. Quedo como un estúpido. No he tenido ni una palabra, ni un gesto. He quedado completamente estupefacto ante esta impolítica ultrabritánica, mientras el Mayor Noltitz no ha podido contener una franca carcajada.

¡Ah!... ¡Si vuelvo á encontrar á este *gentleman*! Pero nunca he vuelto á ver á sir Francis Trevellyand de Trevellyand-Hall Trevyllanshire!

Media hora después estamos instalados en el Hotel de los Diez Mil Sueños. Allí se nos sirve una comida confeccionada conforme á las reglas de la inverosímil cocina celeste. Terminada la comida, desde la segunda vigilia, para emplear el lenguaje chino, acostados en lechos demasiado estrechos y en cuartos poco confortables, nos dormimos, no con el sueño del justo, pero sí con el sueño de los derrengados, que es lo mismo.

No me despierto antes de las diez, y tal vez hubiese dormido toda la mañana, á no acordarme que tenía un deber que cumplir. ¡Y qué deber! Ir á la Avenida Cha-Coua, antes que la funesta caja haya sido remitida á su destinatario, la señorita Zinca Klork.

Me levanto, pues. ¡Ah! Si Kinko no hubiese sucumbido, yo volvería á la estación; hubiera asistido, como le había prometido, á la descarga del cajón; hubiera vigilado para que fuese acondicionado como era menester sobre el camión; le hubiera acompañado hasta la Avenida Cha-Coua; yo mismo hubiera ayudado á transportarle á la habitación de la señorita Zinca Klork. ¡Y qué doble explosión de alegría cuando el prometido saltase por la tapa para caer en los brazos de la linda rumana!

Pero no. Y aunque la caja llegará, llegará vacía: ¡vacía como un corazón del que toda la sangre ha escapado!

Salgo del Hotel de los Diez Mil Sueños hacia las once; llamo al conductor de uno de esos carruajes chinos, que parecen palanquines con ruedas; le doy las señas de la señorita Zinca Klork, y heme en camino.

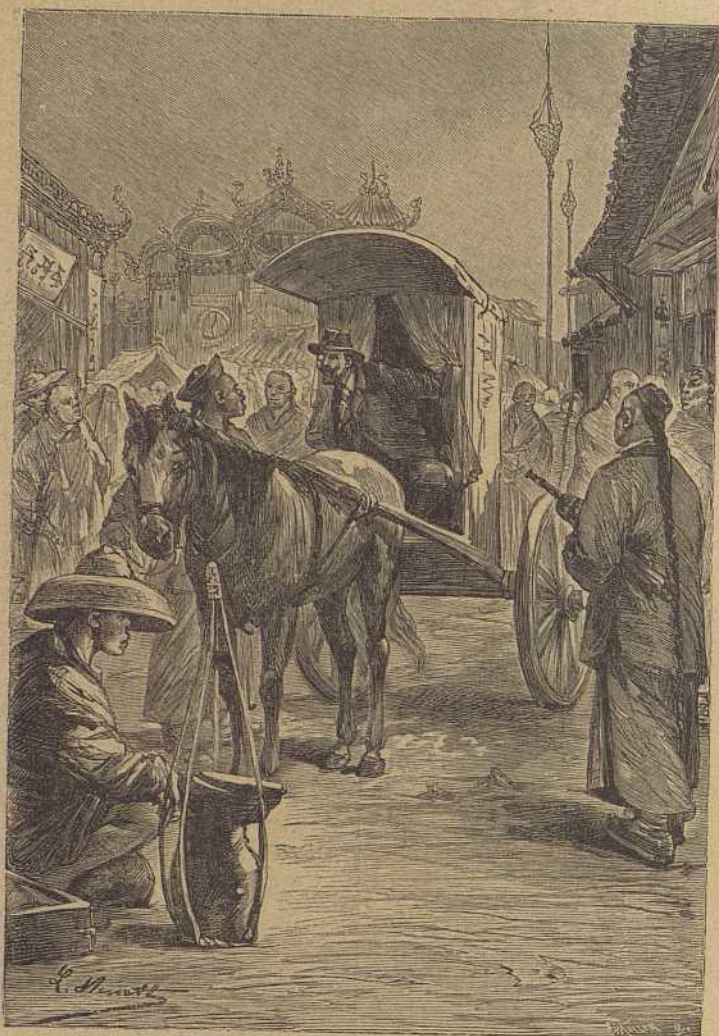
Ya se sabe que entre las dieciocho provincias de la China, la de Petchili ocupa la posición más septentrional. Formada de nueve departamentos, tiene por capital á Pekín, ó de otro modo, Chim Kin-Fo, nombre que significa «ciudad de primer orden que obedece al cielo.»

No sé si esta capital obedece realmente al cielo; pero sí sé que obedece á las leyes de la geometría rectilínea. Hay cuatro villas cuadradas ó rectangulares, unas en otras: la villa china, que contiene la villa tártara; la que contiene la villa amarilla ó Houng-Tching; la que contiene la villa Roja, ó Tsen-Kai-Tching, es decir, la villa prohibida.

En este recinto simétrico de seis leguas, hay más de dos millones de habitantes, tártaros ó chinos, llamados los germanos del Oriente, sin hablar de algunos millares de mogoles y de tibetanos.

Que hay un numeroso va y viene de pasajeros por las calles, lo conozco en los obstáculos que mi carruaje encuentra á cada paso; mercaderes ambulantes, carretas pesadamente cargadas, mandarinés con su brillante séquito. Y no hablo de esos abominables perros vagabundos, mitad chacales, mitad lobos, pelados, de mirada traidora, fauces amenazadoras, que no tienen más alimento que inmundos desperdicios, y que aborrecen á los extranjeros. Afortunadamente no voy á pie, y no tengo nada que hacer ni en la villa Roja, donde está prohibido penetrar, ni en la villa Amarilla, ni tampoco en la Tártara.

La villa China forma un paralelogramo rectangular, dividido de Norte á Sur por la Gran Avenida, yendo de la puerta Houng-Ting á la puerta Tien, y atravesado de Este á Oeste por la Avenida Cha-Coua, que va de la puerta de este nombre á la puerta Couan-Tsa. Con esta indicación nada más fácil que encontrar la morada de la señorita Zinca Klork,



Doy las señas de la señorita Zinca Klork, y héme en camino.

pero nada ménos cómodo que dirigirse á ella, teniendo en cuenta los obstáculos de las calles de este primer recinto. En fin, un poco antes del mediodía llego á mi destino. El carruaje se detiene delante de una casa de modesta apariencia, que está ocupada por artistas que trabajan en su casa, la mayor parte de los cuales son extranjeros, según indican los rótulos.

En el primer piso, cuyas ventanas dan á la Avenida, es donde vive la joven rumana, la que, no debe olvidarse, después de haber aprendido su oficio de modista en París, ha venido á ejercerlo en Pekin,

donde ya ha conseguido cierta clientela.

Subo á este primer piso. Leo en la puerta el nombre de la señorita Zinca Klork. Llamo. Me abren.

Héme en presencia de una joven verdaderamente encantadora, como decía Kinko. Es una rubia de veintidós á veintitrés años, con ojos negros de tipo rumano, cuerpo agradable y fisonomía graciosa y sonriente. En efecto: ¿no está Zinca informada de que el tren del Gran Transasiático está en la estación desde la víspera por la tarde, á pesar de las peripecias del viaje, y no espera á su prometido de un momento á otro?



Va á perder el conocimiento.

¡Y yo... con sola una palabra, voy á desterrar esta alegría, á hacer desaparecer esta sonrisa!

La señorita Zinka Klork queda muy sorprendida al ver á un extraño en el umbral de su puerta. Como ha vivido algunos años en Francia, no tarda en conocer que soy francés, y me pregunta qué es lo que la proporciona el placer de verme.

Es preciso que medite bien mis palabras, porque con mis revelaciones acaso podría causar hasta la muerte á la pobre joven.

—Señorita Zinka... dije.

—¡Sabe usted mi nombre! exclama.

—Sí, señorita. He llegado ayer en el tren del Gran Transasiático.

La joven palidece; sus ojos se turban. Es evidente que hay motivo para temer. Kinko ha sido sorprendido en el cajón... El fraude ha sido descubierto... El está preso...

Me apresuro á añadir:

—Señorita Zinka... ciertas circunstancias me han puesto al corriente... del viaje de un joven rumano...

—¡Kinko... mi pobre Kinko!... ¿se le ha descubierto? responde ella con voz temblorosa.

—No, no... digo yo balbuceando. Nadie sabe nada, á no ser yo... Yo le he visitado con frecuencia... en su furgón... por la noche... Hemos llegado á ser dos compañeros... dos amigos... Yo le llevaba algunas provisiones...

—¡Oh, gracias, caballero! dijo la señorita Zinka cogiéndome las manos. Con un francés, Kinko estaba seguro de no ser entregado, y hasta de recibir auxilio. ¡Gracias, gracias!

Cada vez me siento más espantado del encargo que tengo que cumplir con esta joven.

—¿Y nadie ha sospechado jamás la presencia de mi querido Kinko? me pregunta.

—Nadie.

—¡Qué quiere usted, caballero! No somos ricos. Kinko sin dinero allí... en Tiflis... y yo no tenía aún lo bastante para enviarle el precio del viaje... Pero, en fin, ya está aquí. El se procurará trabajo, pues es un buen obrero, y cuando podamos reembolsar á la Compañía...

—Sí... ya sé... ya sé.

—Además, que vamos á casarnos, caballero: ¡le quiero tanto y me paga tan bien! ¡Nos hemos conocido en París! ¡Estaba tan obligado por mí! Cuando él estaba de regreso en Tiflis, le he rogado tanto que viniese, que ha ideado encerrarse en una caja. ¡El pobre debía estar muy mal!

—Pero... señorita Zinka... pero...

—¡Ah!... Tendré mucho placer en pagar el porte de mi querido Kinko.

—Sí, pagar el porte...

—¿Tardará ya mucho?

—No... y á la tarde, sin duda...

No sabía ya qué responder.

—Caballero, me dice Zinka; Kinko y yo debemos casarnos, cumplidas las formalidades del caso... y si no es abusar de la amabilidad de usted, nos haría un gran honor asistiendo á la boda...

—¡A la boda de ustedes! Seguramente. Se lo he prometido á mi amigo Kinko... ¡Pobre joven! No puedo yo dejarla en semejante situación.

—Señorita Zinka, Kinko...

—¿Ha sido él quien le ha suplicado á usted venga á prevenirme de su llegada?...

—Sí, señorita. Pero comprenda us-

ted... Kinko está bastante fatigado... después de tan largo viaje...

—¡Fatigado!

—¡Oh! ¡No se asuste usted!

—¿Quizás está enfermo?

—Sí... un poco enfermo.

—Entonces... yo voy. Es preciso que le vea... Caballero, se lo suplico á usted, Acompañeme á la estación...

—No; eso sería una imprudencia, señorita Zinka... ¡Quédese usted aquí... quedese usted!

Zinka Klork me mira fijamente.

—¡La verdad, caballero, la verdad! No me oculte nada. Kinko...

—Sí... Tengo que comunicar á usted una triste nueva...

Zinka desfallece, sus labios tiemblan, apenas puede hablar.

—¡Ha sido descubierto! dice. ¡Es conocido el fraude! ¡Está preso!

—¡Pluguiera el cielo que así fuese, señorita!... Hemos tenido accidentes... en el camino... el tren ha estado á punto de perecer. Una espantosa catástrofe...

—¡Ha muerto!... ¡Kinko ha muerto!...

La desdichada Zinka cae sobre una silla, y para emplear la fraseología de los celestes, sus lágrimas corren como la lluvia en noche de otoño. ¡Jamás he visto nada tan lamentable! Pero es preciso no dejar en este estado á la pobre joven. Va á perder el conocimiento. No sé donde estoy... La cojo las manos... Repito:

—Señorita Zinka... señorita Zinka...

En este momento, delante de la casa, se produce un gran tumulto. Se oyen algunos gritos, acompañados de rumores de la multitud, y en medio de este tumulto una voz... ¡Gran Dios!... No me engaño!... ¡Es la voz de Kinko!... ¡La he reconocido!... ¿Estoy en mi juicio?...

Zinka, que se ha levantado, se precipita hacia la ventana, la abre... y los dos miramos.

Un camión se ha parado ante la puerta. El cajón con sus múltiples inscripciones de *alto, bajo, fragil, espejos, cuidado con la humedad*, está allí, medio roto: el camión acababa de chocar contra una carreta en el instante en que se descargaba la caja... Esta ha rodado por el suelo desfondada... y Kinko ha salido de allí como el monigote de una caja de

sorpesa... pero vivo... ¡bien vivo!

¡No puedo dar crédito á mis ojos!... ¡Cómo!... ¡Mi joven rumano no ha perecido en la explosión! No; como voy á saberlo pronto de su boca, habiendo sido arrojado sobre la vía en el instante en que la caldera estallaba, quedóse al principio inerte; después, viendo que estaba ileso, un verdadero milagro, se escondió hasta que pudo volver al furgón sin ser visto. Yo, que le había buscado inutilmente, no dudé un momento de que había sido la primera víctima de la catástrofe, y veáse ¡oh ironía de suerte! después de haber escapado de dos peligros, el ataque de los bandidos y la terrible explosión, he aquí que un accidente tonto, el choque de una carreta en medio de una calle de Pekín, echa por tierra todo lo ganado hasta entonces de su viaje... Fraudulento... sea; pero verdaderamente no encuentro palabras con que calificar la energía desplegada por el joven.

El conductor, al ver aquel sér vivo que salta de la caja, no puede contener sus gritos, y la multitud se amontona. Descúbrese el fraude. Llegan los agentes de la policía. ¿Y qué va á hacer aquel pobre hombre que no sabe una palabra del chino, y no puede, por tanto, expresarse más que por mímica? Así es que no le comprenden... ¿Ni qué explicación hubiese podido dar? Allí, junto á él, estábamos Zinca y yo.

—¡Zinca mía! ¡Querida Zinca! exclamó oprimiendo á la joven contra su corazón.

—¡Kinko mío! responde ella mezclando sus lágrimas con las del rumano.

—¡Señor Bombarnac! dice el pobre muchacho, cuya única esperanza está en mi intervención.

—Kinko, le he dicho; no se desconsuele usted. Cuente usted conmigo. Lo principal es que no haya usted muerto como creíamos.

—¡Ah!... ¡Más me hubiese valido! murmuró.

—¡Error! Todo es preferible á la muerte; todo, aun la amenaza de caer prisionero, y en una prisión china...

Y tal fué lo que sucedió, á pesar de las súplicas de la joven, á las que uní las mías, sin conseguir hacerme comprender, entretanto que Kinko era arrastra-

do por los agentes de la policía, entre las risas y aullidos de la multitud.

¡No, no le abandonaré!... Aunque tuviera que remover tierra y cielo no le abandonaré.

XIV

Nunca como en estas circunstancias puede emplearse con mayor propiedad la frase *naufregar en el puerto*; y habrá que permitirme que me sirva de ella: y sin embargo, de que un buque naufrague á la vista del puerto, no es preciso deducir que esté perdido. Convengo en que, en el supuesto de que sean ineficaces mis gestiones y las de mis compañeros de viaje, la libertad de Kinko estará comprometida; pero vive, y esto es lo esencial.

Lo importante es no perder un momento, porque si bien la policía china deja mucho que desear, por lo menos es pronta y expedita. Tan pronto cogido, tan pronto colgado; y ni en figura es posible que se cuelgue á Kinko.

Ofrezco el brazo á la señorita Zinca, la conduzco á mi carruaje, que rapidamente nos lleva al *Hotel de los Diez Mil Sueños*. Allí me encuentro al mayor Noltitz y á los señores Caterna, y para más dicha á Pan-Chao sin el doctor Tio-King aquella vez. El joven chino tendrá mucho gusto en ser nuestro intérprete cerca de las autoridades chinas.

Entonces, y en presencia de la desconsolada Zinca, comunico á mis compañeros todo lo relativo al rumano; en qué condiciones ha viajado y cómo le conocí en el camino. Les hago presente que si bien ha defraudado á la Compañía del ferrocarril del Gran Transasiático, gracias á este fraude pudo tomar el tren en Ouzoun-Ada, y si no le hubiese tomado, estaríamos actualmente en los abismos del valle Tjou...

Después detallo los hechos que yo sólo conozco: cómo yo sorprendí al bandido Faruskiar en el momento en que iba á consumir su crimen; y cómo Kinko, con peligro de su vida y sangre fría y valor sobrehumanos, cargando de combustible el hogar de la locomotora, echándose sobre las válvulas, consiguió detener el tren, haciendo estallar la maquina.



Y Kinko sale de allí...

¡Qué explosión de ¡oh! y ¡ah! exclamativos cuando he acabado mi relación! Caterna no puede contener un ímpetu de gratitud un tanto teatral, y grita:

—¡Hurra por Kinko! ¡merece una condecoración!

Mientras el Hijo del Cielo acuerda conceder á este héroe un dragón verde, la señora Caterna coge las manos de Zinca, la atrae á su pecho, la besa sin poder detener sus lágrimas, como si estuviese representando una escena. Aquello era el capítulo final de una novela de amores...

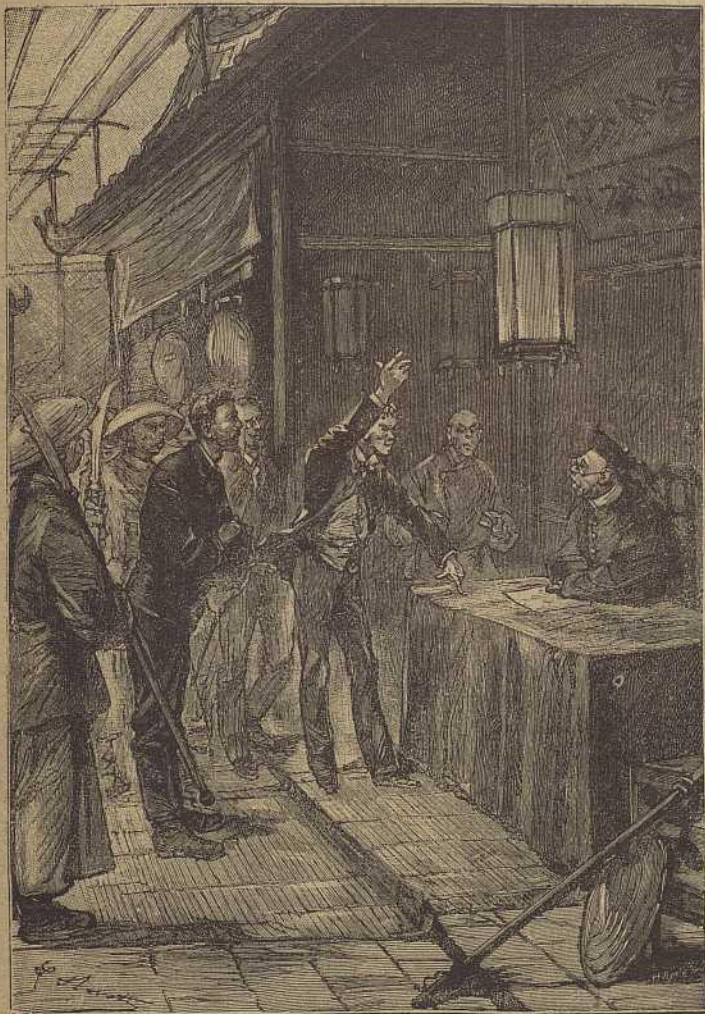
Pero vamos á lo más importante, y cómo grita el señor Caterna... ¡Todo el

mundo en escena para el quinto acto! Este quinto acto del obligado desenlace en los dramas.

—No podemos dejar condenar á ese bravo mozo, dice el Mayor Noltitz. Es preciso que vayamos á ver al director del Gran Transasiático, que en cuanto conozca los hechos, será el primero en interponer su influencia.

—Sin duda, he dicho, porque no se puede poner en duda que Kinko, al salvar el tren, ha salvado á todos los viajeros...

—Y el tesoro imperial, añade Caterna. Los millones de S. M...



Pan-Chao cobra nuevos ánimos...

—Nada más cierto, dice Pan-Chao. Pero, por desgracia, Kinko ha caído en manos de la policía... le han conducido á una prisión, y es muy difícil salir de una prisión china.

—Vamos, pues... Corramos á casa del director de la Compañía, he respondido.

—Vamos á ver, dice la señora Caterina: ¿no podríamos entre todos pagar el precio del billete del joven?

—Tal proposición te honra mucho, Carolina, exclama el actor llevándose la mano al pecho.

—Señores, dice Zinca con los ojos llenos de lágrimas. Salven ustedes á mi

novio. ¡Que no le condenen, por Dios!

—Sí... niña, sí, corazón mío, se le salvará; y si es preciso, hasta daremos una función en beneficio suyo, dice la señora Caterina.

—¡Bravo, Carolina, bravo! exclama su marido aplaudiendo con el vigor de un jefe de claqué.

Dejamos á la joven entregada á las caricias tan exageradas como sinceras de la excelente actriz. Esta no quiere abandonarla, declarando que la considera como á una hija y que la defenderá como una madre. Pan-Chao, el Mayor Noltitz, el señor Caterina y yo volvemos

á la estación, donde están las oficinas del director del Gran Transasiático.

El director está en su despacho, y á la petición de Pan-Chao se nos introduce junto á él.

Es un chino, en toda la acepción de la palabra, capaz de todas las *chinerías* administrativas. Un funcionario que *funciona*, creedlo, y que supera en esto á sus colegas de la vieja Europa.

Pan-Chao le refiere el asunto; y como el director comprende bastante bien el ruso, el Mayor y yo pudimos tomar parte en la discusión. ¡Sí! Porque la hubo... Aquel inverosímil chino no vacila en sostener que el caso de Kinko es de los más graves... ¡Un fraude efectuado en tales condiciones!... ¡En un trayecto de seis mil kilómetros!... ¡Una defraudación que perjudica á la Compañía y á sus accionistas en mil francos!

A este chino le respondemos que todo es verdad, pero que considerase cual no hubiese sido la pérdida si el defraudador no estuviera en el tren, puesto que, con riesgo de su vida, había salvado, no tan sólo el material, sino también la vida de los viajeros...

Pues bien: ¿creerán ustedes que este hombre, que parece un mono de porcelana, nos da á entender que desde cierto punto de vista mejor hubiese sido tener que lamentar la muerte de cien víctimas?

Sí... Conocemos el sistema; perezcan las colonias y todos los viajeros de un tren, antes que un príncipe.

En suma, que nada hemos podido obtener: la justicia seguirá su procedimiento contra Kinko el defraudador.

Al retirarnos, Caterna se despachó á su gusto vertiendo sobre aquel imbécil todo su vocabulario de marina y bastidores. ¿Qué hacer?

—Señores, dice Pan-Chao. Sé cómo pasan las cosas en Pekín y en el Celeste Imperio. Entre la detención de Kinko y su comparecencia ante el juez del distrito, encargado de conocer de estos delitos, no transcurrirán dos horas; y no solamente será condenado á prisión, sino también á la paliza.

—¡La paliza! ¿Como aquel idiota Zizel de *Si j'étais Roi*? exclama el actor.

—Precisamente, responde Pan-Chao.

—¡Hay que impedir esa ignominia! dice el Mayor Noltitz.

—Lo intentaremos, al menos, responde Pan-Chao. En mi opinión debemos comparecer ante el tribunal, donde intentaré defender al novio de la encantadora rumanana. Y que pierda yo la faz (1) si no le saco del trance con bien.

Indudablemente es el mejor partido que podemos adoptar. Salimos de la estación, tomamos por asalto un vehículo, y en veinte minutos llegamos ante la casuca donde funciona el tribunal del distrito.

Rápidamente ha circulado la noticia de que un hombre metido en un cajón ha hecho gratis el viaje de Tiflis á Pekín. La muchedumbre se agolpa. Todos quieren verle. No saben que se trata de un héroe.

Allí estaba nuestro valiente compañero, entre dos agentes amarillos como el membrillo. Aquellos dos hombres, que parecen dos perros, están dispuestos á la orden del juez, á volverse á llevar á la prisión á Kinko, y allí, en cumplimiento de la sentencia, á aplicarle algunas docenas de palos en las plantas de los pies, si es condenado á esta aflictiva pena.

Me asombra que un muchacho tan enérgico como Kinko se halle en este momento tan cariacontecido y triston; pero en cuanto nos ve, su cara se ilumina con un rayo de esperanza.

El conductor del camión, apoyado con el testimonio de los agentes, cuenta lo sucedido á un pobre hombre que usa anteojos y que mueve la cabeza con un aire poco tranquilizador para el acusado, el cual, por su parte, tan inocente como un recién nacido, no puede defenderse, puesto que no sabe una palabra de chino. En este momento comparece Pan-Chao.

Nuestro compañero es hijo de un rico comerciante de Pekín, acreditado proveedor de los depósitos de té de Toug-Tien y de Soung-Foug-Cao. Los movimientos de cabeza del juez se acentúan de una manera más simpática.

¡Oh qué ingenioso y conmovedor se muestra nuestro joven abogado! Cautiva al juez, conmueve al auditorio con la relación de aquel viaje cuyas peripecias

(1) Locución china que significa estar deshonrado

narra, y ofrece reembolsar á la Compañía lo que se la debe...

Desgraciadamente el juez no puede consentir en ello... Ha habido, no sólo un daño material, sino un daño moral...

Pan-Chao cobra nuevos ánimos, y por más que no comprendemos nada de su discurso, adivinamos que habla del valor de Kinko, del heroísmo desplegado en obsequio de los viajeros, y, en fin, como supremo argumento expone que su cliente ha salvado el tesoro imperial.

¡Inútil elocuencia! No hay argumentos de fuerza ante juez tan despiadado, que en el transcurso de su larga carrera no ha absuelto á diez acusados. Tiene la bondad de perdonar la paliza al delincuente, pero le condena á seis meses de prisión, á más de la indemnización de daños y perjuicios á la Compañía del Gran Transasiático. Después, á una señal de aquella máquina de condenar, se llevan al pobre Kinko.

No se apiaden los lectores de *El Siglo XX* de la suerte del rumano. Aunque con esto pierda yo cien líneas de crónica, prefiero decir desde luego que todo se ha arreglado.

Al siguiente día Kinko hace su entrada triunfal en la casa de la Avenida Chacoua, donde nos hallábamos todos, y donde la señora Caterna prodigaba sus maternales consuelos á la desgraciada Zinca Klork.

Los periódicos habían tomado por su cuenta aquel asunto; el *Chi-Bao*, de Pekín, y el *Chinese-Times*, de Tien-Tsin, habían solicitado la gracia de indulto para el joven rumano. Aquellas fervientes súplicas llegaron á los mismos pies del Hijo del Cielo, y hasta á los oídos imperiales. Por otra parte, Pan-Chao hizo llegar á Su Majestad una exposición relatando los incidentes del viaje é insistiendo sobre el argumento de que sin la abnegación de Kinko, el oro y las piedras preciosas del tesoro hubieran caído en poder de Faruskiar y su gente; y ¡vive Buhda! que esto vale otra cosa que seis meses de prisión.

Si, esto valía quince mil *taels*, es decir, más de cien mil francos, y en un rasgo de generosidad el Hijo del Cielo acababa de remitirselos, con el indulto, á Kinko.

Renuncio á describir la felicidad que la noticia, llevada por Kinko, causa á todos sus amigos, y en particular á la linda Zinca Klork. No hay lenguaje con que explicar estas cosas, aunque sea valiéndose de la lengua china, tan abundante en inverosímiles metáforas.

Los suscritores de *El Siglo XX* van á permitir ahora que dé las últimas noticias que tengo respecto á los compañeros de viaje, cuyos nombres han figurado en mi cartera de correspondal.

Números 1 y 2. Fulk Ephrinell y miss Horacia Bluett: no habiendo podido llegar á un arreglo sobre el tanto por ciento estipulado en su asociación matrimonial, se han divorciado tres días después de su llegada á Pekín. Es lo mismo que si su matrimonio no se hubiera celebrado, y la señora Ephrinell se ha quedado en señorita Bluett. ¡Quiera Dios que la seca inglesa pueda cosechar todas las cabelleras chinas, y el corredor pueda llenar todos los palacios del Celeste Imperio con sus dientes artificiales!

Número 3. El Mayor Noltitz. Se ocupa en las obras de un Hospicio que ha venido á fundar en Pekín, por cuenta del Gobierno ruso; y cuando ha llegado la hora de separarnos, ha comprendido que dejaba un verdadero amigo en estos lejanos países.

Números 4 y 5. Señores Caterna. Al cabo de tres semanas de permanencia en la capital del Celeste Imperio, el simpático actor y la encantadora actriz han partido para Sanghai, donde actualmente hacen las delicias de la colonia francesa.

Número 6. El barón Weiss-schnitzer-dörfer, cuyo apellido incommensurable escribo por última vez. No solamente este *andarin del globo* ha perdido el paquebot en Tien-Tsin, sino que un mes después ha perdido el de Yokohama; seis semanas después ha naufragado cerca del litoral de la Colombia Inglesa, y, por último, después de haber sufrido un descarrilamiento en la línea de San Francisco á New-York, ha dado la vuelta al mundo en ciento ochenta y siete días, en vez de treinta y nueve.

Números 9 y 10. Pan-Chao y el doctor Tio-King. ¿Qué os diré sino que Pan-Chao es siempre el parisién que conocéis, y que cuando viene á Francia co-

memos juntos en casa de Durand ó en casa de Marguery? En cuanto al doctor, no ha llegado á comer más que una yema de huevo por día, como su maestro Cornaro, el noble veneciano cuyo ejemplo espera seguir, viviendo hasta los ciento dos años.

Número 8, sir Francis Trevellyan, y número 12, Sr. Faruskiar. No he vuelto á ver al primero, que me debe una satisfacción por lo del cigarro, ni del otro he oído decir que le hayan colgado. Sin duda el ilustre bandido habrá presentado su dimisión de administrador del Gran Transasiático, y continuará su fructuosa carrera por las provincias mogólicas.

Por fin, Kinko, mi número 11. No necesito deciros que mi número 11 se ha casado con la señorita Zinca; que la boda se ha celebrado con gran fausto. Todos hemos asistido á ella, y si el Hijo del Cielo dotó espléndidamente á Kinko, la joven rumana ha recibido un magnífico regalo de los viajeros del tren salvados por su novio.

He aquí la fiel narración de este viaje: he puesto cuanto he podido de mi parte para llenar mis deberes de corresponsal, y quiera Dios que la dirección de *El Siglo XX* se declare satisfecha, no obstante las torpezas que se saben.

En cuanto á mí, os diré que después de permanecer tres semanas en Pekín, he vuelto á Francia por mar.

Réstame ahora hacer una confesión penosa para mi amor propio: al día siguiente de mi llegada á la capital del Celeste Imperio, he recibido un telegrama, de contestación al mío de Lan-Tcheou, y concebido en los siguientes términos:

«Claudio Bombarnac. Pekin, China.—Dirección SIGLO XX encarga su corresponsal Claudio Bombarnac presente cumplimientos y homenajes á heroico Faruskiar.»

Pero siempre he sostenido que tal despacho no llegó á su destinatario, lo que me ha ahorrado la enojosa respuesta.

BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA

OBRAS PUBLICADAS

	Ptas.		Ptas.
J. Claretie. —Los Millones; un tomo.....	2	J. Mary. —Premio y Castigo; un tomo....	2
A. Saullere. —La Pecadora; un tomo.....	2	C. Merouvel. —El Divorcio de la Condesa;	
J. Peyrebrune. —La señorita de Tremor;		un tomo.....	2
un tomo.....	2	C. Merouvel. —Teresa Valignat; un tomo.	2
A. Ghislanzoni. —Emilia Redenti (historia		C. Merouvel. —La Rosa de los mercados;	
de una prima donna).....	2	un tomo.....	2
J. Mary. —Un casamiento á viva fuerza;		C. Merouvel. —Corazón de oro; un tomo.	2
un tomo.....	2	M. Lara. —El señor de Pérez.....	2
J. Mary. —Yo te amo.....	2	C. Coello. —Cuentos inverosímiles; un	
J. Mary. —Los Amores en París; un tomo.	2	tomo.....	2
J. Mary. —El Beso; un tomo.....	2	P. Loti. —La novela de un niño; un tomo.	2
J. Mary. —Un Casamiento extraño; un		G. Maupassant. —Nuestro corazón; dos	
tomo.....	2	tomos; cada uno á.....	2
J. Mary. —La Charca de las Corzas; un		J. Ortega Munilla. —Panza-al-Trote;	
tomo.....	2	un tomo.....	2
J. Mary. —La prórroga; un tomo.....	2	J. Ortega Munilla. —Cleopatra Pérez;	
J. Mary. —Honor por honor; tomo.....	2	un tomo.....	2
J. Mary. —Roger Laroque; un tomo.....	2	J. Ortega Munilla. —Lúcio Téllez; un	
J. Mary. —Madre culpable; un tomo.....	2	tomo.....	2
J. Mary. —¡A pesar de todo!.....	2	P. Bourget. —Un corazón de mujer; un	
J. Mary. —El Secreto de Rouquín; un		tomo.....	2
tomo.....	2	O. Feuillet. —Novela de un joven pobre,	
J. Mary. —El Pasado; un tomo.....	2	un tomo.....	2
J. Mary. —El crimen de una madre; un			
tomo.....	2		

Teniendo en preparación otras obras, que anunciaremos oportunamente.

COLECCIÓN JUBERA

TOMOS PUBLICADOS

Roberto Helmont (Diario de un solitario), por **A. Daudet**. Un volumen con más de 110 grabados y 16 cromotipias; 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

Treinta años de París á través de mi vida y de mis libros, por **A. Daudet**, con 118 fotografados; 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

Recuerdos de un hombre de letras, por **A. Daudet**, con 98 grabados; 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

La lucha por la existencia, por **A. Daudet**. Un volumen con 12 grabados y 8 heliotipias; 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

Mujeres de artistas, por **A. Daudet**. Un tomo con 100 fotografados; 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

Uranía, por **C. Flammarion**. Un tomo con 91 grabados; 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.

La Bella Nivernesa, por **A. Daudet**. Un tomo con 158 grabados; 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

Sor Filomena, por **Edmundo y Julio de Goncourt**. Un tomo con más de 90 fotografados; 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

Tartarin de Tarascon, por **A. Daudet**. Un tomo con 110 fotografados; 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

Los hermanos Zemganno, por **E. de Goncourt**. Un tomo con 70 fotografados; 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

De mi cosecha, por **Andrés Miralles**. Un tomo con 116 fotografados; 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.

Jack, por **A. Daudet**. Un tomo con numerosos grabados; 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.

BIBLIOTECA ILUSTRADA CIENTÍFICA Y LITERARIA

Ilustrada con profusión de grabados.

A PESETA CADA CUADERNO

A. Laurie. De New-York á Brest en siete horas (dos cuadernos).

A. Daudet. Roberto Helmont (dos cuadernos).

C. Dickens y W. Collins. El Abismo (un cuaderno).

A. Daudet. Treinta años de París (dos cuadernos).

A. Daudet. Recuerdos de un hombre de letras (dos cuadernos).

A. Dumas. Historia de un Cascanueces (dos cuadernos).

H. Malot. Sin familia (cuatro cuadernos).

A. Laurie. Memorias de un colegial ruso (dos cuadernos).

A. Laurie. Los Desterrados de la Tierra (cuatro cuadernos).

A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud (dos cuadernos).

A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud: Tartarin de Tarascón (un cuaderno).

H. Malot. Román Kalbris (dos cuadernos).

Benedict. La Madona de Guido Reni (tres cuadernos).

E. Legouvé. Nuestros hijos (dos cuadernos).

Stevenson. La Isla del Tesoro (dos cuadernos).

J. Sandeau. La Roca de las Gaviotas (dos cuadernos).

